A N T E S D E Q U E A N H E L E

(UN MISTERIO CON MACKENZIE WHITE—LIBRO 10)

B L A K E P I E R C E



CONTENIDOS

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

PRÓLOGO

Le asustaba abrir los ojos. Los había cerrado hacía ya un rato, pero exactamente cuándo, no lo sabía, porque había tenido la certeza de que él la iba a matar. No lo había hecho, pero aun así seguía sin poder abrir los ojos. No quería verle ni saber lo que le tenía preparado. Tenía la esperanza de que así, cuando llegara el momento, la muerte le resultaría algo menos dolorosa si no era consciente del método que él había empleado.

Sin embargo, a cada minuto que pasaba, Claire empezaba a preguntarse si tenía la intención de matarle en absoluto. Le zumbaba la cabeza en el punto que él le había golpeado con algún objeto. Un martillo de alguna clase, pensaba ella. Su memoria estaba borrosa, al igual que los recuerdos de lo que había sucedido después de que él le golpeara en la cabeza.

Hasta con los ojos cerrados, había algunas cosas que Claire podía deducir. En algún momento, le había colocado en el asiento de atrás de su coche. Podía escuchar el ronroneo del motor y una estación de radio local (WRXS, donde solo se escucha grunge auténtico y original de la zona de Seattle) a un volumen muy bajito. También podía oler algo familiar, que era un olor orgánico, pero no un olor a comida.

Abre los ojos, idiota, pensó. Sabes que estás en un coche y que él está conduciendo. No creo que te pueda matar ahora, ¿no es cierto?

Se obligó a sí misma a abrir los ojos. Cuando lo hizo, el coche saltó un pequeño montículo y empezó a ralentizar la marcha. Escuchó el chirrido bajo que hacían los frenos y cómo se aplastaba la gravilla bajo los neumáticos. “Love, Hate, Love” de Alice in Chains sonaba en la radio. Vio las letras WRXS en letras digitales en la radio que había delante de ella. Vio las siluetas de dos asientos entre ella y el hombre que le había golpeado con el martillo en la cabeza.

Por supuesto, también estaba el hecho de que estaba maniatada y amordazada. Estaba bastante segura de que lo que le había puesto en la boca y con lo que había envuelto sus mejillas era alguna clase de mordaza sexual, que venía completa con su bola roja en el medio. En cuanto a lo que había utilizado para atarle los brazos a la espalda, parecía algo así como una cuerda de nylon. Suponía que había utilizado lo mismo para atarle las piernas a la altura de los tobillos.

Como si presintiera que ella había abierto los ojos, él se dio la

vuelta para mirarla de frente. Le sonrió y en ese momento, ella se acordó de por qué se había entregado tan fácilmente. Psicótico o no, el hombre era atractivo.

Él dio la vuelta y aparcó el coche. Cuando salió del coche y vino a abrir la puerta del capó, lo hizo como si fuera lo más normal del mundo. Parecía que hiciera algo así todos los días. Extendió la mano y le agarró por los hombros. Cuando le rozó duramente el pecho con su mano derecha, ella no supo si lo había hecho con intención o no.

Él tiró de sus hombros hacia él. Ella intentó darle una patada, pero sus tobillos atados no se lo permitieron. Cuando ya estaba al aire libre y fuera del coche, vio que ya era casi la hora del crepúsculo. Caía una brizna de lluvia, o más que una brizna, era como lo que su padre siempre llamaba un escupitajo, y estaba nublado.

Por detrás de ellos, ella vio su coche y una colina suave. Una entrada de garaje pequeña de gravilla y una cadena muy larga que se extendía hasta una caseta de perro hecha trizas que había en el patio. La caseta tenía un aspecto extraño… como si la hubieran construido para que pareciera vieja. Y había algo dentro de ella… que no era un perro para nada sino una…

¿Qué diablos es eso?, se preguntó, aunque sabía muy bien lo que era. Y le asustó muchísimo. Su temor ascendió rápidamente y algo relativo a ese objeto tan extrañamente colocado en la caseta del perro le indicó con certeza que iba a morir, que el hombre que la llevaba a hombros estaba completamente loco.

Había una muñeca allí dentro. Quizás dos. Era difícil de decir. Las habían colocado frente a frente, con las cabezas levemente inclinadas.

Parecía como si estuvieran atisbando a través de la apertura de la caseta, observándola.

Un horror invasivo se asentó en su mente, negándose a marcharse.

"¿Qué me estás haciendo?", preguntó. "Por favor… haré lo que quieras si me dejas marchar".

"Ya sé que lo harás", le dijo él. "Oh, lo sé".

Subió uno de los destartalados escalones del porche e hizo un movimiento giratorio con su hombro derecho. Claire apenas sintió el impacto de la valla con un lateral de su cabeza. La oscuridad llegó

demasiado deprisa como para que la registrara en absoluto.

***

Abrió los ojos y supo que había pasado algún tiempo. Demasiado tiempo.

Y tenía la sensación de que ya no se encontraba en la casa que había cerca de la caseta de perro. La habían trasladado.

Su pánico se disparó.

¿Adónde le había llevado ahora?

Soltó un grito y, en cuanto un gemido salió de su boca, allí estaba él. Le puso la mano con aspereza encima de la boca. Se aplastó contra ella. Su aliento olía a patatas fritas revenidas y, de cintura para abajo, todo él estaba endurecido. Trató de luchar contra él, pero descubrió que seguía maniatada.

“Todo va a ir bien”, le dijo.

Y dicho eso, le besó en la boca. Fue un beso lento, como si realmente lo estuviera saboreando, pero no es que hubiera nada de lujurioso en ello. A pesar de la obvia erección que sentía contra su cadera y del beso de por sí, a ella no le pareció que hubiera nada sexual en lo que estaba intentando hacer.

Se puso de pie y le miró. Le mostró la mordaza que había tenido puesta en la boca y se la colocó de nuevo. Ella sacudió la cabeza para rebelarse, pero solo sirvió para que él presionara con más fuerza. Cuando bajó la cabeza después de atar algo a sus espaldas, cayó al suelo.

Los ojos de ella buscaron frenéticamente algo con lo que ayudarse y entonces fue cuando supo con certeza que no estaban en su casa. No… esto era diferente. Había cachivaches variados por todas partes, apilados contra paredes metálicas. Una bombilla de luz tenue colgaba del techo.

No, pensó. No es su casa. Esto es como una de esas unidades para guardar cosas… diablos, ¿estamos en mi unidad?

Así era, precisamente. Y este hecho le martilleó el cerebro más

fuertemente de lo que el suelo le había golpeado la espalda. También le hizo sentir con bastante claridad que, sin duda alguna, iba a morir.

Él se puso en pie y la miró casi con cariño. Sonrió de nuevo y, esta vez, no había nada de atractivo en él. Ahora parecía un monstruo.

Se alejó, abriendo una puerta que hizo un sonido casi mecánico al moverse. La cerró de golpe si mirarla ni una vez más.

En la oscuridad, Claire cerró los ojos de nuevo y gritó contra la mordaza de la bolita roja que tenía en la boca. El grito retumbó en su cabeza hasta que pensó que se le iba a partir el cráneo por la mitad. Lanzó un grito ahogado hasta que pudo saborear la sangre en su boca, y en algún momento, poco después, llegó la oscuridad de nuevo.

CAPÍTULO UNO

La vida de Mackenzie White se había convertido en algo que ella jamás hubiera imaginado para sí misma. A ella nunca le había preocupado demasiado la ropa cara o encajar con el grupo popular. A pesar de que era increíblemente bella según los gustos de la mayoría, nunca había sido lo que su padre había llamado en su día “la clase presumida”.

Sin embargo, últimamente, se había sentido de esa manera. Le echaba la culpa a la planificación de su boda. Culpaba a las revistas de bodas y las degustaciones de pasteles. De una potencial ubicación de lujo a la otra, de pedir unas invitaciones exclusivas a tratar de decidir el menú de la recepción, nunca se había sentido tan estereotípicamente femenina en toda su vida.

Es por esa razón que, cuando agarró la lustrosa, familiar, arma de nueve milímetros en la mano, la estaba reivindicando. Era como volver a ver a una vieja amiga que sabía quién era ella de verdad. Sonrió ante ese sentimiento mientras entraba al nuevo circuito de tiroteo activo simulado del bureau. Basado en la misma idea que el infame Callejón de Hogan, una instalación de formación táctica diseñada para que parezca cualquier calle de una ciudad y que el FBI ha utilizado desde finales de los 80, el nuevo circuito ofrecía equipamiento de vanguardia y nuevos obstáculos que la mayoría de los agentes y agentes en formación tenían que experimentar por primera vez. Entre las novedades, había brazos robóticos que venían con luces infrarrojas que funcionaban de un modo similar a las etiquetas láser. Si no derribaba un objetivo lo bastante deprisa, la luz del brazo parpadearía, detonando una pequeña alarma en el chaleco que llevaba puesto.

Pensó en Ellington y en que se había referido a ello como a la versión que había hecho el bureau de American Ninja Warrior. Y lo cierto es que razón no le faltaba, por lo que a Mackenzie le incumbía. Miró la luz roja en la esquina de la entrada, esperando a que se pusiera en verde. Cuando lo hizo, Mackenzie no perdió ni un segundo.

Entró al circuito y se puso a la busca de objetivos de inmediato. Habían dispuesto el espacio casi como si se tratara de un videojuego en el sentido de que los objetivos aparecían por sorpresa desde detrás de los obstáculos, esquinas, y hasta desde el techo. Todos ellos estaban conectados con brazos robóticos que permanecían ocultos y que, por

lo que ella entendió, nunca hacían aparecer los objetivos con la misma pauta temporal. Por tanto, durante esta segunda ocasión, ninguno de los objetivos que había derribado en la primera ocasión saldrían del mismo sitio que la última vez. Siempre se le iba a presentar como una nueva carrera.

Tras dar dos pasos, surgió un objetivo desde una caja estratégicamente colocada. Lo derribó con un disparo de su nueve milímetros e instantáneamente, se puso a caminar en busca de más. Cuando llegó el siguiente, llegó desde el techo, un objetivo que tenía el tamaño como de una softball. Mackenzie le dio directamente en el centro al tiempo que se le venía encima otro objetivo desde su derecha. También aplastó a este último y siguió entrando a la sala.

Decir que esto le resultó catártico era quedarse cortos. Aunque no le incomodaba planificar su boda ni la dirección que estaba tomando su vida, aun quedaba cierta sensación de libertad en permitir que el cuerpo se moviera por instinto, reaccionando a situaciones intensas. Mackenzie no había formado parte de un caso activo en casi cuatro meses, que había pasado concentrada en atar todos los cabos sueltos en el caso de su padre y, por supuesto, en su inminente boda con Ellington.

Durante ese tiempo, también había conseguido una especie de promoción. Aunque todavía trabajaba bajo la supervisión del director McGrath y reportaba sus actividades directamente a él, le habían asignado el papel del agente de confianza. Era otra de las razones por las que no había trabajado en un caso activamente en casi cuatro meses; McGrath estaba ocupado intentando decidir qué rol quería que jugase Mackenzie dentro del grupo de agentes que estaban a cargo de su vigilancia.

Mackenzie se movió por la carrera como si fuera algo mecánico, como un robot al que hubieran programado para que hiciera esta cosa en concreto. Se movió con fluidez, apuntó con precisión y velocidad, corrió como una experta y sin titubeos. Si acaso, estos cuatro meses que había pasado sentada al escritorio y en reuniones le habían renovado la motivación para participar en este tipo de ejercicios de entrenamiento. Cuando por fin regresara al campo, tenía toda la intención de ser mejor como agente que la que había acabado por solucionar el caso de su padre.

Llegó al final del circuito sin caer realmente en la cuenta de que había terminado. Había una puerta metálica enrollable en la pared que tenía delante de ella. Cuando cruzó la línea amarilla sobre el

hormigón del circuito que indicaba que había concluido, la puerta se enrolló hacia arriba. Entonces entró a una pequeña sala con una mesa y un solo monitor en la pared. La pantalla del monitor mostraba sus resultados. Diecisiete objetivos, diecisiete aciertos. De los diecisiete aciertos, nueve habían dado en la diana. De los otros ocho, cinco habían estado a un veinticinco por ciento de dar en la diana. La calificación general de su carrera era del ochenta y nueve por ciento. Era un cinco por ciento mejor que su carrera anterior y un nueve por ciento mejor que cualquiera de los otros ciento diecinueve resultados publicados por otros agentes y estudiantes.

Necesito practicar más, pensó mientras salía de la sala para ir al vestuario. Antes de cambiarse, sacó su teléfono móvil de la mochila y vio que tenía un mensaje de texto de Ellington.

Mamá acaba de llamar. Va a llegar antes de tiempo. Lo siento…

Mackenzie suspiró profundamente. Hoy, Ellington y ella iban a visitar un posible espacio para la boda y habían decidido invitar a su madre. Iba a ser la primera vez que Mackenzie se encontraba con ella y se sentía como si estuviera de nuevo en el instituto, esperando estar a la altura de la mirada escrutadora de una madre amorosa y vigilante.

Tiene gracia, pensó Mackenzie. Excepcionalmente diestra con un arma, nervios de acero… y aun así, tengo miedo de conocer a mi futura suegra.

Todo este asunto de la vida domesticada le estaba empezando a irritar de verdad. Aun así, sentía la agitación por esa emoción mientras se ponía su ropa de calle. Hoy iban a ver el espacio que ella prefería, Se casaban en seis semanas. Era el momento de emocionarse. Y con esto en mente, se marchó a casa, con una sonrisa en la cara la mayor parte del camino.

***

Resulta que Ellington estaba igual de nervioso que Mackenzie por el encuentro con su madre. Cuando Mackenzie llegó al apartamento, él caminaba nervioso de arriba debajo de la cocina. No es que pareciera preocupado, pero había cierta tensión nerviosa en la manera en que se movía.

“Pareces asustado”, dijo Mackenzie mientras tomaba asiento en uno de los taburetes que había junto a la barra.

“Bueno, es que se me acaba de ocurrir que vamos a ver este sitio con mi madre exactamente dos semanas después de que finalice mi divorcio. Sin duda, tú y yo y la mayoría de los seres humanos racionales saben que estas cosas llevan su tiempo debido al papeleo y al ritmo generalmente lento del gobierno. Pero mi madre… te garantizo que se está agarrando a este pedazo de información, esperando a tirármelo a la cara en el peor momento”.

“Sabes, se supone que tienes que hacer que quiera conocer a esa mujer”, dijo Mackenzie.

“Lo sé, y es encantadora la mayoría del tiempo, pero también puede ser… en fin, una bruja cuando quiere”.

Mackenzie se puso de pie y le rodeó con sus brazos. “Ese es su derecho como mujer. Todas lo tenemos, ¿sabes?”.

“Oh, lo sé”, dijo él con una sonrisa antes de besarle en los labios. “Entonces… ¿estás lista?”.

“He enviado a asesinos a prisión. He participado en algunos casos de alto nivel y he mirado por los cañones de más armas de las que recuerdo. Así que… no. No estoy lista. Esto me asusta”.

“Entonces estaremos asustados los dos juntos.”

Salieron del apartamento de la manera casual en que lo llevaban haciendo desde que se mudaran juntos. Para todos intentos y propósitos, Mackenzie ya se sentía como si estuviera casada con ese hombre. Sabía todo sobre él. Se había acostumbrado a sus ronquidos suaves y hasta a su tendencia a escuchar glam metal de los 80. Y estaba empezando a adorar de verdad los leves toques de pelo gris que le estaban saliendo en las sienes.

Había pasado por el infierno con Ellington, encontrándose con algunos de sus casos más duros con él a su lado. Así que seguramente serían capaces de enfrentarse al matrimonio juntos, con suegras temperamentales y todo.

“Tengo que preguntarte algo”, dijo Mackenzie cuando se metieron a su coche. “¿Te sientes más ligero ahora que el divorcio está finalizado? ¿Puedes sentir un hueco donde solías tener a ese mono en la espalda?”.

“Me siento más ligero”, dijo Ellington. “Aunque ese era un mono bastante pesado”.

“¿Deberíamos haberla invitado a la boda? Parece que tu madre lo agradecería”.

“Cualquier día de estos, me harás gracia. Lo prometo”.

“Eso espero”, dijo Mackenzie. “Va a ser una vida muy larga los dos juntos si sigues perdiéndote mi genio para la comedia”.

Extendió la mano para agarrar la de ella, mirándola como si fueran una pareja que se acababa de enamorar. Llevó el coche hasta el espacio donde ella estaba bastante segura de que se iban a acabar casando, ambos tan felices que podían prácticamente ver su futuro, resplandeciente y luminoso, por delante suyo.

CAPÍTULO DOS

Quinn Tuck tenía un sencillo sueño: vender los contenidos de algunas de esas consignas abandonadas a algún paleto como lo vio hacer en ese programa llamado Storage Wars. Se podía hacer un dinero decente con ello; él se llevaba a casa casi seis mil al mes por las consignas de las que se encargaba. Y después de terminar de pagar la hipoteca de su casa el año anterior, había sido capaz de ahorrar lo suficiente como para llevarse a París a su mujer, algo que no había dejado de pedirle desde que empezaron a salir juntos, veinticinco años atrás.

De veras, le encantaría vender todo el garito y mudarse a vivir a alguna parte. Quizá a alguna parte de Wyoming, un lugar que nadie echaba nunca en falta, pero que era bastante pintoresco y asequible. Sin embargo, a su mujer eso no le hacía ninguna gracia, aunque seguramente sería más feliz si él dejara el negocio de las consignas de almacenamiento.

En primer lugar, la mayoría de los clientes eran unos imbéciles presuntuosos. Se trataba, después de todo, del tipo de gente que tenía tantas cosas que tenían que alquilar espacio adicional para poder guardarlas todas. Y en segundo, no echaría en falta las llamadas que recibían los sábados de ciertos propietarios quisquillosos para quejarse de las cuestiones más estúpidas.

La llamada de esta mañana la había hecho una mujer mayor que alquilaba dos unidades. Había estado sacando cosas de una de sus unidades y decía que había olido algo terrible proveniente de una de las unidades cercanas a la suya.

Normalmente, Quinn le hubiera dicho que lo comprobaría, pero no hubiera hecho nada. Sin embargo, esta era una situación peliaguda. Dos años antes, había recibido una queja similar. Entonces esperó tres días para comprobarla, para descubrir que un mapache se las había arreglado de alguna manera para entrar a una de las consignas, pero no para salir de ella. Cuando Quinn lo encontró, estaba hinchado y llevaba muerto por lo menos una semana.

Y por eso estaba llevando su camioneta al aparcamiento de su espacio primario de consignas un sábado por la mañana en vez de quedarse remoloneando en la cama e intentar convencer a su mujer de que hagan el amor con promesas de ese viaje a París. Este complejo de

consignas de almacenamiento era el más pequeño de los que poseía. Era un complejo al aire libre con cincuenta y cuatro unidades en total. El alquiler era más bien de los bajos, y tenía todas alquiladas excepto por nueve.

Quinn se bajó de su camioneta y caminó entre las consignas. Cada cuadrado de consignas contenía seis espacios de almacenamiento, todos del mismo tamaño. Caminó hasta el tercer bloque de consignas y se dio cuenta de que la mujer que había llamado por la mañana no había estado exagerando ni un poco. También él podía oler algo horrible y eso que la consigna en cuestión todavía estaba a dos cuadrículas enteras de distancia. Sacó su llavero del bolsillo y empezó a circular con su bicicleta hasta que llegó a la Consigna 35.

Para cuando llegó a la puerta de la consigna, casi tenía miedo de abrirla. Algo olía mal. Empezó a preguntarse si alguien, de algún modo, había dejado encerrado a su perro dentro sin darse cuenta. Y como de algún modo, nadie le había escuchado ladrar ni lloriquear con lo que no le habían sacado de allí. Fue una imagen que alejó de la mente de Quinn cualquier idea de ponerse caliente con su mujer un sábado por la mañana.

Con una mueca en el rostro debido al olor, Quinn metió la llave al cerrojo de la Consigna 35. Cuando el cerrojo se abrió, Quinn lo sacó del pasador y después enrolló la puerta estilo acordeón para arriba.

El olor de atizó con tal fuerza que dio dos pasos firmes hacia atrás, con miedo a ponerse a vomitar. Se colocó la mano sobre la nariz y la boca, dando un pequeño paso hacia delante.

Pero ese fue el único paso que dio. Vio de dónde provenía el olor solo con quedarse parado fuera de la consigna.

Había un cadáver en el suelo de la consigna. Estaba cerca de la parte delantera, a un par de metros de los cachivaches que estaban apilados en la de atrás, taquillas pequeñas, cajas de cartón, y cajas de leche llenas con un poquito de todo.

El cadáver era el de una mujer que parecía tener veintitantos años. Quinn no podía ver ninguna herida visible en ella, pero había una buena cantidad de sangre acumulada a su alrededor. Ya había dejado de estar húmeda o pegajosa, y se había resecado en el suelo de hormigón.

Ella estaba lívida como un fantasma y tenía los ojos abiertos de par en par, inmóviles. Durante un instante, Quinn pensó que le estaba

mirando directamente a él.

Sintió como se elevaba un grito ahogado en su garganta. Reprimiéndose antes de que se le pudiera escapar, Quinn rebuscó su teléfono en su bolsillo y llamó al 9-1-1. Ni siquiera estaba seguro de que fuera el número al que llamar para algo como esto, pero era todo lo que se le ocurría hacer.

Cuando sonó el teléfono y respondió el agente de comunicaciones, Quinn intentó desviar la vista para descubrir que era incapaz de quitarle los ojos de encima a la grotesca visión, con su mirada entrelazada con la de la mujer muerta que había en la consigna.

CAPÍTULO TRES

Ni Mackenzie ni Ellington querían una boda a lo grande. Ellington decía que ya se había sacado todas las tonterías relativas a la boda de su sistema con su primer matrimonio, pero quería asegurarse de que Mackenzie tenía todo lo que quisiera. Los gustos de ella eran sencillos. Ella hubiera estado perfectamente satisfecha en una iglesia básica. Nada de campanitas, ni silbatos, ni elegancia fabricada.

Entonces, el padre de Ellington les había llamado poco después de que anunciaran su compromiso. El padre de Ellington, que nunca había formado realmente parte de su vida, le felicitó pero también le informó de que no podría atender ninguna boda a la que asistiera la madre de Ellington. Sin embargo, les compensó por su futura ausencia utilizando sus conexiones con un amigo muy adinerado de DC y reservando la Meridian House para ellos. Era un regalo que rayaba en lo obsceno, pero que también había puesto punto y final a la cuestión de cuándo celebrar el matrimonio. Resulta que al final la respuesta era cuatro meses después del compromiso, gracias a que el padre de Ellington reservó una fecha en particular: el 5 de septiembre.

Y, aunque ese día todavía estaba a dos meses y medio de distancia, parecía estar mucho más cerca cuando Mackenzie se puso de pie en los jardines que había junto a Meridian House. El día era perfecto y todo acerca del lugar parecía haber sido recientemente alterado y diseñado.

Me casaría aquí mismo mañana si pudiera, pensó. Por norma, Mackenzie no se dejaba llevar por impulsos caprichosos, pero había algo en la idea de casarse aquí que le hacía sentir de cierta manera, en un punto medio entre lo romántico y lo rarito. Le encantaba la sensación de otra época que emanaba el lugar, el cálido y sencillo encanto y los jardines.

Mientras se quedaba de pie y examinaba el lugar, Ellington se acercó por detrás y le colocó los brazos alrededor de la cintura. "Así que… en fin, este es el sitio".

"Sí que lo es", dijo ella. "Tenemos que darle las gracias a tu padre. De nuevo. O quizá solo des-invitemos a tu madre para que él pueda presentarse".

"Puede que sea un poco tarde para eso", dijo Ellington. "Sobre todo porque ahí está ella, caminando por la acera a tu derecha".

Mackenzie miró en esa dirección y vio a una mujer mayor con la que los años habían sido amables. Llevaba gafas de sol negra que le hacían parecer excepcionalmente juvenil y sofisticada de una manera que rayaba en lo petulante. Cuando divisó a Mackenzie y a Ellington de pie entre dos jardineras grandes llenas de flores y tallos, les saludó con un poco de entusiasmo de más.

“Parece dulce”, dijo Mackenzie.

“También lo parecen las golosinas, pero cómete las suficientes y se te pudrirán los dientes”.

Mackenzie no pudo evitar que le saliera una risita al oír esto, pero la reprimió mientras la madre de Ellington se les unía.

“Espero que tú seas Mackenzie”, dijo.

“Lo soy”, dijo Mackenzie, insegura de cómo tomarse la broma.

“Por supuesto que lo eres, querida”, dijo. Le dio un abrazo flojo a Mackenzie con una sonrisa resplandeciente. “Y yo soy Frances Ellington… pero solo porque me resulta demasiado laborioso cambiarme el apellido”.

“Hola, madre”, dijo Ellington, acercándose para darle un abrazo.

“Hijo. Por favor, ¿cómo diablos os las arreglasteis para conseguir este lugar? ¡Es definitivamente espectacular!”.

“Llevo suficiente tiempo en DC como para hacer amistad con la gente adecuada”, mintió Ellington.

Mackenzie se estremeció por dentro. Entendía completamente por qué necesitaba mentir, pero también se sentía incómoda con formar parte de una mentira tan grande que implicaba a su suegra en esta etapa de su relación.

“¿Pero entiendo que no conoces a quienes podían acelerar el papeleo y las ramificaciones legales de tu divorcio?”.

Era un comentario que habían hecho con un tono ligeramente sarcástico, con la intención de que fuera una broma. Pero Mackenzie ya había interrogado a suficiente gente y sabía lo bastante sobre conductas y expresiones faciales como para saber cuándo alguien está siendo simplemente cruel. Quizá fuera una broma, pero también había algo de cierto y de amargura en ella.

Ellington, por otra parte, picó el anzuelo. “No. No he hecho amigos como esos, pero sabes una cosa, mamá, la verdad es que preferiría enfocarnos en el día de hoy. Y en Mackenzie, una mujer que no me va a hacer morder el barro como la primera esposa que tuve y a la que pareces sentirte apegada”.

Dios mío, esto es terrible, pensó Mackenzie.

Tuvo que tomar una decisión en ese preciso instante, y supo que podía llegar a afectar la opinión que se hiciera de ella su suegra, pero ya lidiaría con eso más adelante. Estaba a punto de hacer un comentario, para excusarse y que así Ellington y su madre pudieran tener esta conversación tan tensa en privado.

Entonces, sonó el teléfono. Lo miró y vio el nombre de McGrath. Se lo tomó como la oportunidad que necesitaba, sosteniendo el teléfono cerca de ella mientras decía: “Lo siento mucho, pero tengo que responder a esto”.

Ellington le lanzó una mirada escéptica mientras ella se alejaba un poco por la acera. Mackenzie respondió la llamada mientras se ocultaba detrás de unos matos de rosas de lo más artesanal.

“Al habla la agente White”, respondió.

“White, necesito que vengas cuanto antes. Ellington y tú, creo. Hay un caso que os tengo que asignar lo antes posible”.

“¿Estás en tu despacho en este momento? ¿Un domingo?”.

“No estaba, pero esta llamada me ha traído aquí. ¿Cuándo podéis vosotros dos estar aquí?”-

Mackenzie sonrió y le miró a Ellington, que seguía riñendo con su madre. “Oh, creo que lo podemos hacer bastante rápido”, dijo.

CAPÍTULO CUATRO

Como era domingo, no había nadie sentado al escritorio de la zona de espera que tenía afuera el despacho de McGrath. De hecho, la puerta de su oficina estaba abierta de par en par cuando llegaron Mackenzie y Ellington. Mackenzie llamó a la Puerta antes de pasar al interior sin esperar a una respuesta, sabiendo lo riguroso que podía ponerse McGrath cuando se trataba de su privacidad.

“Pasad adentro”, les gritó McGrath.

Al entrar, se encontraron a McGrath sentado a su escritorio, revolviendo entre unas carpetas. Había papeles esparcidos por todas partes y su escritorio parecía encontrarse en un leve estado caótico. Ver al generalmente ordenado McGrath en tal estado hizo que Mackenzie se preguntara qué tipo de caso había conseguido alterarle tanto.

“Os agradezco que hayáis venido tan deprisa”, dijo McGrath. “Ya sé que utilizáis la mayoría de vuestro tiempo libre para planear la boda”.

“Eh, me arrancaste de las garras de mi madre”, dijo Ellington. “Me pondré a trabajar en cualquier caso que quieras darme”.

“Está bien saberlo”, dijo McGrath, seleccionando una pila de papeles unidos con clips del revoltijo de su escritorio y arrojándoselo a Ellington. “Ellington, cuando empezaste a trabajar como agente de campo, te asigné la limpieza de un caso en Salem, Oregón. Alguna cosa con las consignas de almacén. ¿Te acuerdas?”.

“Lo cierto es que sí. Cinco cadáveres, todos aparecieron muertos en unidades de almacenamiento. Nunca se encontró a ningún asesino. Se dio por sentado que, cuando se implicó el FBI, se asustó y se detuvo”.

“Ese es. Ha habido una búsqueda continua por el tipo, pero no ha dado ningún resultado. Y han pasado ya casi ocho años”.

“¿Le encontró alguien al final?”, preguntó Ellington. Estaba hojeando los papeles que le había entregado McGrath. También Mackenzie pudo echar una ojeada y ver los pocos informes y detalles de los asesinatos de Oregón.

“No, pero han empezado a aparecer cadáveres en unidades de almacenamiento de nuevo. Esta vez es en Seattle. A uno le hallaron la semana pasada, que podía ser juzgado de coincidencia, pero encontraron otro más ayer. El cadáver llevaba muerto algún tiempo, al menos cuatro días por la pinta que tiene”.

“Entonces, ¿es bastante certero decir que ya no se están considerando los casos de Seattle como incidentes aislados?”, especuló Mackenzie.

“Eso es, con lo que el caso es tuyo, White”. Entonces McGrath se volvió hacia Ellington. “No estoy Seguro sobre si enviarte también a ti. Me gustaría hacerlo porque vosotros dos os las arregláis para trabajar bien juntos a pesar de la relación, pero con la boda tan cerca en el tiempo…”.

“Es su decisión, señor”, dijo Ellington. A Mackenzie le sorprendió bastante ver lo frívolo que estaba siendo sobre ello. “Aunque creo que mi historial con el caso de Oregón podría beneficiar a Macken—la agente White. Además de lo de dos cabezas y todo eso…”.

McGrath lo ponderó durante un momento, mirándolos alternativamente al uno y al otro. “Lo permitiré, pero puede que este sea el último caso en que os pongo juntos. Ya tengo a bastante gente incómoda con que una pareja que está comprometida trabaje en equipo. Cuando os caséis, podéis olvidaros de ello”.

Mackenzie lo entendía y hasta pensaba que era buena idea en principio. Asintió mientras McGrath hacía su presentación mientras tomaba los papeles que tenía Ellington en la mano. No se tomó el tiempo de leerlos allí mismo, porque no quería ser grosera, pero los examinó por encima lo bastante como para hacerse una idea.

Se habían hallado cinco cadáveres en consignas de almacenamiento en 2009, todas ellas en un periodo de diez días. A uno de los cadáveres parecía que le habían matado hacía poco, mientras que a otro le habían matado tanto tiempo antes de que lo descubrieran que la carne había empezado a pudrirse en los huesos. Habían detenido a tres sospechosos, pero todos ellos habían salido a la calle gracias a coartadas o a falta de pruebas reales.

“Por supuesto, tampoco nosotros estamos preparados para afirmar que hay un enlace directo entre los dos, ¿no es cierto?”, preguntó.

“No, todavía no”, dijo McGrath. “Pero esa es una de las cosas que me gustaría que averiguaras. Busca conexiones mientras estés

buscando a este tipo”.

“¿Alguna cosa más?”, preguntó Ellington.

“No. Se están encargando del transporte en este preciso instante, pero deberíais estar volando en menos de cuatro horas. Realmente me gustaría resolver este asunto antes de que este maniaco pueda cargarse otras cinco personas como hizo antes”.

“Pensé que no estábamos diciendo que hubiera un enlace directo”, dijo Mackenzie.

“No oficialmente, no”, dijo McGrath. Y entonces, como si no pudiera evitarlo, sonrió con sarcasmo y se volvió hacia Ellington. “¿Y tú vas a vivir con ese tipo de escrutinio para el resto de tu vida?”.

“Oh sí”, dijo Ellington. “Y estoy deseando hacerlo.”

***

Estaban a mitad de camino del apartamento antes de que Ellington se molestara en llamar a su madre. Le explicó que les habían reclamado y le preguntaba si le gustaría quedar con ellos cuando regresaran. Mackenzie escuchaba de cerca, apenas capaz de entender la respuesta de su madre. Dijo algo sobre el peligro de trabajar y vivir juntos para una pareja romántica. Ellington le interrumpió antes de que se le subiera a la parra de verdad.

Cuando concluyó la llamada, Ellington arrojó su teléfono al piso y suspiró. “Pues bien, mamá te envía saludos”.

“Estoy segura”.

“Pero eso que dijo sobre el marido y la esposa que también trabajan juntos… ¿estás preparada para eso?”.

“Ya oíste a McGrath”, dijo ella. “Eso no va a suceder cuando nos casemos”.

“Lo sé, pero aun así. Vamos a estar en el mismo edificio, oyendo hablar de los casos del otro. Hay días en que creo que eso sería estupendo… pero hay otros en que me pregunto lo extraño que podría llegar a ser”.

“¿Por qué? ¿Acaso tienes miedo de que te acabe eclipsando?”.

“Oh, ya lo has hecho”, le dijo con una sonrisa. “Es solo que te niegas a reconocerlo”.

Mientras iban a toda prisa al apartamento y procedían a la tarea de hacer la maleta, la realidad de la situación le impactó de verdad por primera vez. Este podía ser el último caso en el que Ellington y ella trabajaran juntos. Estaba segura de que recordarían sus casos juntos con gusto cuando se hicieran mayores, casi como una especie de broma privada. Pero, por el momento, con la boda todavía cerniéndose sobre ellos y dos cadáveres esperándoles al otro lado del país, resultaba estremecedor, como si fuera el final de algo muy especial.

Supongo que tendremos que despedirnos con una buena, pensó mientras hacía su maleta. Le echó una ojeada a Ellington, que también estaba haciendo su maleta para el viaje, y sonrió. Sin duda, estaban a punto de meterse en un caso potencialmente peligroso y posiblemente había vidas en riesgo, pero estaba deseando echarse a la carretera con él una vez más… quizá la última vez…

CAPÍTULO CINCO

Llegaron a Seattle con dos escenas del crimen que visitar: la ubicación de la primera víctima, descubierta hacía ocho días, y la ubicación de la segunda víctima, que habían descubierto el día anterior. Como Mackenzie nunca había visitado Seattle en su vida, se sintió casi decepcionada de ver que uno de los estereotipos sobre la ciudad parecía ser bien acertado: caía una lluvia fina cuando aterrizaron en el aeropuerto. La llovizna continuó hasta que se metieron en su coche de alquiler y después se acabó convirtiendo en una lluvia más constante mientras se ponían de camino hacia Seattle Storage Solution, la ubicación del último cadáver que habían descubierto.

Cuando llegaron, había un hombre de mediana edad esperándolos en su camioneta de reparto. Se bajó, abrió un paraguas, y les saludó en su coche. Les entregó otro paraguas con una sonrisa alicaída.

“A ninguno de los que vienen de fuera de la ciudad se les ocurre traer uno”, explicaba al tiempo que Ellington lo agarraba. Lo abrió y, tan caballeroso como de costumbre, se aseguró de que Mackenzie estuviera completamente resguardada por él.

“Gracias”, dijo Ellington.

“Quinn Tuck”, dijo el hombre, ofreciéndole la mano.

“Agente Mackenzie White”, dijo Mackenzie, estrechándole la mano. Ellington hizo lo mismo, presentándose también.

“Vamos entonces”, dijo Quinn. “No tiene sentido retrasarlo. Preferiría estar en casa, si os da igual a vosotros. Ya se llevaron el cadáver, gracias a Dios, pero la consigna todavía me da escalofríos”.

“¿Es la primera vez que le ha pasado algo parecido?”, preguntó Mackenzie.

“Es la primera vez que es tan horrible, sin duda. En una ocasión, tuve un mapache muerto que estaba atrapado en una consigna. Y en otra ocasión, unas avispas encontraron la manera de entrar a una de las consignas, hacer un nido, y lanzarse en bandada contra el rentero. Pero no… nunca nada tan malo como esto”.

Quinn les llevó hasta una consigna con un 35 pegado sobre su

puerta estilo garaje. La puerta estaba abierta y había un policía revolviendo por la parte de atrás del espacio. Llevaba un bolígrafo y un bloc de notas, y apuntaba algo cuando entraron Mackenzie y Ellington.

El policía se giró hacia ellos y sonrió. "¿Vosotros sois del bureau?", les preguntó.

"Así es", dijo Ellington.

"Encantado de conoceros. Soy el ayudante del alguacil Paul Rising. Pensé que sería mejor que estuviera por aquí cuando llagarais. Estoy anotando todo lo que hay guardado aquí, esperando encontrar algún tipo de pista, porque, por el momento, tenemos exactamente cero".

"¿Estabas en la escena cuando se llevaron el cadáver?".

"Por desgracia. Era bastante truculento. Una mujer llamada Claire Locke, de veinticinco años. Lleva muerta al menos una semana. No está claro si se murió de inanición o si se desangró antes".

Lentamente, Mackenzie examinó el aspecto de la consigna. La parte trasera estaba llena de cajas, cestas de la leche, y varios baúles viejos, las cosas típicas que se pueden encontrar en una consigna de almacén. Pero la mancha que había en el suelo sin duda alguna lo distinguía. No era una mancha muy grande, pero adivinó que podía haber sido como resultado de una pérdida de sangre lo bastante grande como para provocar la muerte. Quizá fuera su imaginación, per estaba bastante segura de que todavía podía oler el hedor que había dejado el chico tras largarse.

Mientras que Rising continuó con su tarea con las cajas y los contenedores que había por detrás, Mackenzie y Ellington comenzaron a investigar el resto del interior. Por lo que a Mackenzie concernía, una mancha de sangre en el suelo indicaba que había algo más que merecía la pena encontrar. Mientras miraba alrededor suyo en busca de pistas, escuchó cómo Ellington le preguntaba a Rising por los detalles del caso.

"¿Estaba la mujer atada o amordazada de alguna manera?", preguntó Ellington.

"Las dos cosas. Tenía las manos atadas a la espalda, los tobillos atados, y una de esas mordazas de bola en la boca. La sangre que viste en el suelo provenía de una leve herida de arma blanca en el

estómago”.

Al menos el hecho de que la hubieran atado y amordazado explicaba por qué había sido incapaz Claire Locke de hacer ningún ruido para llamar la atención de la gente al otro lado de las paredes de la consigna. Mackenzie intentó imaginarse a una mujer encerrada en este diminuto espacio abarrotado de cosas sin luz, ni comida, ni agua. Le ponía furiosa.

Mientras daba la Vuelta alrededor de la consigna, llegó a la esquina de la entrada. La lluvia tamborileaba delante de ella, abofeteando el hormigón del pavimento. Pero, a lo largo del interior del marco metálico de la puerta, Mackenzie divisó algo. Estaba muy cerca del suelo, en la misma base del marco que permitía que la puerta se deslizara hacia arriba y hacia abajo.

Se puso de rodillas y se inclinó para mirarlo más de cerca. Al hacerlo, vio algo de sangre al borde del surco. No mucha, tan poca, de hecho, que dudaba que la hubiera visto ninguno d ellos policías. Y entonces, en el suelo justo debajo de la mancha de sangre, había algo pequeño, roto, y blanco.

Mackenzie lo tocó suavemente con su dedo. Era un trozo de uña.

Al final, parecía que Claire Locke se las había arreglado para intentar escapar. Mackenzie cerró los ojos un momento, intentando visualizarlo. Dependiendo de cómo le hubieran atado las manos, podía haber vuelto hasta la puerta, arrodillado, e intentado levantar la puerta hacia arriba. Hubiera sido un intento inútil debido al cerrojo que había fuera, pero sin duda algo que merecía la pena intentar si estabas a punto de morir de inanición o desangrada.

Mackenzie hizo un gesto a Ellington para que se acercara y para enseñarle lo que había encontrado. Entonces se giró hacia Rising y preguntó: “¿Te acuerdas de su había alguna herida adicional en las manos de la señorita Locke?”.

“Lo cierto es que sí,” dijo él. “Tenía unos cuantos cortes superficiales en su mano derecha. Y creo que le faltaba la mayor parte de una de sus uñas”.

Se acercó donde estaban Mackenzie y Ellington y soltó un rápido “Oh.”

Mackenzie continuó mirando pero no encontró nada más que unos cuantos cabellos sueltos. Cabello que asumía pertenecería a

Claire Locke o al propietario de la consigna.

"¿Señor Tuck?", dijo.

Quinn estaba parado afuera de la consigna, arrebujado debajo de su paraguas. Estaba haciendo todo lo posible para no estar de pie dentro de la consiga, para ni siquiera mirar al interior. Sin embargo, al oír el sonido de su nombre, entró al espacio a regañadientes.

"¿A quién pertenece esta consigna?".

"Eso es lo más jodido", dijo. "Claire Locke ha estado alquilando esta consigna durante siete meses por lo menos".

Mackenzie asintió mientras miraba hacia la parte de atrás, donde estaban apiladas las posesiones de Locke en filas bien ordenadas que llegaban hasta el techo. El hecho de que fuera su consigna de almacén añadía un toque de misterio a todo ello, pero, pensó Mackenzie, podía servirles de ventaja a la hora de establecer el motivo o hasta de rastrear al asesino.

"¿Hay cámaras de seguridad por aquí?", preguntó Ellington.

"Solamente tengo una en la entrada principal", dijo Quinn Tuck.

"Hemos visto todas las cintas de seguridad de las últimas semanas", dijo Rising. "No había nada fuera de lo normal. En este momento, estamos hablando con todos los que aparecieron por aquí en cualquier momento durante las últimas dos semanas. Como podéis imaginaros, va a ser aburrido. Todavía nos queda como una docena de personas que interrogar".

"¿Alguna posibilidad de que podamos hacernos con esas cintas?", preguntó Mackenzie.

"Desde luego", dijo Rising, aunque su tono indicara que pensaba que Mackenzie estaba loca por querer irse de pesca entre ellas.

Mackenzie le siguió a Ellington a la parte de atrás de la consigna. Una parte de ella quería revolver entre las cajas y los contenedores, pero sabía que seguramente eso no llevaría a gran cosa. Una vez tuvieran pistas o sospechosos potenciales, puede que encontraran algo que mereciera la pena, pero, hasta entonces, los contenidos de la consigna no significarían absolutamente nada para ellos.

"¿Sigue el cadáver donde el forense?", preguntó Mackenzie.

“Por lo que yo tengo entendido”, dijo Rising. “¿Quieres que le llame y le diga que vais a ir por allí?”

“Por favor. Y mira lo que puedes hacer para conseguirnos esas cintas de video”.

“Oh, puedo enviar eso, agente White”, dijo Quinn. “Es todo digital. Solo tienes que decirme dónde quieres que te lo envíe”.

“Vamos”, dijo Rising. “Os llevaré a la oficina del forense. Resulta que está solo dos pisos por debajo de mi despacho”.

Dicho eso, los cuatro salieron de la consigna y regresaron bajo la lluvia. Hasta debajo de un paraguas, era ruidosa. Caía lenta pero duramente, como si tratara de llevarse las visiones y los olores que había presenciado esta consigna.

CAPÍTULO SEIS

Resultó que Quinn Tuck les fue de lo más útil. Parecía que él quisiera llegar al fondo de lo que había pasado tanto como el que más. Por esa razón, cuando Mackenzie y Ellington llegaron a la comisaría, ya les había proporcionado el enlace para que accedieran todos sus archivos digitales del sistema de seguridad del complejo de almacenamiento.

Decidieron empezar con las cintas de seguridad en vez de con el cadáver de Claire Locke. Eso les daba la oportunidad de sentarse y orientarse un poco mejor. Casi había llegado el crepúsculo y la lluvia continuaba cayendo. Cuando Rising les preparó un monitor, Mackenzie repasó el día y le costó creer que había estado en un pintoresco jardín pensando en su boda hacía menos de nueve horas.

"Aquí están los sellos temporales relevantes", dijo Rising, pasándole a Mackenzie un trozo de papel de su bloc de notas. "No hay muchos". Tocó con el dedo una entrada en concreto, escrita con una caligrafía inclinada. "Esta es la única vez que vemos a Claire Locke en el complejo. Sacamos la información de su vehículo y obtuvimos su número de matrícula, así que sabemos que se trata de ella. Y esta", dijo, tocando otra entrada, "es de cuando se marchó. Y estas son las únicas veces que ella aparece en las cintas".

"Gracias, Rising", dijo Ellington. "Esto resulta de gran ayuda".

Rising le hizo un leve gesto de reconocimiento antes de salir de nuevo del diminuto despacho de sobra que les habían dado a los agentes. La monótona tarea llevó un rato, pero como Rising había indicado, la policía local ya había hecho parte de su trabajo por ellos, con lo que pudieron ver las cintas deprisa, al saltarse los periodos en que no había nadie en la pantalla. Cuando el coche que se decía pertenecía a Claire Locke aparecía en pantalla, Mackenzie amplió la imagen, pero fue incapaz de ver al conductor. Esperó, vigilando la entrada sin ornamentos del complejo durante veintidós minutos a toda velocidad antes de que mostrara el coche de Locke saliendo de allí. Durante el tiempo que ella había estado allí, nadie más había llegado y ningún coche había salido.

"Sabes qué", dijo Mackenzie, "es totalmente posible que no le atacaran en la consigna de almacenamiento".

"¿Crees que le mataron en otra parte y le trajeron a este sitio?".

“Quizá no matarla en otra parte, pero probablemente secuestrarla. Creo que ver el cadáver nos ayudará a determinarlo. Si muestra señales de inanición o deshidratación, eso básicamente nos dice que se deshicieron allí de ella”.

“Pero según el informe, el cerrojo estaba trancado desde afuera”.

“Entonces quizá alguien más tenga la llave”, sugirió Mackenzie.

“Probablemente alguno de los ocupantes de los demás coches durante esos días y más días de cintas”.

“Lo más seguro”.

“¿Quieres quedarte aquí y seguir dándole a esto mientras yo voy a comprobar el cadáver?”, preguntó Ellington. “¿O al revés?”.

Mackenzie se imaginó a esta pobre mujer, sola en la oscuridad e inhabilitada hasta para pedir ayuda a gritos. La visualizó dando tumbos en la oscuridad tratando de encontrar la manera de al menos intentar abrir esa puerta.

“Creo que me gustaría ir a ver el cadáver. ¿Estás bien aquí?”.

“Oh claro que sí. Esta es una peli de las buenas. Nada de anuncios ni cosas así”.

“Genial”, dijo ella. “Te veo en un rato”.

Mackenzie se inclinó para darle un beso en la comisura del labio antes de salir. Lo hizo con naturalidad y sin pensarlo demasiado, a pesar de que no era de lo más profesional. Servía como recordatorio de las razones por las que no podrían trabajar juntos de esta manera una vez estuvieran casados.

Mackenzie salió de la diminuta oficina en busca de la morgue mientras que Ellington siguió mirando como pasaba el tiempo a toda velocidad en la pantalla.

***

La cuestión sobre si Claire Locke había experimentado inanición o deshidratación en algún grado durante el tiempo que pasó en la consigna fue respondida en el momento que Mackenzie la vio. Aunque

Mackenzie no fuera una experta en la materia, las mejillas de la joven tenían un aspecto hueco. Puede que también hubiera algo similar en el estómago, pero no ere evidente debido a la incisión que había hecho el forense.

La mujer que le recibió en la morgue era una señora enorme y extrañamente agradable llamada Amanda Dumas. Saludó cálidamente a Mackenzie y se apoyó sobre una mesa de acero que estaba decorada con las herramientas de su gremio.

"En base a tu examen", dijo Mackenzie, "¿dirías que la víctima experimentó hambre o deshidratación graves antes de morir?"

"Sí, aunque no sé hasta qué punto, exactamente", dijo Amanda. "Hay muy poco ácido graso en su estómago, prácticamente nada. Eso, además de algunos signos de deterioro muscular, indican que experimentó al menos los primeros pinchazos de la inanición. Hay cosas que también indican deshidratación, aunque no puedo estar segura de que ninguna de ellas fuera lo que le mató".

"¿Crees que se desangró antes?".

"Así es, y con toda franqueza, eso hubiera sido una bendición para ella".

"En base a lo que has visto con el cadáver, ¿crees que estaba viva cuando la dejaron en la consigna de almacenamiento?".

"Oh, sin lugar a dudas. Y también diría que fue en contra de su voluntad". Amanda dio un paso al frente y señaló las laceraciones en la mano derecha de Locke. "Parece que opuso algo de resistencia y que, en algún momento, hizo todo lo que pudo por escaparse".

Mackenzie vio los cortes y notó que uno de ellos parecía bastante magullado. Podría haber llegado allí por obra del pasador con ranura sobre el que se deslizaba la puerta de la consigna. También vio la uña que se le había roto.

"También hay moratones en la parte de la nuca", dijo Amanda. Utilizó un peine para retirar el cabello de Claire a un lado. Lo hizo con un respeto y consideración que rezumaban amor. Cuando hizo esto, Mackenzie pudo ver un morado intenso en la base superior de su cuello, donde se le unía el cráneo.

"¿Algún indicio de que estuviera drogada?", preguntó Mackenzie.

“Ninguno. Todavía queda otro análisis químico que tengo que recibir, pero en base a todo lo demás que he visto, no espero nada de él”.

Mackenzie supuso que el moratón que tenía en la nuca junto con la mordaza que habían encontrado sobre su boca fueron más que razón suficiente para que Claire Locke no montara ningún lío o alarma cuando le llevaron a su consigna de almacén. Pensó de nuevo en las cintas de video, segura de que el conductor de uno de esos coches era el responsable de su asesinato, y de la muerte de la otra persona que habían encontrado la semana anterior, según los informes.

Mackenzie volvió a mirar el cadáver con el ceño fruncido. Sentir cierto remordimiento por alguien a quien habían asesinado era una reacción natural, pero Mackenzie estaba sintiendo un grado más intenso de tristeza con Claire Locke. Quizá fuera porque podía imaginarla completamente sola en esa consigna de almacén, incapaz de moverse apropiadamente o de pedir ayuda.

“Gracias por la información”, dijo Mackenzie. “Mi compañero y yo vamos a estar en la ciudad unos días. Dinos si aparece cualquier cosa en ese informe químico”.

Salió de la morgue y regresó al piso principal. De camino a la diminuta oficina desde la que estaban trabajando Ellington y ella, de detuvo en el mostrador de comunicaciones y pidió una copia del archivo actual sobre Claire Locke. Lo tenía en la mano dos minutos después y se los llevó a la oficina.

Se encontró a Ellington mirando fijamente al monitor, reclinado en su butaca.

“¿Encontraste algo?”, le preguntó ella.

“Nada concreto. He visto otros siete vehículos entrar y salir. Uno se quedó unas seis horas antes de salir. Quiero comprobar con el departamento de policía para ver con quiénes de estas personas ya han hablado. Para que Claire Locke acabara en esa consigna, alguien que aparece en estas cintas ha tenido que llevarla hasta allí”.

Mackenzie asintió para mostrar su acuerdo y empezó a examinar el archivo. Locke no tenía antecedentes criminales en absoluto y no es que los detalles personales ofrecieran gran cosa. Tenía veinticinco años, graduada de la UCLA hace dos años, y había estado trabajando como artista digital con una empresa de marketing local. Padres divorciados, su padre vive en Hawái y su madre en alguna parte de

Canadá. No tiene marido, ni hijos, pero había una anotación al final de los detalles personales que afirmaba que habían informado a su novio de su muerte. Le habían llamado el día anterior a las tres de la tarde.

“¿Cuánto tiempo te queda con eso?”, le preguntó.

Ellington se encogió de hombros. “Otros tres días más, por lo visto”.

“¿Estás bien aquí mientras yo me voy a hablar con el novio de Claire Locke?”.

“Supongo”, dijo con un suspiro jocoso. “Llega la vida de casados, será mejor que te acostumbres a verme sentado delante de una pantalla todo el tiempo, sobre todo en temporada de fútbol”.

“Está bien”, dijo ella. “Siempre y cuando no tengas problema con que yo salga por ahí y haga mis cosas mientras tú lo haces”.

Y, para demostrale lo que quería decir, volvió a salir por la puerta. Le gritó mientras se iba corriendo: “Dame unas cuantas horas”.

“Sin duda, pero no esperes tener la cena preparada cuando regreses”.

El humor que compartían le hacía increíblemente feliz de que McGrath les hubiera permitido trabajar juntos en este caso. Entre la lluvia y las nubes que había afuera y la peculiar tristeza que sentía hacia Claire Locke, no sabía si hubiera sido capaz de manejar este caso adecuadamente por su cuenta. Sin embargo, con Ellington a su lado, sentía como si llevara un trozo de su hogar con ella, un lugar al que regresar si el caso se ponía demasiado abrumador.

Volvió a salir afuera. Había caído la noche y a pesar de que la lluvia había vuelto a estabilizarse en forma de leve sirimiri, Mackenzie no pudo evitar pensar que se trataba de una especie de señal de mal agüero.

CAPÍTULO SIETE

Mackenzie no sabía nada sobre el novio, ya que no había nada acerca de él en las notas. Lo único que sabía era que se llamaba Barry Channing y que vivía en 376 Rose Street, Apartamento 7. Cuando llamó al timbre del Apartamento 7, le respondió una mujer que parecía tener cincuenta y muchos años. Parecía cansada y entristecida, y obviamente no le hacía ninguna gracia tener una visita después de las nueve de una noche lluviosa de domingo.

"¿Les puedo ayudar en algo?", preguntó la mujer,

Mackenzie casi vuelve a comprobar el número sobre la puerta, pero en vez de eso dijo, "estoy buscando a Barry Channing."

"Yo soy su madre. ¿Quién es usted?".

Mackenzie le mostró su placa. "Mackenzie White, del FBI. Esperaba poder hacerle unas cuantas preguntas sobre Claire".

"Lo cierto es que no está en condiciones para hablar con nadie", dijo la madre. "De hecho, él…".

"Por Dios, mamá", dijo una voz masculina, que se acercaba a la puerta. "Estoy bien".

La madre se echó a un lado, haciendo espacio para que su hijo saliera a la entrada. Barry Channing era bastante alto y llevaba el pelo rubio cortado al estilo militar. Al igual que su madre, parecía que estaba falto de sueño y era evidente que había estado llorando.

"¿Ha dicho que son del FBI?", dijo Barry.

"Sí. ¿Tienes unos minutos?".

Barry le miró a su madre con el ceño levemente fruncido y después suspiró. "Sí, tengo algo de tiempo. Hagan el favor de entrar".

Barry llevó a Mackenzie al interior del apartamento, por un pasillo estrecho, hasta una cocina de aspecto común. Su madre, entretanto, se quedó más atrás en el pasillo, fuera de su vista. Cuando Barry se acomodó en una silla ante la mesa de la cocina, Mackenzie escuchó cómo se cerraba una puerta con bastante fuerza en alguna otra parte del apartamento.

“Disculpen eso”, dijo Barry. “Estoy empezando a pensar que mi madre se sentía más cerca de Claire de lo que lo estaba yo. Y eso ya es decir, teniendo en cuenta que le compré un anillo de compromiso hace dos semanas”.

“Lamento mucho tu pérdida”, dijo Mackenzie.

“He oído mucho eso últimamente,” dijo Barry, mirando al mostrador. “Fue inesperado y aunque lloré como un bebé cuando me lo dijo ayer la policía, me las estoy arreglando para mantener el control. Mi madre vino para quedarse conmigo y ayudarme hasta que pase el funeral, y le estoy agradecido, pero se pasa de protectora. Cuando se vaya, seguramente podré dejar que salga el dolor, ¿sabes?”.

“Te voy a hacer lo que puede parecer una pregunta estúpida”, dijo Mackenzie. “¿Conoces a alguien que pueda tener alguna razón para hacerle esto a Claire?”.

“No. La policía me hizo la misma pregunta. No tenía ningún enemigo, ¿sabes? No se llevaba muy bien con su madre, pero nada de un nivel que causaría algo como esto. Claire era una persona bastante privada, ¿sabes? No tenía amigas íntimas ni nada… solo conocidas. Ese tipo de cosas”.

“¿Cuándo le viste por última vez?”, preguntó Mackenzie.

“Hace ocho días. Vino por aquí para ver si tenía algo que necesitara poner en su consigna de almacén. Nos reímos acerca de ello. Ella no sabía que yo tenía el anillo, pero los dos sabíamos que nos íbamos a casar. Empezamos a hacer planes para ello. Que ella me preguntara si tenía algo que poner en su almacén era otra manera de reforzarlo, ¿sabes?”.

“Después de ese día, ¿cuánto tiempo pasó antes de que empezaras a asustarte? No veo que denunciaras su desaparición ni nada por el estilo”.

“Bueno, estoy yendo a clases en el colegio de la comunidad, haciéndome con mis GPA para volver a la universidad y terminar del todo. Es un montón de trabajo y eso es además de un trabajo al que voy entre cuarenta y cuarenta y cinco horas a la semana. Así que hay unos cuatro o cinco días que pueden pasar sin que Claire y yo nos veamos. Claro que, después de tres días sin mensajes ni llamadas, empecé a preocuparme. Pasé por su apartamento para ver que estaba a salvo, pero no me respondió. Pensé en llamar a la policía, pero me apreció estúpido. Y realmente, en el fondo de mi mente, me

preguntaba si a lo mejor simplemente se había largado y me había dejado. Que a lo mejor la idea de casarse le había asustado o algo así”.

“En esa última ocasión que la viste, ¿parecía estar bien? ¿Actuaba de una manera distinta a la normal?”.

“No, estaba muy bien, de buen humor”.

“Por casualidad, ¿sabes lo que iba a llevar para guardar en el almacén?”

“Seguramente algunos de sus libros de texto de la universidad. Los ha estado llevando en el maletero durante un tiempo”.

“¿Sabes cuánto tiempo lleva alquilando esa consigna?”.

“Unos seis meses. Estaba trasladando cosas desde California y guardándolas. De nuevo… como tenemos esta cosa de que nos vamos a casar, en vez de llevar las cosas directamente a su apartamento, dejó algunas de ellas en la consigna. Es la razón por la que la alquiló para empezar, creo yo. Le dije que no lo necesitaba, pero no dejaba de repetir cómo haría todo mucho más fácil cuando nos mudáramos a vivir juntos”.

“Te pregunté si Claire tenía enemigos… ¿qué hay de ti? ¿Hay alguien que podría hacer esto para hacerte daño?”.

Barry tenía un aspecto de conmoción, como si jamás se le hubiera ocurrido algo así. Sacudió la cabeza lentamente y Mackenzie pensó que podía echarse a llorar. “No, pero casi desearía que lo hubiera. Me ayudaría a encontrarle el sentido a todo eso, porque lo cierto es que conozco a nadie que quisiera a Claire muerta. Era tan… era muy buena persona. La persona más encantadora que pudiera conocer”.

Mackenzie podía afirmar que estaba siendo sincero. También sabía que no iba a conseguir nada de Barry Channing. Colocó una de sus tarjetas de visita sobre la mesa y la deslizó hacia él.

“Si se te ocurre cualquier cosa en absoluto, haz el favor de llamarme”, le dijo.

Tomó la tarjeta y solo asintió.

A Mackenzie le pareció que debía decir algo más, pero era uno de esos momentos en que había quedado claro que no había nada más que decir. Se alejó hasta la puerta y mientras la cerraba tras salir,

sintió un pinchazo de arrepentimiento al escuchar cómo se echaba a llorar Barry Channing.

Ahora la lluvia que caía afuera era poco más que una neblina. Mientras caminaba de vuelta a su coche, llamó a Ellington, esperando que la lluvia amainara por completo. No estaba segura de por qué le molestaba tanto. Lo cierto es que lo hacía.

"Al habla Ellington", le respondió, como de costumbre, sin mirar a su pantalla antes de responder.

"¿Ya has terminado de ver la tele?".

"Sí, la verdad", le respondió. "Ahora mismo estoy trabajando con el ayudante Rising para tachar a la gente de la lista con la que ya se ha hablado. ¿Algo nuevo por tu parte?".

"No, pero quiero ir a la consigna de almacén donde encontraron el primer cadáver. ¿Puedes obtener esa información de Rising y quedar conmigo delante de comisaría en unos veinte minutos? Y mira a ver si alguien puede poner al propietario al teléfono".

"Así lo haré, te veo después".

Terminaron la llamada y Mackenzie siguió conduciendo, pensando en el novio desconsolado que acababa de ver… pensando en Claire Locke, a solas en la oscuridad, muriéndose de hambre y aterrorizada en sus últimos momentos.

CAPÍTULO OCHO

Mackenzie y Ellington llegaron a U-Store-It a las 10:10 de la mañana. Las instalaciones se distinguían de las de Seattle Storage Solution en que estas estaban en un edificio de verdad. La estructura en sí misma daba la impresión de haber sido en su día una pequeña fábrica de algún tipo, pero el exterior había sido embellecido con un diseño sencillo que solo se revelaba a medias en las lucecitas que bordeaban el pavimento. Como habían llamado con antelación, había una luz encendida en el interior ya que les estaba esperando el propietario y manager del lugar.

El propietario les recibió en la puerta, un hombre bajito y con sobrepeso que llevaba gafas y se llamaba Ralph Underwood. Parecía encantado de contar con su presencia allí y no trató de ocultar el hecho de que le había impresionado la belleza de Mackenzie.

Les llevó por delante del edificio, que consistía en una pequeña sala de espera y una sala de conferencias todavía más pequeña. Había hecho un gran trabajo para conseguir que el lugar tuviera aspecto cálido y acogedor, pero todavía tenía el olor de una vieja fábrica.

"¿Cuántas consignas tiene aquí?", preguntó Ellington.

"Ciento cincuenta", dijo Underwood. "Todas las consignas tienen una puerta trasera para poder cargar y descargar mercancías con facilidad desde fuera en vez de tener que pasar por delante del edificio".

"Parece bastante eficiente", dijo Mackenzie, que nunca había visto un complejo de almacenamiento que estuviera ubicado completamente en un edificio distinto.

"Dijiste por teléfono que os interesaba enteraros de más sobre ese cadáver con que me encontré hace dos semanas, ¿correcto?".

"Eso es correcto", dijo Mackenzie. Había pedido a Rising que le enviara el informe y ahora estaba leyéndolo, en su teléfono. "Elizabeth Newcomb, de treinta años. Según el informe de la policía, la hallaron en su propia consigna de almacenamiento, muerta como consecuencia de una herida de arma blanca en el pecho".

"No sé nada acerca de eso", dijo Underwood. "Todo lo que sé es que cuando vine esa mañana y di una vuelta por el terreno como hago

siempre, vi algo rojo en el bordillo de la puerta de la consigna. Supe lo que era de inmediato, pero intenté convencerme a mí mismo de que estaba equivocado. Sin embargo, cuando por fin abrí la consigna, ahí estaba. Tumbada en el suelo, muerta, en medio de un charco de sangre".

Relataba la historia como si estuviera sentado delante de la hoguera en una acampada. Le irritaba un poco a Mackenzie, pero también sabía que la gente con tendencias dramáticas solían ser buenas fuentes de información.

"¿Alguna vez se ha encontrado algo como esto?", preguntó Ellington.

"No, pero a decir verdad…. He acabado teniendo unas doce consignas abandonadas. Es parte del contrato que si nadie viene a abrir la unidad al menos una vez cada tres meses, puedo llamar al usuario para asegurarme de que siguen interesados en el espacio. Si no ha habido ninguna comunicación después de seis meses, vendo los contenidos en subasta, posesiones y todo".

Aunque Mackenzie sabia de sobre que esto era práctica habitual, por lo que a ella se refería, le resultaba casi ilegal.

"Hay algunas cosas que se deja la gente en estas consignas que son… muy desagradables", continuó Underwood. "En tres de las consignas abandonadas que me dejaron, había toda clase de juguetes sexuales. Alguien tenía quince armas dentro de la suya, entre las que había dos AK-47. Por lo visto, una de las consignas pertenecía a un taxidermista porque había cuatro animales disecados… y no hablo de ositos de peluche, ¿me entendéis?".

Underwood les llevó a través de una puerta en la parte trasera del pequeño ala de la entrada. No había transición después de la puerta; atravesaron un pasillo muy ancho. El suelo era de cemento y el techo estaba a más de siete metros por encima de su cabeza. Ahora más que nunca, Mackenzie estaba convencida de que este sitio había servido como fábrica de alguna clase. Las consignas estaban divididas en agrupaciones de cinco, cada agrupación separada por un pasillo que bordeaba el lateral del edificio por ambos lados. Las agrupaciones estaban colocadas a ambos lados del edificio, dispuestas de tal manera que, cuando mirabas por el pasillo central del medio, parecía no tener un final. Ahora que ya estaban adentro, Mackenzie vio la profundidad y el alcance del lugar por lo que eran. El edificio tenía fácilmente cien metros de longitud.

“La consigna que queréis ver está por aquí subiendo un poco”, dijo Underwood. Siguieron caminando durante unos dos minutos, mientras Underwood seguía dándoles la paliza con las peculiares piezas de coleccionista que se había encontrado en algunas de las consignas abandonadas, además de tesoros como juguetes en condición inmaculada, revistas gráficas de gran valor, y una caja fuerte de verdad sin abrir que tenía más de cinco de los grandes en su interior.

Finalmente, les invitó a detenerse delante de una consigna con el letrero C-2. Por lo visto, había preseleccionado la llave antes de su llegada; rebuscó una sola llave en su bolsillo y desbloqueó el candado que había en el pasador de la puerta. Entonces levantó la puerta, revelando el mohoso interior. Underwood encendió la luz apretando un interruptor que había en la pared y la luz que les iluminó desde el fondo de la habitación reveló una consigna de almacenamiento básicamente vacía.

“¿Y no ha venido ningún familiar a reclamar sus cosas?”, preguntó Mackenzie.

“Recibí una llamada de su madre hace cuatro días”, dijo. “Va a venir en algún momento, pero no concretamos una fecha ni nada por el estilo”.

Mackenzie dio una vuelta por el espacio, en busca de cualquier cosa que resultara similar a lo que habían visto en la consigna de Claire Locke. Pero, o Elizabeth Newcomb no tenía las agallas para luchar que tenía Claire Locke o las pruebas de su pelea ya habían sido limpiadas por el departamento de policía local y los detectives locales.

Mackenzie se acercó a las posesiones que estaba apiladas en la parte de atrás. La mayoría de ellas estaban metidas en contenedores de plástico, etiquetados con cinta adhesiva y un marcador negro: Libros y Revistas, Infancia, Cosas de Mamá, Decoraciones de Navidad, Antiguos Utensilios Pastelería.

Hasta la manera en que estaban apilados parecía muy organizada. Había unas cuantas cajitas de cartón llenad de álbumes de fotos y de fotos enmarcadas. Mackenzie echo una ojeada a unos cuantos de los álbumes, pero no vio nada que sirviera de ayuda. Solo vio fotografías de familiares sonrientes, vistas de primera línea de playa, y un perro que por lo visto había sido una mascota muy apreciada.

Ellington se acercó donde ella estaba y echó un vistazo a las cajas.

Tenía las manos en las caderas, una de las señales que indicaban que se sentía perdido. Todavía le seguía sorprendiendo de vez en cuando lo bien que le conocía.

“Creo que, si había alguna cosa que encontrar aquí, seguro que ya lo hizo la policía”, dijo. “Quizá podamos encontrar algo en los archivos”.

Mackenzie estaba asintiendo, pero sus ojos habían recaído en otra cosa. Caminó hasta la esquina opuesta, donde habían apilado tres contenedores de plástico uno encima del otro. Encasquetada exactamente en el rincón, tan atrás que se le había pasado por alto en una primera inspección, había una muñeca. Era una muñeca antigua, con el pelo sin brillo y manchitas de tierra en las mejillas. Parecía que fuera algo que alguien hubiera podido robar del set de una película mala de terror.

“Qué raro”, dijo Ellington, siguiéndole la mirada.

“Y que extrañamente fuera de lugar”, dijo Mackenzie.

Recogió la muñeca del suelo, con cuidado de mantener las manos en la misma posición a su espalda, en caso de que hubiera algún tipo de pista. Pero claro, a primera vista parecía un objeto al azar en el contenedor de almacenamiento de alguien, quizá algo que arrojaron en el último instante, como una ocurrencia tardía.

Sin embargo, todo lo demás que hay en esta consigna está meticulosamente apilado y organizado. Esta muñeca llama la atención. Y no solo eso, es casi como si fuera su intención llamar la atención.

“Creo que tenemos que meterlo en una bolsa de pruebas”, dijo ella. “¿Por qué no han metido este objeto a una caja para guardarlo? Este lugar está tan limpio que da miedo. ¿Por qué dejarse esto fuera?”.

“¿Crees que el asesino lo colocó allí?”, preguntó Ellington. Pero, antes de que la pregunta saliera por completo de sus labios, ella podía decir que él también lo estaba considerando como una posibilidad muy real.

“No lo sé”, dijo ella. “Pero creo que quiero echarle otro vistazo a la consigna de Claire Locke. Y también quiero ver lo rápido que podemos obtener el archivo completo del caso de los asesinatos de Oregón en los que tú trabajaste… al principio del todo”. Dijo la última parte con una sonrisa, sin perder una oportunidad de provocarle por ser siete años mayor que ella.

Ellington se volvió hacia Underwood. Estaba de pie junto a la puerta, fingiendo que no les estaba escuchando. “Supongo que no hablaste con la señorita Newcomb excepto para alquilarle su consigna, ¿verdad?”

“Me temo que no”, dijo Underwood. “Intento ser amable y hospitalario con todo el mundo, pero hay mucha gente, ¿sabes?”. Entonces vio la muñeca que Mackenzie todavía tenía en la mano y frunció el ceño. “Ya te lo dije… montones de cosas raras en esos contenedores”.

Mackenzie no lo dudaba, pero esta cosa rara en particular parecía estar llamativamente fuera de lugar. Y tenía toda la intención de descubrir qué significaba todo ello.

CAPÍTULO NUEVE

Debido a la hora intempestiva, era comprensible que a Quinn Tuck le hubiera fastidiado que le llamara Mackenzie. Aun así, les dijo cómo entrar al complejo y donde podían encontrar las llaves de repuesto. Era justo antes de medianoche cuando Mackenzie y Ellington abrieron de nuevo la consigna de Claire Locke. Mackenzie no pudo evitar pensar que estaban moviéndose en círculos, un sentimiento que no era especialmente alentador tan temprano en el caso, pero también le parecía que esta era la opción correcta.

Tomando en cuenta la muñeca de la consigna de Elizabeth Newcomb, Mackenzie volvió a entrar al espacio de la consigna. Quizá fuera por que era consciente de que ya era tarde, pero el sitio le causaba todavía más aprensión en esta ocasión. Los contenedores y las cajas de la parte de atrás no eran tan perfectas como las que había en la consigna de Elizabeth Newcomb, aunque estuvieran ordenadas a su manera.

“Un poco triste, ¿no es cierto?”, dijo Ellington.

“¿El qué?”.

“Estas cosas… estos contenedores y cajas. Seguramente nadie a quien le importe lo que hay dentro de ellas las vaya a volver a abrir jamás”.

Realmente era un pensamiento triste, uno que Mackenzie intentó alejar de su atención. Caminó hasta la parte trasera de la consigna, sintiéndose casi como una intrusa. Tanto Ellington como ella examinaron los contenidos en busca de alguna muñeca o alguna otra distracción, pero no encontraron nada. Entonces, Mackenzie pensó que estaba esperando encontrarse algo tan obvio como una muñeca. Quizá hubiera algo distinto, algo más pequeño…

O quizá aquí no haya ninguna conexión en absoluto, pensó.

“¿Ya viste esto?”, le preguntó Ellington.

Estaba arrodillado junto a la pared de la derecha. Asintió con la cabeza hacia la esquina de la consigna, en un espacio estrecho entre la pared y una pila de cajas de cartón. Mackenzie también se puso de rodillas y vio lo que había divisado Ellington.

Era una tetera en miniatura, no en el sentido de que fuera una tetera pequeñita, sino más bien como que era la tetera de un juego de té de esos que las niñas pueden utilizar para tomar un té imaginario.

Gateó hacia adelante y lo recogió del suelo. Le sorprendió bastante darse cuenta de que no estaba hecho de plástico, sino de cerámica. Tenía el mismo tacto de una tetera real, solo que esta no era de más de quince centímetros de largo. Podía agarrar el objeto entero en una mano.

"Si quieres saber lo que pienso", dijo Ellington, "no hay manera de que colocaran eso ahí por accidente o que lo dejara alguien que estaba harto de meter cosas a la consigna".

"Y no es que se acabe de caer de una caja", añadió Mackenzie. "Es cerámica. Si se hubiera caído de una caja, se hubiera roto en mil pedazos en el suelo".

"¿Y qué diablos significa?".

Mackenzie no tenía respuesta. Ambos se quedaron mirando a la tetera, que era bastante bonita pero también algo cutre, igual que la muñeca en la consigna de Elizabeth Newcomb. Y, a pesar de su pequeño tamaño, a Mackenzie le parecía que representaba algo mucho más grande.

***

Era la 1:05 de la mañana cuando por fin reservaron una habitación de motel. Aunque Mackenzie estaba cansada, también se sentía activada por el puzle que planteaban la muñeca y la pequeña tetera. Una vez en la habitación, se tomó un momento para quitarse la ropa de trabajo y ponerse una camiseta y unos pantalones de deporte. Encendió su portátil mientras Ellington también se ponía algo de ropa más cómoda. Entró a su cuenta de email y vio que McGrath había encargado a alguien que les enviaran todos y cada uno de los archivos que tuvieran sobre el caso de Salem, Oregón, de los asesinatos en consignas de almacén de hace ocho años.

"¿Qué estás haciendo?", preguntó Ellington al tiempo que se ponía a su lado. "Ya es tarde y mañana va a ser un día muy largo."

Ignorándole, le preguntó: "¿Había algo en los casos de Oregón que apuntara a algo como esto? ¿A una muñeca, una tetera… lago por

el estilo?”.

“Sinceramente, no me acuerdo. Como dijo McGrath, solo me encargué de hacer limpieza. Interrogué a unos cuantos testigos, ordené los informes y el papeleo. Si hubo algo como eso, no destacó. No estoy preparado para decir que ambos casos estén vinculados. Sí, son chocantemente similares, pero no idénticos. Aun así… puede que no venga mal investigarlo en algún momento. Quizá reunirnos con el departamento de policía de Salem para ver si alguien que estuviera más cerca del caso se acuerda de algo como esto”.

Mackenzie confiaba en su palabra, pero no pudo evitar escanear varios de los archivos antes de entregarse a su necesidad de descanso. Sintió cómo Ellington reposaba la mano en su hombro y entonces, sintió el rostro de él junto al suyo.

“¿Soy muy vago si me voy a dormir?”.

“No. ¿Y yo soy demasiado obsesiva si no lo hago?”.

“No. Tú solo estás siendo de lo más devota a tu trabajo”. Le besó en la mejilla y después se tiró en la cama individual que había en la habitación.

Se sentía tentada de unirse a él, no para ninguna actividad extracurricular, sino simplemente para disfrutar de algo de sueño antes del frenético ritmo que les iba a traer el día siguiente. Pero le parecía que tenía que encontrar al menos algunas piezas potenciales más del puzle, incluso aunque estuvieran enterradas en un caso de hace ocho años.

A primera vista, no había nada que encontrar. Había habido cinco asesinatos, todos los cuerpos fueron hallados en unidades de almacenamiento. Una de las unidades tenía entre sus contenidos unas tarjetas de béisbol por valor de más de diez mil dólares, y otra contenía una colección macabra de armamento medieval. Se había interrogado a siete personas en conexión con las muertes, pero ninguna de ellas había sido condenada. La teoría con la que habían trabajado la policía y el FBI era que el asesino estaba secuestrando a sus víctimas y después forzándolas a abrir sus unidades de almacenamiento. En base a los informes originales, no parecía que el asesino estuviera llevándose nada de las unidades, aunque obviamente era imposible estar seguro de esto.

Por lo que podía ver Mackenzie, no hubo ningún objeto peculiar que se colocara en las escenas. Los archivos contenían fotografías de

las escenas del crimen y de las cinco víctimas, tres de las unidades de almacenamiento se encontraban en un estado caótico, sin haber visto jamás el toque obsesivamente organizado de alguien como Elizabeth Newcomb.

Dos de las imágenes de las escenas del crimen eran sorprendentemente claras. Una era de la escena de la segunda víctima, y la otra de la quinta. Ambas unidades se habían hallado en un estado que Mackenzie consideraba caos organizado; había montones de cosas por aquí y por allá, pero las había puesto juntas al azar.

Examinando la fotografía de la segunda escena del crimen, Mackenzie escudriñó el fondo, ampliando todo lo que podía sin provocar que la pantalla se pixelara. Cerca del centro de la habitación, encima de tres cajas precariamente apiladas, pensó que había visto algo de interés. Parecía una jarra de algún tipo, quizá algo donde poner agua o limonada. Estaba apoyada en lo que parecía ser un plato de alguna clase. Aunque había otros objetos al azar fuera de las cajas, parecía que hubieran colocado estas en el mismo centro de la habitación.

Miró fijamente la imagen hasta que le empezaron a doler los ojos y todavía no estaba segura de qué es lo que estaba mirando. A sabiendas de que podía no resultar en nada, abrió la página de redactar un email para enviárselo a dos agentes que sabía actuarían rápida y eficazmente, dos agentes a quienes, pensó distraída, Ellington y ella tenían que invitar a su boda: los agentes Yardley y Harrison.

Adjuntó los archivos que había recibido al email y escribió un mensaje rápido: ¿podría alguno de vosotros investigar los archivos de estos casos y ver si hubo alguien que acabara tomando un inventario de lo que había dentro de las unidades de almacenamiento? A lo mejor podéis hablar con los propietarios de las instalaciones de almacenamiento.

Sabiendo que quedaba muy poco por hacer, Mackenzie se permitió finalmente irse a la cama. Como estaba tan cansada y el día se le vino encima como una bola de nieve, se había quedado dormida en menos de dos minutos después de recostar su cabeza en la almohada.

Incluso cuando resurgió la tenebrosa visión de la muñeca del almacén de Elizabeth Newcomb dentro de su mente, se las arregló para ignorarla, por su mayor parte, y meterse en un sueño profundo.

CAPÍTULO DIEZ

A Mackenzie no le sorprendió lo más mínimo despertarse a las 6:30 para encontrarse con que el agente Harrison ya le había contestado. Era prácticamente un gurú de la investigación y había aprendido deprisa a navegar entre archivos, carpetas, y copiosas cantidades de datos. Su email contenía dos archivos adjuntos y un mensaje directo, típico de él.

Los dos documentos que adjunto son de los inventarios que realizó el FBI. Estos son todo lo que tenemos porque las familias de las otras víctimas rechazaron las solicitudes del bureau de examinar las posesiones almacenadas. El quinto falta porque el propietario de la instalación subastó los contenidos a los tres días de su muerte. Parece algo cruel que hacer, pero la víctima no tenía ningún familiar que viniera a recorrer sus posesiones.

Espero que esto sirva de ayuda. Dime si necesitas algo más específico.

Mackenzie abrió los archivos adjuntos y se encontró con una lista muy simplificada preparada en un sencillo documento de Word. El primero tenía siete páginas. El segundo tenía treinta y seis páginas. El documento más largo era un inventario de una consigna que pertenecía a Jade Barker. El nombre hizo clic al instante en la mente de Mackenzie, sacó las imágenes de las escenas del crimen de los documentos originales y vio que el más caótico había sido el de Jade Barker, el mismo con el posible plato y jarra colocados directamente en el centro de la imagen.

Mackenzie hizo una búsqueda rápida a través de todo el documento y encontró los dos artículos listados en la página dos.

Jarra de juguete.

Plato de juguete de plástico.

Detrás suyo, Ellington se estaba vistiendo. Mientras se abrochaba la camisa, se acercó a ella y miró la pantalla. “Diablos”, dijo. “Hacen lo que haga falta por ti, ¿no es cierto?”.

“Sí que lo hacen”, dijo ella, señalando los dos artículos. Entonces pensó algo durante un instante antes de preguntar: “¿Dónde exactamente está Salem, Oregón?”.

“Al norte del estado. No estoy seguro de dónde”. Se detuvo, le miró con fingida irritación, y suspiró. “¿Estás pensando en irte a pasar el día?”.

“Creo que puede que merezca la pena. Me gustaría echarles un vistazo a las escenas y quizá hablar con algunos familiares de las víctimas”.

“Ya tenemos a familiares con los que hablar aquí”, señaló Ellington. “Empezando por los padres de Elizabeth Newcomb. Y francamente, me gustaría tener una charla con los policías que fueron originalmente a esa unidad de almacenamiento para obtener un informe detallado”.

“Suena como que tienes la mañana planeada, entonces”.

“Mac… Salem está como a unas cuatro horas, creo. No tiene sentido separarnos solo para que tú te puedas pasar todo el día en la carretera para, con suerte, hacerte una idea confusa de lo que pasó allí hace ocho años”.

Mackenzie abrió una pestaña en su portátil y tecleó Seattle y Salem, OR. Sin volver la vista hacia él, le dijo: “Está a tres horas y media… digamos que tres conmigo al volante. Si todo va bien, estaré de vuelta para cenar”.

“Si todo va bien”, repitió Ellington.

Ella sonrió y se puso de pie. “Yo también te quiero”.

Tras decir eso, le besó y deseó haberse ido a dormir un poquito antes la noche anterior.

***

“Harrison, necesito que encuentres algo más de información para mí”.

Había algo en conducir y hablar por teléfono que realmente

excitaba a Mackenzie. Sin duda, sabía que no estaba bien visto pero en su línea de trabajo, lo consideraba como la modalidad definitiva de hacer de todoterreno.

"Y buenos días a ti también", dijo el agente Harrison desde el otro lado de la línea. "¿Entiendo que recibiste mi email?".

"Así es. Y me fue de gran ayuda. Aunque me preguntaba si podías hacer algunas averiguaciones más para mí".

Ya sabía que él estaría de acuerdo. En el pasado, se había tenido que preocupar de lo que podía pensar McGrath, pero ahora que Mackenzie tenía un nuevo puesto directamente bajo las órdenes de McGrath, sabía que Harrison empujaría su solicitud hasta la primera posición de su lista.

"¿Qué necesitas?".

"Ahora mismo voy de camino hacia Salem, Oregón, para echarles un vistazo a las escenas de allá y entrevistar a quien pueda al respecto. Me gustaría que vieras si puedes averiguar la información de contacto de cualquier familiar o amigo íntimo de las víctimas que viva en la zona".

"Claro, puedo ponerme a ello. ¿Cuántas horas de viaje estás anticipando?".

"Como tres horas más".

"Tendrás todo lo que necesitas antes de que llegues allí".

"Gracias, Harrison".

"Entonces, ¿es este caso alguna cosa rara de pre-luna de miel para vosotros dos?", le preguntó.

"Ni de lejos. Supongo que se podría decir que es algo así como el juego preliminar", bromeó ella.

"Bueno, eso es demasiada información. Deja que vuelva al trabajo para ti. Feliz viaje, agente White".

Concluyeron la llamada, dejando a Mackenzie con la mirada fija en la Interestatal 5 sin más compañía que sus pensamientos. Seguía pensando en la imagen de la unidad de almacenamiento de Jade Barker, muerta desde hacía unos ocho años. Si el plato y la jarra que

ella había encontrado en la imagen eran los dos mismos objetos que el FBI había añadido a su inventario, ¿qué significaban? Claro, había una débil conexión con algunos hallazgos extraños en este nuevo caso de Seattle, pero ¿adónde llevaban? Incluso si salía de Salem con pruebas irrefutables de que el asesino estaba dejando cachivaches y juguetes relacionados con una fiesta para tomar el té (y sí, incluía a las muñecas en esa temática de la fiesta del té), ¿realmente conseguiría algo?

Claro que sí, pensó para sí misma. Nos da un sendero extraño que seguir. Nos deja concentrarnos en una característica específica de las escenas del crimen, una característica que, por lo visto, tiene un significado especial para el asesino.

Y había otra cosa más. Les daría una idea de lo peligroso y retorcido que podía ser este asesino.

CAPÍTULO ONCE

Fiel a su palabra, Harrison le había dado a Mackenzie toda la información que fue capaz de encontrar. La tenía para cuando todavía le faltaba media hora para llegar a Salem. La información venía en una combinación de mensajes de texto y de emails con archivos adjuntos. Y aunque no había gran cosa para seguir, Mackenzie pensó que tenía más que suficiente.

También se había tomado algo de tiempo durante el trayecto para llamar por adelantado al departamento de policía de Salem. Les había preguntado si había alguien disponible para hablar con ella acerca de los asesinatos de las instalaciones de almacenamiento de hacía OCHO AÑOS. Tras un poco de silencio sorprendido al otro lado de la línea, le dieron el nombre del detective Alan Hall.

Con toda esa información a su disposición, Mackenzie empezó su viaje a Salem con una visita a la comisaría de policía. Daba la sensación de que era un día lento y cotidiano en la comisaría. La recepcionista estaba limpiando su escritorio con un trapo mientras que tres agentes se reunían alrededor de un solo escritorio, charlando sobre alguna cosilla.

“¿Puedo ayudarte?”, le preguntó la recepcionista.

“Soy la agente especial Mackenzie White. Se supone que estoy aquí para reunirme con el Detective Hall.”

“Oh claro”, dijo la recepcionista. “Deja que le diga que suba para verte”.

La recepcionista envió una alerta a otra oficina en el edificio con el teléfono y, tras unos momentos, dijo: “Tu visita está aquí”.

“Gracias”, dijo Mackenzie después de que colgara.

“De nada. ¿De dónde vienes conduciendo, si no te importa que te pregunte?”.

“Volé ayer de DC a Seattle”.

La recepcionista intentó sonreír al oír esto, pero parecía que estuviera haciendo sumas mentalmente y decidiendo que debía haber pasado algo malo. En vez de intentar continuar con la conversación

casual, volvió a ponerse a limpiar su escritorio.

Cuando ya lo había restregado unas cuantas veces, apareció un detective vestido de civil, caminando hacia la pequeña zona de vestíbulo que estaba limpiando la recepcionista. Pareció un tanto sorprendido al ver a Mackenzie, pero hizo lo que pudo por ocultarlo. Era un hombre mayor, que oscilaría entre los cincuenta y los cincuenta y cinco años, o al menos eso pensó Mackenzie.

Llevaba una de esas gorras de chófer con las que algunos hombres parecen ridículos, pero que a él le quedaba bastante bien.

"¿Agente White?", preguntó.

"Encantado de conocerte", dijo él, ofreciéndole su mano cuando la sacó para estrechársela. "Encantada de conocerte, detective Hall".

"Puede que cambies de opinión enseguida", le dijo. "Te seré sincero: este caso me quita el sueño. Y casi hace que deje mi maldito trabajo. Así que ayudaré en lo que pueda, pero realmente preferiría no quedarme atascado en ello".

"Por supuesto", dijo ella. "¿Te importa si hablamos en alguna parte en privado?".

"¿Qué te parece mi coche?", dijo Hall. "Te diré lo que pueda de camino hacia el primer complejo de almacenamiento. Está como a unos quince minutos de trayecto".

"Eso suena muy bien", dijo ella.

Por lo visto, a Hall no le iban mucho las formalidades. Le hizo un gesto brusco de asentimiento y empezó a dirigirse hacia la puerta principal sin mediar otra palabra. Mackenzie le siguió y empezó a sentir cómo una especie de temor extraño descendía sobre ella.

Este caso me quita el sueño, había dicho él.

Y a juzgar por la mirada de desasosiego que tenía al girarse hacia la puerta, Mackenzie no lo dudaba ni por un instante.

***

“Ha vuelto a hacerlo, ¿no es cierto?”.

La pregunta había salido de los labios de Hall incluso antes de que salieran del aparcamiento. Tenía una mirada de certeza en su rostro, como si llevara mucho tiempo esperando a escuchar esa noticia.

“Así es”, respondió ella. “O eso parece. En Seattle. ¿Qué hace que estés tan seguro como para hacer una pregunta como esa?”.

“La manera que utilizó para matarles… abandonándoles para que les encuentre alguien o se pudran… no tiene sentido que se detuviera sin más. Creo que estuvimos cerca de atraparle, de veras que sí. Creo que esa es la razón de que parara cuando lo hizo. Pero a mí siempre me ha dado la sensación de que reaparecería en alguna parte y empezaría de nuevo”.

“Por el momento, tenemos dos cadáveres en Seattle”, dijo Mackenzie. “Uno llevaba en la unidad de almacenamiento algún tiempo, al menos entre siete y ocho días”.

Hall asintió. “¿Una sola herida de arma blanca en el abdomen?”.

“Sí señor.”

“Siempre creí que lo hacía para que se desangraran… una muerte lenta, ¿sabes? Y eso es lo que me pone malo de este caso. El cuarto cadáver… llevaba allí tres días por lo menos. El forense dijo que acababa de morir hacía muy poco. Muy poco. Si la hubiéramos encontrado unas horas antes…”.

Hall miraba a través del parabrisas con una expresión de dureza en el rostro. Ya lo había visto antes en algunos agentes, agentes que habían pasado por algún caso terriblemente traumático y que no se habían recuperado del todo.

“Los cinco casos de la zona”, dijo Mackenzie. “Tengo entendido que no hay muchos familiares que se quedaran por aquí?”.

“Esa es una manera de decirlo. En el caso de una de las mujeres, resultó demasiado para la familia. Su hermano se suicidó una semana después y su padre hizo lo propio justo tras sus funerales. La madre se mudó a otra parte… lo último que sé es que se había ido al extranjero. Se marchó lo más lejos que pudo. Dos de ellas ni siquiera tenían familiares por aquí. Y por lo que respecta a las otras dos, creo que sus familias siguen en alguna parte de Salem”.

Mackenzie dejó que todo esto se decantara dentro de su mente mientras Hall conducía entre un flujo leve de tráfico. Como se había ido de Seattle antes de las siete de la mañana, todavía no era mediodía cuando Hall se salió de la autopista para meterse a una carretera estrecha de dos carriles que desembocaba en el aparcamiento de un sitio llamado Salem Storage.

Mackenzie pudo adivinar de un vistazo que este lugar ya no estaba en funcionamiento. El edificio de oficinas tenía persianas de madera sobre su única ventaba y la entrada que separaba los cobertizos de almacenamiento del aparcamiento había sido derribada sin miramientos. Hall aparcó delante de la decrépita oficina y no perdió ni un minuto para bajarse del coche.

"El negocio quebró como un año después de los asesinatos. Dos de ellos ocurrieron aquí".

"¿Sabes cuáles?".

"Pamela Evans y Jade Barker."

Mackenzie no le puso en duda cuando le soltó esos nombres tan deprisa. Imaginó que sabía cada uno de los detalles sobre estos casos de carrerilla.

"¿Recuerdas en cuál de ellas descubrieron a Jade Barker?", preguntó.

Hall asintió y empezó a caminar. Le llevó por el pasillo central que había entre los edificios de almacenamiento, manteniendo su vista en línea recta. No parecía asustado sino muy decidido, decidido a no permitir que el pasado le agarrara y le liara una vez más. Tras unos treinta segundos de caminar, se detuvo y señaló uno de los cobertizos para almacenamiento a la derecha.".

"Es ese".

Mackenzie se acercó hasta allí y le sorprendió ver que no había cerrojo. Se preguntó si el lugar habría sido más o menos saqueado después de que el negocio se hubiera puesto paras arriba. Volvió la vista a hall, como si quisiera asegurarse de que podía abrirlo. Lo único que él hizo fue encogerse de hombros mientras se acercaba para unirse a ella.

Levantó la puerta para que ella entrara. Crujió sobre las vías oxidadas, pero se enrolló hacia arriba sin ningún problema. Como

Mackenzie se estaba esperando, el lugar estaba vacío.

“¿Sabes si la familia de Jade Barker acabó quedándose con sus cosas?”.

“Creo que sí. Su familia es una de las que viven por aquí cerca. Los padres de Jade se tomaron su muerte muy a pecho. Te apuesto lo que quieras a que todavía conservan la mayoría de las cosas que tenía en este lugar. En su sótano o su ático o algo así”.

Mackenzie pasó adentro. Estaba muy húmedo y mohoso en el interior, cargado del aroma de lugares y cosas ya olvidados. Se puso a buscar alguna baratija que se hubieran dejado olvidada en los rincones. Pero, por supuesto, no había nada.

Nada más que una mancha deslavada cerca de la parte central delantera. Una mancha que en su día había sido, sin duda alguna, sangre.

“¿Todo bien por ahí?”, preguntó Hall. “Hay otra cosa más que te quiero mostrar”.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el coche antes de que Mackenzie tuviera tiempo de responder. Él la dejó mirando esa mancha e imaginándose a la mujer que había yacido allí, amordazada y atada y desangrándose lentamente mientras empezaba a morir de inanición.

Un leve escalofrío recorrió a Mackenzie. Desvió la mirada del suelo mancillado y siguió a Hall a toda prisa, dejando que la puerta se cerrara automáticamente.

***

Mackenzie se quedó sentada en silencio, pensando en qué clase de persona mataría hasta estar a punto de que le atrapen, y después se mudaría por razones de seguridad para retomarlo ocho años después. ¿A qué se debe ese enorme hueco temporal? ¿Por qué regresar a exactamente la misma manera de matar?

Es una criatura de costumbres, pensó. Eso, además del juego potencial de dejar pistas extrañas relacionadas con una fiesta para tomar el té seguro que nos acaban llevando hasta él… ¿verdad?

Hall condujo desde Salem Storage a las otras instalaciones de almacenamiento. Solo que llamarle complejo de almacenamiento a esto requería algo de imaginación. Era un terreno al aire libre a tres millas a las afueras de los límites de la ciudad, escondido en medio de un campo yermo. Mackenzie se sintió confusa cuando se bajó de coche y siguió a Hall al terreno.

Había ocho cobertizos de almacenamiento en el terreno, todos ellos llenos de grafiti de alguna clase. Había unas perforaciones en el lateral de uno de ellos que Mackenzie tenía casi la certeza de que se tratan de agujeros de bala.

"La tercera víctima, Shana Batiste, fue hallada aquí. Como puedes ver por ti misma, esto no era más que una operación ruinosa dirigida por un tipo que quería algo de dinero adicional. Era un camionero que hacía esto por su cuenta. Su mujer le echaba una mano. No es que el lugar nunca llegara a ser nada especial, como puedes observar. Solo es una manera de que un imbécil local haga uno de los grandes al mes".

Les condujo hacia una de las unidades al extremo final del terreno. La puerta ya estaba abierta, colgando ligeramente torcida en la parte de arriba, como un diente mellado. Hall asintió hacia ella, dejando claro que no tenía intención alguna de entrar al espacio.

"Aunque no lo sabemos con certeza, creemos que Shana Batiste pueda ser su primera víctima. Cuando la encontraron, llevaba muerta al menos tres semanas. Estaba desnuda y tenía esa puñalada en el abdomen superior. Tenía moratones por toda la espalda. Había arrascado la puerta durante tanto tiempo que tenía las uñas partidas y ensangrentadas. Cuando el forense le quitó la mordaza de la boca… la lengua…".

"Está bien", dijo Mackenzie, más bien por su propio beneficio que por el de él. "Puedes dejarlo".

Hall así lo hizo, congraciándose. Se quedó atrás mientras Mackenzie daba un solo paso dentro de la unidad. Como la puerta estaba abierta, el interior estaba repleto de viejas hojas mohosas, pequeños montones de polvo y tierra, y excrementos de rata. Aun así, tenía la atmósfera de un lugar donde han sucedido muchas cosas malvadas; era un sentimiento en el que estaba empezando a confiar, una especie de sensor extraño en su corazón o en su cerebro que estaba siendo afinado al máximo a medida que avanzaba su carrera profesional.

“¿Sigue su familia por aquí?”, preguntó Mackenzie.

“Solo una abuela. Vive en un hogar de vida asistida que está como a una hora de distancia y tiene demencia”.

No había nada que mereciera la pena en la unidad, pero eso no le importaba a Mackenzie. Aunque Hall hubiera tenido la necesidad de traerla hasta aquí para mostrarle lo que ha tenido que soportar, le podía perdonar por ello.

“Recibí un listado parcial del inventario de dos de las escenas”, dijo Mackenzie. “Tú estuviste presente en las cinco escenas, ¿correcto?”.

“Así es”.

“¿Hubo alguna cosa que llamara tu atención?”, le preguntó. “¿Alguna cosa que pareciera estar fuera de lugar o colocada fuera de las cajas y de los contenedores que pareciera estar colocada al azar?”.

Él le miró a los ojos, con la mirada fija y congelada. “¿Por qué lo preguntas?”.

“Estoy investigando una corazonada… algunas cosas que he visto en las dos escenas en Seattle. Parece una conexión débil, casi una coincidencia, pero si pudiera vincularlo con los asesinatos que hubo aquí…”.

“Tacitas de té”, dijo Hall. “En dos de las unidades. Y después aquí mismo en la unidad de Shana Batiste, encontramos comiditas de juguete, como uvas falsas, pan y mantequilla. Como con las que juegan los críos, ¿sabes?”.

“Sí, lo sé…”.

Y eso fue todo lo que hizo falta decir entre ellos. Comunicaron todo lo demás con sus ojos, que ambos sabían que esta era una conexión indudable. Y que convertía a los asesinatos en algo mucho más aterrador.

“Mierda”, dijo Hall.

Y dicho esto, bajó la cabeza y regresó al coche. Mackenzie se quedó allí de pie un momento, mirando de nuevo a la unidad decrepita como si pretendiera atisbar su sangriento pasad

CAPÍTULO DOCE

Cuando regresaron a comisaría, Hall le invitó a un café. Se acercaba la una del mediodía y Mackenzie quería estar de regreso no más tarde de las cuatro, pero aceptó. Pensó que rayaría en lo cruel hacerle revivir a Hall el infierno por el que pasó hacia ocho años para dejarle a solas con sus pensamientos.

Mientras ella tomaba asiento en su oficina y él le ofrecía una taza de la Keurig que había en una esquina de la habitación, era como si él hubiera leído sus pensamientos. Se sentó y soltó un profundo suspiro.

"Me imagino que quieres regresar a Seattle cuando antes", dijo él. "Mientras estabas examinando la última unidad, me adelanté e hice que un agente reuniera la información de cualquier familiar de las víctimas que todavía siga por aquí. Y resulta que estaba equivocado. Solo queda una familia en la zona. La segunda más cercana está como a dos horas y media de distancia, en alguna parte cerca de la costa".

"¿Qué familia sigue en Salem?".

"Los Barker. Los padres de Jade Barker siguen viviendo en Salem. Al padre le hospitalizaron un tiempo tras la muerte de Jade. No estaba comiendo bien, se deshidrató, y cayó enfermo sin más. Jade también tenía un hermano, pero está cumpliendo condena por intento de violación y por estar malditamente cerca de cargarse a un tipo fuera de un bar, y ambos eventos tuvieron lugar el fin de semana tras el funeral por su hermana. No hace falta que te diga, que cuando hallaron esos cinco cadáveres en un periodo tan breve sin esperanza de encontrar al asesino… destrozó a estas familias".

Mackenzie le dio un sorbito a su café mientras el detective Hall le pasaba un trozo de papel desde su lado de la mesa. Era una hoja normal y corriente de un bloc de notas, y tenía una dirección escrita.

"Debbie Barker se acaba de jubilar y vende algo así como artesanías recicladas en mercados agrícolas de la zona", dijo Hall. "Hay muchas probabilidades de que la encuentres en casa".

Mackenzie agarró el trozo de papel y tomó algo más de café. "Sé que esto no ha sido fácil para ti, detective. Gracias por tu ayuda".

"De nada. Solo una cosa… hazme un favor y atrapa a este tipo, ¿vale?".

Mackenzie sonrió un poco nerviosa. “Esa es mi intención, y tú estarás entre los primeros en saberlo cuando lo haga”.

***

Justo antes de meterse al patio del garaje de la residencia de los Barker, Mackenzie se estaba preguntando cómo sabría tantas cosas el Detective Hall acerca de los Barker. Asumió que se debía a que se había mantenido en contacto con ellos después del asesinato de su hija. Era algo en lo que caían algunos agentes de la policía cuando eran incapaces de resolver un caso. Proyectan todos sus sentimientos de fracaso e incompetencia asegurándose de que saben cómo están los familiares, cómo lo llevan. Era algo noble, aunque también patético.

Y resultó que Hall había tenido toda la razón al hacer sus suposiciones. Cuando Mackenzie se apeó de su coche delante de la casa de los Barker a la 1:45 de la tarde, vio la puerta del garaje abierta y pudo escuchar el chirrido que provenía de algún pequeño aparato eléctrico. Mientras subía por el patio y se acercaba al garaje, pudo ver lo que había dentro. Vio a una mujer de unos sesenta años inclinada sobre una superficie de trabajo con una pequeña lijadora. Estaba trabajando en un objeto de forma oval, completamente ajena al resto del mundo.

Mackenzie esperó un momento, tratando de no asustarla. No dejó clara su presencia hasta que la mujer, supuestamente Debbie Barker, apagó la lijadora y se quitó la máscara protectora de la cabeza. Mackenzie dio unos golpecitos al extremo del garaje y dijo, “Hola”.

Debbie se dio la vuelta un tanto sobresaltada y sonrió con incertidumbre. “Mmm, hola. ¿Le puedo ayudar en algo?” Tenía serrín en el pelo y en su camisa y, a pesar de su inesperada visita, parecía bastante feliz. A Mackenzie le resultaba odioso pensar en donde iba a llevar a esta mujer en un minuto.

“Sí que puede”, le dijo ella. “Soy la agente especial Mackenzie White, del FBI. Ya sé que puede preguntarse a qué viene todo esto ahora, pero me gustaría hacerle unas preguntas acerca de su hija”.

La débil sonrisa en el rostro de Debbie Barker se disipó. Sacudió la cabeza y volvió su atención de inmediato a su proyecto, recogiendo de nuevo la lijadora. “No gracias”, dijo. “He dejado esa parte de mi vida atrás y como ya sabe, Jade ya no está con nosotros”.

“Con el debido respeto, también hubo otras cuatro más”, dijo Mackenzie. “Y ahora hay otras dos”.

Debbie titubeó. No se dio la vuelta para estar frente a Mackenzie. Se quedó allí parada como si le hubieran congelado el cuerpo. “¿Cuándo?”, preguntó.

“Durante la semana pasada más o menos. En Seattle. Las escenas y la manera en que están sucediendo son aparentemente idénticos a lo que sucedió aquí en Salem. Me gustaría creer que vamos a atrapar a este hombre en esta ocasión, pero necesito su ayuda”.

Finalmente, Debbie se dio la vuelta. Estaba llorando, y había dejado de lado la lijadora y su proyecto.

“Tiene que entender que me resulta muy doloroso regresar a esa época”, dijo ella. “Destrozó no solo nuestra familia, pero…, lo estropeó todo. Nos costó años salir adelante”.

“Y por esa razón me aseguraré de que mis preguntas sean lo más discretas y menos invasivas que sea posible. ¿Le suena bien eso?”

“¿Qué necesita saber? Hablé con lo que parecieron ser cientos de policías y agentes del FBI. No tengo nada nuevo que aportar”.

“Pues es que sentía curiosidad por saber el tipo de cosas que Jade guardaba en su unidad. Usted acabó quedándose con muchas de sus cosas, ¿no es cierto?”.

“Así es. Está todo arriba en el ático, y le ruego que no se tome esto de mala manera, pero no estoy dispuesta a dejar que revuelva entre sus cosas”.

“No esperaba que lo hiciera”, dijo Mackenzie. “Lo que quiero saber es si había algo en la unidad que usted no se esperaba encontrar. ¿Había algo fuera de lo normal?”.

Debbie soltó una risa y se miró ambas manos, como si hubiera un chiste escrito en ellas. “Sí, algunas cosas me chocaron. Por lo visto, era toda una seguidora de esas novelas románticas de época con la foto del hombre con la camisa rasgada en la portada. Siempre me dijo que prefería los clásicos, ¿sabe? Pero… ayayay. Esas novelas horribles. ¿Sabe de las que le hablo?”.

“Lo sé. ¿Alguna cosa más?”.

“Sí”, dijo Debbie con sequedad. Era casi como si no quisiera seguir adelante. “Había una jarra y un platito, pero eran de juguete, ¿sabe? Cosas como para una fiesta de té. En su momento, después de que la encontraran, no pensé más acerca de ello. Sin embargo, cuando trasladé sus cosas aquí, su padre y yo, vi esas cosas. Estaban sin empaquetar y como dejadas allí sin más. Y no tenía ningún sentido que Jade las tuviera. Todo este tiempo pensaba que podía tratarse de alguna bromita privada entre ella y su antigua compañera de habitación en la universidad. Pero cuando le pregunté al respecto a su compañera de piso hace unos años, me dijo que no tenía la menor idea de qué le hablaba”.

“Puede que suene raro”, dijo Mackenzie, “pero, ¿cree que puede estar dispuesta a separarse de ellos?”.

Debbie lo consideró un momento y después asintió. “Supongo que sí. De todas maneras, no ha hecho más que provocar preguntas. ¿Cree que están relacionados con el caso de algún modo?”.

Lo cierto era que Mackenzie estaba bastante segura de que estaban relacionados, pero decirle eso a Debbie Barker no haría más que reavivar recuerdos dolorosos. “Todavía no lo sabemos”, dijo. “De momento, estamos haciendo todo lo que podemos para asegurarnos de que los casos de Seattle están sin duda vinculados con los casos de Salem. Y por ahora, estamos siguiendo todos los caminos que se presenten”.

La expresión en la cara de Debbie dejaba claro que sabía de sobra que le estaba contando un cuento chino. Aun así, asintió y se puso a caminar hacia la puerta que llevaba adentro de la casa. “Deme un segundo”, dijo mientras cruzaba la puerta, dejándole claro a Mackenzie que no tenía su permiso para pasar.

Mientras esperaba, Mackenzie sacó su teléfono y envió un mensaje e Ellington. ¿Alguna suerte por tu lado?

Se metió el teléfono al bolsillo y miró a su alrededor a las cosas que estaba creando Debbie. Por lo que podía decir Mackenzie, Debbie estaba creando objetos de granja de alta calidad. Había un letrero con la plantilla de una taza de café, y otro que decía MENÚ con un cuadrado perfecto para colocar dentro una pizarra.

Mientras miraba, le sonó el teléfono. Era un mensaje de Ellington. Lento pero productivo. Familiares de víctimas prácticamente descartados. Mayoría de interrogatorios completados. ¿Tú?

Ella respondió enseguida diciendo: Las cosas han sido reveladoras aquí en Oregón.

En el instante que se metió el teléfono de vuelta al bolsillo, se abrió la puerta de la casa. Debbie Barker salió afuera, sujetando una bolsita de plástico. Se la entregó a Mackenzie como si estuviera llena de comida putrefacta.

“Espero que ayude”, dijo Debbie. “Y espero que puedan encontrar al monstruo que hizo esto. NO puedo ni imaginarme la clase de persona que…”.

Mackenzie ni siquiera se permitió hacer un gesto afirmativo. Sabía lo que Debbie quería decir con el comentario, por supuesto, pero había visto más que suficiente gente durante su carrera que sin duda eran capaces de una cosa como esta. También había visto a los familiares de las víctimas, a años de distancia del trauma. Después de algún tiempo, tendían a dejar de pensar en la persona que les quitó la vida a sus seres queridos como en un mero ser humano; en sus mentes, el asesino se convertía en un monstruo o un hombre del saco.

Pero Mackenzie ya sabía que ese no era el caso. Sabía que no había monstruos, solo impulsos monstruosos en los corazones de los hombres. Y debido a eso, debido a que ella solo estaba a la caza de hombres y no de monstruos, sabía que tenía grandes posibilidades de atraparles.

Allí de pie en el garaje de Debbie, una madre atormentada que había trabajado tan duro para dejar su pasado atrás, Mackenzie se juró a sí misma que, en el caso del hombre que le había arrebatado la vida a la hija de Debbie Barker, no sería distinto.

CAPÍTULO TRECE

Kelly Higdon ya sabía que no iba a regresar a tiempo al trabajo, pero no le importaba. Era uno de esos días en los que tenía que hacer un millón de cosas durante la hora que tenía para almorzar. Además… allí nadie regresaba a la hora que se suponía tenían que hacerlo. Trabajaba en la clase de sitio al que algunos regresaban del almuerzo con aroma a margarita en el aliento o, como era el caso con su supervisor y la recepcionista casada, apestando a sexo.

Así que, si le echaban la bronca por llegar con quince minutos de retraso por intentar encajar cuatro recados en el espacio de una hora, les podían mandar al carajo. De todos modos, odiaba el trabajo. Quería ser una periodista, no escribir proposiciones áridas y con frecuencia exageradas para una empresa de telecomunicaciones.

Llegó al destino de su último recado guiada por esa mentalidad. Condujo a través de la verja de Griffin Brothers Storage City, escuchando cómo los contenidos de la caja de cartón que tenía en el asiento de atrás se movían de un lado a otro. Todo lo que había en esa caja había estado en el apartamento de su novio hacía cuarenta minutos. Cuando llegara a casa y viera que no estaban, quizá se diera cuenta de que le estaba dejando sin llamarle para darle una explicación. Y si le llamaba, entonces ella le enviaría la fotografía que le habían enviado por mensaje esa mañana. Una fotografía de los atributos de su novio dentro de la boca de otra mujer, una fotografía que había tomado la mujer en la foto como una especie de juego preliminar o excitante.

Kelly condujo por el amplio callejón que había entre las filas de unidades. Eran las 12:50 del mediodía así que no había prácticamente nadie por allí. Por esa razón, no se molestó en aparcar perfectamente delante de su unidad. Además, solo venía a dejar una caja y se largaría de allí.

Se apeó del coche, agarró la caja que llevaba en el maletero, e introdujo el código de cinco cifras en su cerradura. Escuchó el clic, agarró la manivela, y le dio un empujón con todas sus fuerzas. Se abrió para revelar una unidad de almacenamiento bastante desordenada. Sabía que tenía que limpiarlo algún día; tenía allí tonterías de su infancia que ni quería ni necesitaba. Era una acaparadora compulsiva, así de sencillo. Mientras dejaba su caja entre las otras pilas de posesiones, divisó su viejo reproductor de discos de

Strawberry Shortcake.

En serio, Kelly, pensó. ¿Para qué diablos necesitas eso?

Ese pensamiento fue interrumpido por una voz que venía desde atrás.

“Eh, ah, ¿podrías mover tu coche?”.

Ella se dio la vuelta, intentando ocultar la irritación en su rostro. Vio a un hombre de pie, con aspecto de sentirse bastante avergonzado de siquiera hacerle la pregunta.

“Lo siento”, dijo ella. “Ya me iba”.

Él se dio la vuelta para dejarle en paz, haciendo un leve gesto de agradecimiento. Cuando ella también se puso a conducir, notó que él se había detenido junto a su coche. Echó un vistazo rápido a su alrededor y entonces se volvió hacia ella.

El golpe pareció llegar de la nada. Ella estaba demasiado ocupada intentando imaginar qué es lo que llevaba él en la mano para pensar en defenderse de un impacto. Escuchó y sintió el golpe cuando llegó y mientras caía al suelo, pudo por fin ver el largo de la tubería de acero que había en su mano en medio de una neblina borrosa.

Él entró a la unidad con ella y entonces intentó echarle una ojeada a su rostro, pero el mundo se oscureció antes de que pudiera enfocarse en esos ojos negros de maniaco.

***

Cuando Kelly abrió los ojos de nuevo, pensó que iba a vomitar. El dolor de cabeza que tenía era espeluznante. Intentó gritar, pero descubrió que le habían cerrado la boca con cinta adhesiva. Por debajo de ella, el mundo parecía moverse. Le estaban trasladando a alguna parte, y asumió que por eso había recuperado la consciencia.

Entonces se acordó de que le habían golpeado con el tubo de hierro y del hombre entrando a su unidad de almacenamiento.

Kelly chilló por debajo de la cinta adhesiva y el sonido salió débil, como el crujido de una puerta. Como respuesta, sintió cómo algo le apretaba por la espalda. Se quejó contra la cinta y después hizo lo que

pudo para acomodarse, para imaginarse qué diablos le estaba pasando.

Pero ella no tenía tiempo para esto. En cuando decidió intentar calmarse, sintió cómo se caís. Fue una caída muy breve. Aterrizó sobre algo relativamente blando y entonces, por el momento, estuvo inmóvil. Se tomó ese momento para comprobar donde estaba y hacer inventario de la situación.

Estaba en una pequeña habitación. Había unas cuantas cajas por la habitación, apoyadas contra la pared. Una sola bombilla brillaba por encima de ella desde un techo que parecía fabricado con hojalata o alguna clase de metal.

Una unidad de almacenamiento… pero no la mía. ¿Qué diablos…?

Un hombre apareció en su campo visual. Le reconoció de inmediato. Esta vez no llevaba un tubo de hierro, pero eso no le hacía parecer menos siniestro. Kelly intentó alejarse gateando, pero no lo consiguió. Tenía las manos atadas a la espalda y cuando intentó echarse hacia atrás, puso demasiada presión sobre sus hombros. También descubrió que tenía los pies atados de la misma manera, con cuerda o algún tipo de cordel.

“Ya sé que estás asustada”, le dijo el hombre. “Pero terminará antes de que te enteres. Por lo que tengo entendido, cuando empiezas a perder suficiente sangre, el tiempo pasa muy deprisa cuando tu cerebro empieza a entrar en pánico… cuando tu corazón empieza a ralentizar su ritmo”.

Kelly quería suplicarle por su vida, quería decirle que haría lo que fuera si le dejaba marchar.

Sin embargo, la mordaza le impedía hablar. Y además de eso, la mirada en sus ojos le dijo que le traía sin cuidado hacer un trato. Ya tenía lo que él quería.

Kelly comenzó a llorar. Las lágrimas llegaron deprisa, emborronándole la visión.

En realidad, fue una leve bendición. Las lágrimas nublaron su visión, por lo que no vio el cuchillo cuando descendió lentamente sobre ella.

CAPÍTULO CATORCE

Mackenzie había regresado a Seattle para las 6:12 de la tarde. Caía una llovizna como de costumbre, pero ya no le molestaba tanto como el día anterior. Al entrar al departamento de policía con la bolsa que le había entregado Debbie Barker, tenía la sensación de que ahora tenían un camino que seguir. Por supuesto, no tenían ni idea de cómo transitar ese camino, pero al menos les daba una dirección clara que seguir.

Encontró a Ellington en la diminuta sala de conferencias desde la que estaban trabajando. Estaba de pie delante de una pizarra de borrado en seco donde había pinchado un mapa geográfico de la zona y marcado a bolígrafo los nombres de las instalaciones de almacenamiento. En la mesita, el ayudante Rising y otro policía estaban sentados con papeles y archivos esparcidos por toda la mesa.

Era algo incómodo tenerles allí. La primera reacción de Mackenzie al ver a su prometido en el trabajo era darle un beso. Por supuesto, eso no sería apropiado, así que simplemente se sentó a la mesa con Rising y el otro agente.

"¿Traes la cena?", preguntó Ellington, señalando a la bolsa de plástico que llevaba en la mano.

"No. Lo que traigo para todos es un vínculo claro entre los casos de Salem, Oregón, y nuestros dos asesinatos".

Entonces les puso al día acerca de la conversación que había mantenido con Debbie Barker y el tiempo que había pasado con el detective Hall. Mientras repasaba todo ello, colocó el juego de la jarra y el platito sobre la mesa. Al hacerlo, Rising dejó también dos fotografías. Por lo visto, alguien había tomado fotografías recientes de la pequeña tetera y de la muñeca que se habían encontrado en las escenas del crimen de Newcomb y Locke.

"Tengo que admitir" Rising, "que pensé que seguir una pista basándonos en una muñeca y una tetera era una locura. Pero esto viene a confirmarlo en mi opinión".

"Sí, ella es así de buena", dijo Ellington lanzándole un guiño a Mackenzie. "¿Alguna idea sobre lo que estamos buscando aquí, agente White?".

“Lo que las teteras, platos y muñecas me sugieren es que el asesino tiene alguna temática extraña relacionada con las fiestas de té en mente. ¿Por qué? No tengo ni idea. ¿Y por qué dejarlas tan a la vista? Él quiere que veamos estas cosas, pero ¿por qué?”.

“¿Estará expresando alguna fantasía infantil retorcida?”, sugirió Rising.

“Ni idea”, dijo Mackenzie. “Pero creo que al menos es una posibilidad que tenemos que tomar en cuenta. Además, por extrañas que parezcan las conexiones, ahora sabemos dos cosas sobre él. Le gusta almacenar a sus víctimas en sus propias unidades de almacenamiento, y tiene un cierto capricho por artículos relativos a una fiesta de té”.

“Mientras tanto”, dijo Ellington, “hemos estado intentando ver una pauta para ver donde puede atacar a la próxima. Hay veintiún complejos d unidades de almacenamiento en la ciudad y otros doce en otras poblaciones más pequeñas. Por desgracia, dos escenas existentes no son suficiente como para triangular nada. Todavía no podemos predecir nada”.

“¿Alguna idea sobre por qué está eligiendo los cobertizos de almacenamiento para empezar?”, preguntó Rising.

“No, pero es una excelente pregunta”, dijo Mackenzie. “Podría ser porque están tan aisladas y confinadas”.

“¿Ellas?”, preguntó Ellington. “¿Te refieres a las unidades de almacenamiento o al asesino?”.

Se había referido a las unidades, pero la manera en que Ellington planteó la pregunta le hizo ponerse pensativa. Seguramente, si un asesino se estaba reduciendo a pequeños espacios para guardar a sus muertos y después dejando en las escenas recuerdos lúdicos, tenía que haber un aspecto psicológico en por qué estaba haciendo todas estas cosas.

“¿Tuviste alguna sensación sobre por qué el asesino terminó sus actividades en Oregón?”, preguntó Rising.

“Bueno, es una zona mucho más pequeña que Salem. Con el tiempo, la red se hubiera hecho demasiado tensa, al quedarse sin complejos de almacenamiento que utilizar”.

“Y aun así acabo con cinco víctimas”, dijo Ellington. “Con una

ciudad del tamaño de Seattle, no hay manera de saber de lo que es capaz.”

“¿Y qué diablos hacemos entonces?”, preguntó Rising.

“¿Cuántos hombres nos puedes proporcionar?”, preguntó Mackenzie.

“Todos los que necesites”.

“Estupendo. Creo que puede resultar irrealista vigilar todas las instalaciones de almacenamiento de la zona, pero creo que deberíamos notificar a todos los propietarios. Tienen que saberlo para tomar medidas cautelares adicionales. Tienen que saber lo que está pasando, sin asustar a su clientela. Pero, por ahora, me gustaría revisitar algo que ha dicho el agente Ellington… sobre si me refería a que las unidades de almacenamiento estaban aisladas y confinadas o al asesino. ¿Y si el asesino se siente de esa manera? ¿Y si es un aspecto de su personalidad que está proyectando en los asesinatos?”.

“Esa es mierda profunda”, dijo Rising.

“Así es. ¿Tenéis a algún psicólogo en plantilla?”.

“No”, dijo Rising. “Pero todos vamos a ver al mismo loquero. Una señora mayor que se especializa en trabajar con fuerzas de la ley y soldados con estrés postraumático”.

“¿Estarías dispuesto a llamarle cuando antes para ver si puede hablar conmigo? Si lo pudiera hacer en las próximas horas, sería ideal”.

“Claro, sin duda”, dijo Rising. Le hizo una señal al otro agente para que le siguiera. Salieron de la habitación rápidamente, dejando a solas a Ellington y Mackenzie.

Mackenzie se sorprendió a sí misma cuando prácticamente corrió al otro lado de la habitación para darle un beso a Ellington. Y no fue un beso inocente de los que se usan para saludar. Fue un beso apasionado que hablaba por sí solo. Él se lo devolvió, si acaso un tanto dubitativo, y cuando ella sintió sus manos a su espalda, sintió cómo su cuerpo entero se relajaba.

Ellington interrumpió el beso tras unos cinco segundos. Le miró, entretenido e intrigado. “¿Qué fue eso?”.

“No lo sé”, dijo ella. “Es que… algunas historias que escuché hoy en Salem fueron duras. Y entonces llego aquí y te veo metido en tu trabajo… solo necesitaba besarte. ¿Está bien?”.

“Eso está perfectamente bien”, dijo él. “¿Estás tú bien?”

“Estaré mejor cuando podamos conseguir una pista tangible en este caso. Odio sonar derrotista, pero no tengo una buena sensación con este caso”.

“Sí, verdad, no tiene buena pinta, ¿no es cierto? Odio estos casos donde casi necesitas que alguien más aparezca muerto con la esperanza de obtener más pistas”.

El peso de ese comentario se quedó suspendido entre ellos. Le besó una vez más, esta vez solo un besito en el cuello, y se volvió a sentar. Se quedó mirando al platito y la tetera como si quisiera forzarles a que le dieran respuestas sobre sus pasados.

CAPÍTULO QUINCE

Como ya había oído hablar de los dos asesinatos más recientes, la psicóloga de la policía se mostró encantada con la idea de reunirse con Mackenzie y Ellington. Se ofreció a quedar con ellos para una cena tardía sobre las ocho de la tarde, lo que hizo que Mackenzie y Ellington se apresuraran a regresar a su hotel. A Mackenzie le encantaba viajar, pero lo que no le gustaba nada sobre ello era la sensación de estancamiento que a veces sentía después.

Mientras Ellington comprobaba su email y respondía una llamada del ayudante Rising, Mackenzie se metió a la ducha. Mientras se lavaba, no podía quitarse de la mente los ojos del detective Hall. También vio claramente el interior de ese último almacén decrépito y como todo se había ido por la borda y algo al respecto le hizo sentir escalofríos.

Pensó en un asesino que iba a examinar las escenas de sus secuestros, mientras ya estaba planeando llevarlas a alguna otra parte para su descanso eterno. Eso quería decir que tenía que viajar con ellas, para trasladarlas de un lado a otro. Y en base a los resultados del forense, todos pensaban que las víctimas estaban vivas cuando las abandonaban.

A menos que las esté esperando en las unidades para atacarlas luego allí, pensó.

Era una buena teoría, pero las pruebas de video del asesinato de Claire Locke no la apoyaban. Para que alguien hubiera ido al complejo a esperarla y salir después de allí, eso significaría que las cintas habrían mostrado el mismo coche entrando y saliendo, además de mostrar a Claire Locke entrando, pero no saliendo después. Y no se daban estos eventos en las cintas.

El sonido de la cortina de la ducha abriéndose le sacó de sus pensamientos. Desconcertada, se dio la vuelta para encontrarse con Ellington. La estaba mirando de arriba abajo, tan desnudo como lo estaba ella.

“¿Ya estás limpia?”, le preguntó.

“Claro, casi he terminado”.

“Oh”, dijo él, decepcionado. Entonces empezó a cerrar la cortina,

pero Mackenzie le detuvo.

"Es una ducha", dijo ella, tirando de él hacia dentro. "No nos llevará mucho lavarnos de nuevo".

Sonriendo, él se le unió y lo retomaron donde lo habían dejado en la sala de conferencias.

***

La psicóloga se llamaba Janell Harper. Tenía sesenta y un años, pero parecía más bien rondar los cincuenta y cuando Mackenzie y Ellington se reunieron con ella para cenar en un restaurante de su elección, estaba saboreando una copa de vino tinto mientras leía algo en su teléfono. Elevó la vista para mirar a Mackenzie y a Ellington mientras se sentaban y Mackenzie decidió de inmediato que le caía bien. Harper no se molestó con sonrisas falsas ni formalidades. Sabía por qué estaban aquí y no se molestó en fingir que todo andaba bien.

"Gracias por reunirse con nosotros", dijo Mackenzie. "Sé que ha sido algo muy urgente".

"No hay ningún problema. He oído hablar de un asesinato… pero este segundo es toda una novedad para mí. ¿Sospecháis que se trate de un asesino en serie?".

"Sabemos que es un asesino en serie", dijo Mackenzie. "Ya ha hecho esto antes, en Oregón. Cinco víctimas y no le atraparon jamás".

"Dios Santo", dijo Harper.

"Era todo igual en Oregón", dijo Ellington. "Cadáveres guardados en unidades de almacenamiento en estado herido y amordazado. Las habían abandonado allí para que murieran de hambre o se desangraran, lo que fuera que llegar antes".

"¿Qué me puedes decir del asesino?", preguntó Harper.

"Bueno, esa es la razón de que nos pusiéramos en contacto contigo", dijo Mackenzie. "Deja sus escenas del crimen limpias. No hay huellas, ni cabello, nada. Las apuñala una vez en la parte superior del abdomen, un corte que casi siempre está en el mismo sitio. Y entonces las abandona".

“¿Alguna señal de violación o de abusos?”, preguntó Harper.

“Todas las indicaciones apuntan a que no, pero el patólogo todavía no lo ha descartado al cien por cien”.

“Sospecho que lo hará”, dijo Harper. “Si esto hubiera incluido sexo, sería evidente. Con cualquiera que ata y amordaza a otra persona, se trata de control y dominación. Así que, si estuviera acostándose con las mujeres, también las humillaría y las dominaría de esa manera”.

“Lo que sí que parece es que está dejando pequeñas piezas de un puzle en las escenas”, dijo Mackenzie. “Una muñeca en una unidad. Una tetera de juguete en otra. Platos y jarras de juguete en otras”.

“Eso me hace pensar que está o de luto o celebrando algo de su infancia. Está intentando montar una fiesta del té. Aunque el acto nos pueda parecer morboso, tenemos que atisbar dentro de la mentalidad de alguien que no tiene problema en capturar, maniatar y matar mujeres. Esta fiesta del té que parece querer organizar puede ser la clave. Por supuesto, es todo simbólico, pero puede que él no sepa esto”.

Se detuvo ahí, cuando el camarero vino a la mesa a tomarles la orden. Mackenzie se dio cuenta de que estaba muerta de hambre y pidió una chuleta para su cena. Y ya estaba pensando en lo que podía tomar de postre. Con sus pedidos en lugar, el camarero les dejó a solas de nuevo. Mackenzie lo retomó exactamente donde lo habían dejado.

“Cuando piensas en las unidades de almacenamiento como la ubicación final de cada asesinato, ¿qué es lo que ves en cuestión de personalidad?”, preguntó Mackenzie.

“En fin, es muy interesante porque podría ir por cualquiera de estos dos caminos. Mi primer instinto es que tiene una mentalidad acaparadora, que el concepto de guardar las cosas en lugares seguros donde sean fácilmente accesibles le atrae en especial. Sin embargo, hasta eso es contradictorio en sí mismo porque, por norma general, los acaparadores no son demasiado organizados”.

“Entonces, ¿crees que disfruta de la idea de guardar a sus víctimas en algún lugar donde las pueda encontrar fácilmente después?, preguntó Ellington.

“Quizás, pero creo que mi primera corazonada se acerca más a la verdad. Si está dejando a estas mujeres en unidades de

almacenamiento sin servicio, puede que sea porque se teme que se acaben perdiendo en otro sitio. Y cuando añades la parafernalia del té a todo ello, creo que apunta al lugar donde él creció. Os apuesto la cuenta de la cena a que el asesino creció en un hogar que estaba mu desordenado y abarrotado".

"Eso tiene sentido, aunque no nos ayuda realmente a perfilar a nuestro asesino".

"Claro que sí. Un poco al menos. Seguramente vuestro asesino no sea una persona muy desordenada. Puede que esa sea la razón de que les apuñales una vez y se marche. También sugiere que puede que las esté guardando en estas unidades porque no quiere que sus cadáveres creen suciedad en ninguna parte. Su casa, su coche, incluso las casas de las víctimas".

"Eso también explicaría por qué no está dejando ningún resto físico en las escenas del crimen", dijo Ellington.

"Decidme… de las unidades de almacenamiento que le habéis visto usar, ¿estaban muy ordenadas o solo abarrotadas de cosas amontonadas de manera descuidada sobre las paredes?".

"Había una o dos que no consideraría inmaculadas", dijo Mackenzie. "Pero, en su mayor parte, sí… estaban muy bien ordenadas y organizadas".

"Hace que me pregunte si estaban así antes de que el asesino las utilizara", dijo Harper.

"¿Crees que ordena el espacio después de apuñalarlas?", preguntó Ellington.

"Creo que es una probabilidad. Yo tengo mi propia unidad de almacenamiento. También la tiene mi suegra. Ninguna de las dos se consideraría limpia. Sé donde está todo, pero no deja de ser poco más que un caos ligeramente organizado. No voy a hacer una suposición presuntuosa y decir que todas las unidades son como estas, pero me atrevo a decir que, en general, están más bien desorganizadas".

Sin duda, esto le dio qué pensar a Mackenzie. No estaba segura de si le ayudaba a perfilar al asesino o no, pero abría toda una nueva perspectiva en el caso.

"Hay otra cosa más que me pregunto si habéis considerado", dijo Harper. "Dejando el perfil de lado, puede que el asesino esté

utilizando las unidades de almacenamiento debido a la poca frecuencia con la que se utilizan. Odio poner esta idea en vuestra cabeza si ya no está allí, pero ¿y si resulta que hay más por ahí? ¿Muchas más? ¿Y es solo una cuestión de que alguien las encuentre?”.

“Casos sin resolver”, dijo Mackenzie, sintiéndose totalmente inferior en ese momento. “Denuncias de personas desaparecidas”.

“Mierda”, dijo Ellington.

No es que se tratara de un camino que se les hubiera pasado por alto, sino de uno que les había estado mirando de frente y que, sencillamente, ellos no habían notado.

“Por favor, quiero que sepáis”, dijo Harper, “que no os ofrezco esta sugerencia porque suponga que no estáis haciendo bien vuestro trabajo. Pero, si seguimos la línea de pensamiento de que puede que este asesino tenga cierta aversión al desorden o incluso a la suciedad, optaría por ubicaciones que no fueran a ser perturbadas durante algún tiempo. Claro está, podría abandonarles en el bosque, pero el bosque es de por sí bastante desordenado”.

“Y supongo que es más difícil tener una fiesta del té en el bosque tenebroso”, dijo Ellington con tono jocoso.

“Lo dices en broma, pero hay algo de cierto en ello. Este asesino quiere que las cosas estén limpias. Organizadas. Sin ser perturbadas. Claro que el aspecto de la fiesta del té insinúa que hay algo detrás de ello. Algo que quizá le haya faltado de niño como resultado de vivir en una casa desordenada o con falta de organización”.

La mente de Mackenzie iba a mil por hora, intentando conectar varias líneas de pensamiento para que todas discurrieran por la misma pista. Nada de lo que les había proporcionado Janell suponía una enorme revelación de ninguna manera, pero sí que le dio a Mackenzie muchos ángulos nuevos desde los que observar el caso.

Su cena llegó, y Mackenzie comió lo más rápido que pudo sin parecer demasiado poco femenina. La conversación no se detuvo, pero solo acabaron hablando de los dos asesinatos de Seattle en más detalle. Cada nuevo detalle que le daban a Harper solo conseguía que ella asintiera, al reforzar el perfil que acababa de bosquejar.

Mackenzie ya estaba pensando en casos sin resolver y denuncias de personas desaparecidas. Sabía que incluso solo una denuncia de desaparición o de secuestro podría perfectamente llevarles al asesino.

Por desgracia, en una ciudad del tamaño de Seattle, encontrar un caso que conectar con su asesino no sería tarea fácil, per tenían que empezar por alguna parte.

Con este plan incubándose en su cabeza, Mackenzie empezó a comer algo más despacio. Decidió disfrutarlo… ya que tenía toda una larga noche de investigaciones por delante.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Después de cenar con Janell Harper, Mackenzie y Ellington regresaron directamente a comisaría. Mientras Mackenzie conectaba su portátil a la red del departamento, Ellington llamaba al ayudante del alguacil Rising para preguntarle si quería echar una mano. En media hora, habían montado una pequeña central de información en la salita de conferencias. Rising había conseguido la ayuda de dos agentes, una agente femenina llamada Dentry y un hombre envejecido llamado Willard.

Cuando pasó la primera hora, Mackenzie tenía la impresora ronroneando, imprimiendo los archivos e informes del caso. También tenía el tablero blanco prácticamente cubierto de notas. Ellington y ella estaban recogiendo los casos sin resolver en un diámetro de treinta millas a la redonda durante los ocho últimos años, mientras Dentry y Willard buscaban casos de personas desaparecidas el año pasado. Identificaron siete casos posibles que encajaban con la descripción, mujeres de edades entre los dieciocho y los cincuenta, y comenzaron a investigarlos a fondo.

Mientras tanto, Rising estaba examinando más a fondo el proceso de alquiler de los complejos de unidades de almacenamiento donde habían hallado a Claire Locke y a Elizabeth Newcomb. Esperaban poder encontrar algunas pistas, por pequeñas que fueran. ¿Cuánto tiempo llevaban alquilando la unidad? ¿Pagaban a tiempo? ¿Se había quejado alguna de las mujeres de un posible allanamiento de sus unidades?

No era la manera más elegante de solucionar un caso, pero Mackenzie siempre había apreciado el caducado arte de sentarse y sumergirse en la investigación. A veces no se solucionaba un caso con una persecución en coche a toda velocidad o una sorpresa de última hora; a veces solo se trataba de investigar.

A las 9:55, la agente Dentry trajo un archivo de dos páginas a Mackenzie. Parecía algo aliviada, como si estuviera conteniendo la emoción. Por un instante, Mackenzie se preguntó si la mujer se las había arreglado para encontrar la pista que les iba a ayudar a encontrar al asesino.

“Este archivo es de una mujer llamada Angela Hernández”, dijo Dentry. “Su marido denunció su desaparición hace ocho meses. De los

siete casos activos que nos hemos encontrado, ella es la que más se acerca a lo que estamos buscando. Alquiló una unidad de almacenamiento en U-Store-It”.

“¿Y sabemos si algún familiar la vació después de su desaparición?”; preguntó Mackenzie.

“No hay manera de saberlo”, dijo Dentry.

“Ponme al habla con un hombre llamado Ralph Underwood. Es el propietario de U-Store-It. Dile que los agentes White y Ellington necesitan saber todo lo que sea posible sobre la unidad que pertenecía a Angela Hernández”.

Dentry asintió y mientras salía de la sala, se le ocurrió otra cosa a Mackenzie. Por extraño que pudiera parecer, charlar con Janell Harper había destrabado alguna puerta mental. Ahora se estaba permitiendo explorar el caso desde todos los ángulos y eso estaba haciendo que emergieran nuevas ideas.

Sacó su teléfono y marcó un número que le habían dado horas antes ese mismo día. Sonó tres veces antes de que le respondiera el Detective Alan Hall. “¿Diga?”

“Detective Hall, lamento molestarte a estas horas, pero me preguntaba si podrías proporcionarme cierta información sobre los casos de las unidades de almacenamiento. Algo que se me pasó por alto hoy”.

“Si sé las respuestas, sin duda, me gustaría ayudar del modo que pueda”.

“Me gustaría saber si se puede averiguar cuánto tiempo llevaban las unidades alquiladas por las víctimas antes de sus muertes. También me gustaría saber si las alquilaron pagando en metálico o con tarjetas de crédito. Por último, me gustaría saber los nombres que figuran en los contratos de alquiler. Considera una señal de alarma encontrarte un nombre que no coincida con el de la víctima.”

“Debería ser sencillo conseguir eso. Estoy bastante seguro de que está todo en el último archivo del caso que se acabó realizando. Pero estoy en casa. Deja que llame a comisaría y que haga que alguien me lo envíe. ¿Puedes darme media hora más o menos?”.

“Cuanto antes sería mejor, pero me quedo con la hora. Gracias”.

Terminó con la llamada y miró al tablero, cubierto de notas. Sigilosamente, Ellington se sentó junto a ella. "¿Qué piensas?", le preguntó.

"Nada por el momento".

"Mentirosa. Conozco esa expresión. Estás revolviendo dentro de esa cabecita tuya. Crees que has dado con algo, ¿no es cierto?".

"Quizás. Pero necesitamos ver con qué información regresan Dentry y Hall".

"Tienes que ponerme al día de alguna manera", dijo él.

"Es una locura, pero me pregunto cómo de planeados fueron estos asesinatos. Tuvieron que seguirlas a todas horas. Es demasiado. Casi no tiene sentido. El asesino tenía que saber dónde estaban las unidades de antemano para poder esperarles allí. Y eso me hace pensar que él tenía una unidad en los mismos lugares. O…".

"¿O qué?".

Mackenzie no estaba segura de cómo terminar su pensamiento. Al final, resultó que no tuvo oportunidad de hacerlo. Dentry regresó a la habitación con una expresión de irritación en el rostro. Llevaba su teléfono móvil y se lo quería pasar a Mackenzie, mientras sacudía la cabeza.

"Dice que quiere hablar contigo".

"¿Ralph Underwood?"

Dentry asintió. "Creo que puede que tenga lo que andas buscando, pero él…, en fin, es un imbécil de mucho cuidado".

Mackenzie agarró el teléfono y no perdió el tiempo. "Señor Underwood, le aseguro que la policía local está más que capacitada para recoger la información que usted nos proporcione".

"Quizás, pero no necesito que los de aquí pasen a husmear cuando tú y tus amigos del bureau os hayáis marchado de la ciudad".

Decidida a no meterse en una discusión posiblemente estúpida, Mackenzie fue derecha al grano. "Señor Underwood, ¿qué es lo que quería decirme?"

"Bueno, la otra mujer estaba preguntando por la unidad de

Newcomb. Estoy en mi casa y tengo todos los alquileres en mi portátil. Tengo todas las respuestas que ella quería, pero quería dárselas yo mismo”.

“Está bien, gracias”, dijo ella, irritada con él al tiempo que intentaba apaciguar a su única fuente de información de confianza.

“Elizabeth Newcomb lleva alquilando esa unidad dieciocho meses. Siempre ha pagado a tiempo y siempre en metálico. Pero aquí está el lado interesante, y me siento como un idiota por no acordarme”.

“¿De qué se trata?”, preguntó Mackenzie, esperando algo importante.

“Cuando lo alquiló, lo hizo con el nombre de otra persona. No está su nombre en la solicitud, pero ella es quien siempre la usaba y quien pagaba por ella”.

“¿Y qué nombre tiene en la solicitud?”.

“Mark Riley. Y su dirección está aquí mismo en Seattle.”

“Eso es perfecto, señor Underwood. Muchas g—”

“Pero es que hay algo más. Esa no es la única unidad que tengo aquí bajo el nombre de Mark Riley. Tiene otras dos”.

“¿Y paga con regularidad?”.

“Sí”.

“¿Tiene alguna manera de averiguar quién visita las unidades en un momento dado?”, le preguntó.

“No. No hay que registrar la entrada ni la salida.”

“Eso está bien”, dijo Mackenzie. “Señor Underwood, ¿nos permitiría que visitáramos su complejo de nuevo esta noche y le echáramos un vistazo a esas unidades?”.

“Eso es posible. ¿Me necesitáis allí?”.

“Pude que venga bien. ¿Por qué no se reúne con nosotros allí en una hora?”.

Cuando él le dio una respuesta positiva, Mackenzie escuchó un

pitido. Miró su pantalla y vio que le llamaban desde el código del área de Salem, Oregón. Era el detective Hall, llamándole de vuelta.

“Señor Underwood, le veremos como en una hora. Tengo que responder esta llamada que tengo en espera. Muchas gracias por su ayuda”.

Cambió de línea, sintiendo como si ahora ya estuvieran haciendo progresos. “Detective Hall, gracias por ponerse de nuevo en contacto conmigo”.

“Por supuesto. Mira, estoy mirando al informe final y todo está en orden… excepto por un pequeño detalle. Había una unidad que se vació bajo un nombre distinto al de la mujer que lo estaba alquilando”.

“¿Y tiene el nombre?”.

“Así es. ¿Te dice algo el nombre de Mark Riley?”.

CAPÍTULO DIECISIETE

Después de volver a llamar a Ralph Underwood, Mackenzie pudo obtener la dirección de un Mark Riley en Seattle. La dirección, por supuesto, era muy diferente de la que le había proporcionado el detective Hall. Una rápida comprobación de la dirección en Salem, Oregón, reveló que la dirección no había sido viable desde hace más de dos años. De hecho, era un edificio de apartamentos que había sido desahuciado el año anterior.

"¿Crees que vamos a encontrarnos con otro lugar abandonado cuando sigamos esta pista?", le preguntó Rising a Mackenzie mientras salía de la comisaría con Ellington y con ella.

"No lo sé, pero es probable. Este tipo cubre sus huellas de maravilla. Parece extraño que se le pasara por alto algo tan estúpido como dar libremente su nombre en dos lugares diferentes".

"Sabremos quién es Mark Riley en quince minutos", dijo Rising. "Dentry y Willard están mirando ahora mismo en las bases de datos".

Con la sensación de que había cierto nivel de progreso empujándoles, Mackenzie, Ellington, y Rising salieron del aparcamiento, con Rising llevando la delantera hasta la dirección que tenía archivada Ralph Underwood para Mark Riley.

En su coche, por detrás de Rising, Ellington soltó un suspiro. "Hay algo en todo esto que no encaja del todo. Creo que puede que vayamos derechos a una trampa".

"Yo también lo pensé", dijo Mackenzie. "Pero si esto se trata de algún tipo de encerrona para nosotros, no creo que se vaya a tratar de nada peligroso. Estas pistas que está dejando este imbécil a su paso… me hace pensar que quiere que lo averigüemos. Está intentando decirnos algo… algo que los agentes de Salem no fueron capaces de descifrar hace ocho años".

"Aun así… me da la impresión de que nos están engañando. Parece como si nos estuviera llevando donde él quiere".

"En fin, sabes, la alternativa también puede ser verdad", señaló Mackenzie. "Puede que simplemente la cagara, pensando que no le acabaríamos pillando. Quizá pensó que, al haber pagado en metálico, eso le haría ilocalizable".

“Sabes, también está el hecho de que caben muchas posibilidades de que Elizabeth Newcomb haya conocido a este tipo, dado que es su nombre el que está en el contrato”.

“Eso sí que provoca muchas preguntas”, dijo Mackenzie. “Pero con algo de suerte, todo será respondido en breve”.

Por delante de ellos, Rising iba a unas quince millas por encima del límite de velocidad. Había elegido no activar sus intermitentes, y optó en vez de ello por el elemento sorpresa. Una buena opción, teniendo en cuenta que les estaban llevando a las afueras de la ciudad. Levaban unos veinte minutos en la carretera cuando tomó un desvío de la carretera de dos carriles para meterse en un tramo de camino que llevaba hasta un distrito urbano den decadencia.

Las casas que había en esta calle eran residencias sencillas de una sola planta, las entradas repletas de trastos, y los patios mayormente yermos y grisáceos. Rising les llevó dos manzanas más adentro en el vecindario antes de aparcar su coche junto a la curva.

Mackenzie aparcó detrás de él, echando un buen vistazo a los patios circundantes antes de apagar las luces de cruce.

Aunque odiaba caer en los estereotipos, este era el tipo de vecindario que le hacía pensar de inmediato en tráfico de drogas y las pandillas del centro de la urbe. Aun así, cuando Ellington y ella se apearon del coche, las calles estaban en silencio. En alguna parte, muy lejos, se podía oír el sonido de un motor arrancando, pero no había nada más.

Se unieron a Rising delante de la casa junto a la que había aparcado. Ellington llevó la delantera, subiendo por el pavimento quebrado. Incluso antes de llegar al porche, Mackenzie estaba bastante segura de que el lugar estaba abandonado. No solo no había nadie en casa, sino que allí no vivía nadie en absoluto, quizá desde hace varios años.

Simplemente tenía ese aspecto, entre la barandilla parcialmente derrumbada del porche a la ventana con cristales rotos a la izquierda del porche. Había una silla de jardín volcada en un rincón del porche junto a algunas botellas de cerveza rotas que eran el indicio definitivo.

“Te lo dije”, dijo Ellington mientras subía al porche. “Nos han engañado. No es que sea una dirección falsa, es solo que podía serlo perfectamente”.

“Pero, ¿por qué?”, preguntó Rising.

“Para volvernos locos”, dijo Ellington. “Para sentirse más listo que nosotros”.

El trío se quedó de pie en la oscuridad un momento, considerando la situación. Entonces, Mackenzie subió los escalones y miró la puerta. Sacó su pequeña linterna Maglite y apuntó con el rayo de luz al marco de la puerta.

El marco seguía intacto. Le dio un empujón con fuera pero no cedió. Entonces, miró a Ellington con una sonrisita maliciosa. “¿Harías los honores?”.

“No veo con qué finalidad”, dijo él. “Está jugando con nosotros”.

Ella le hizo un gesto de desdén y se encogió de hombros. Dio dos pasos atrás, adoptando la postura necesaria para darle una patada robusta a la puerta. Volvió a mirar a Ellington una vez más, lanzándole la mirada juguetona que utilizaba con bastante frecuencia para darle un ultimátum respecto a cambiar de idea. Le funcionaba la mayoría del tiempo, desde cuando intentaban decidir qué ver en la tele a lo que comerían para la cena. Sin duda, este entorno era diferente, pero la mirada seguía funcionando.

“Ay, diablos”, dijo Ellington. “Échate a un lado”.

Ella sonrió. Aunque era perfectamente capaz de tirar la puerta abajo, sabía que a Ellington le gustaba llevar la voz cantante en cosas como esta. A veces, solo hacía falta un buen empujón.

Ellington tomó carrerilla y lanzó una patada salvaje, y su pie aterrizó justo junto al picaporte y la cerradura. La puerta se sacudió y no es que se abriera de par en par, sino que cedió. Se rompió en varios pedazos cuando saltó una de las bisagras.

Sin duda, en esta casa no ha vivido nadie en bastante tiempo, pensó Mackenzie.

Ellington y Rising sacaron sus propias linternas mientras entraban a la casa. El lugar había sido completamente vaciado, no había muebles, ni fotografías en la pared, nada. Había telas de araña por todas partes, y excrementos de rata esparcidos por aquí y por allá. El suelo de madera tenía un área grande desteñida que lo cubría casi por entero, que indicaba que en su día había estado cubierta por una alfombra. Un amasijo de cables viejos salía de la pared donde había

estado la televisión en su momento.

“Sí, creo que esto fue una jugarreta”, dijo Rising. Estaba de pie en la entrada grande entre la cocina y la sala de estar. Mackenzie podía ver que hasta se habían llevado los quemadores de la cocina.

Todavía no estaba dispuesta a admitir que esto fuera una pérdida de tiempo. Entró al pasillo que se extendía por el lado derecho de la sala de estar. Como el resto de la casa, el pasillo era corto y estaba abandonado. Se había desprendido un pedazo de escayola de la pared a la derecha. Una sola puerta en ese lado del pasillo llevaba al diminuto cuarto de baño. Había suciedad y mugre en el lavabo, y una mancha marrón en la bañera.

Solo había otra habitación en el pasillo. Estaba al final del mismo, con la puerta abierta que revelaba la oscuridad que había adentro. Mackenzie no pudo evitar la ráfaga de miedo que le recorrió el cuerpo, el miedo primigenio a lo desconocido que tenía por delante. Enchufó su Maglite al interior mientras se acercaba a la entrada, y podía ver las luces de las linternas de Ellington and Rising por detrás suyo.

Atravesó la entrada y se encontró una habitación básicamente vacía. No había muebles, como en el resto de la casa. Había marcas y abolladuras en la pared. Un interruptor de la luz que se había roto colgaba precariamente del techo.

Sin embargo, en medio del suelo, directamente delante de ella, se había colocado una muñeca apoyándola en una vieja guía telefónica. Le miraba con sus ojos muertos, vidriosos.

Mackenzie casi se sintió avergonzada del miedo que sentía en ese momento

“¿Mac?”

Ellington se puso a su altura, uniendo su foco de luz al suyo. Ahora la muñeca estaba completamente iluminada. Más que eso, con toda esa luz encima, era imposible pasar por alto el pedazo de papel que había entre sus piernecitas.

“¿Encontraste algo?”, preguntó Rising al unirse a ellos. Al ver la muñeca, soltó un pequeño improperio entre dientes.

Mackenzie se acercó lentamente a la muñeca. Se agachó y recogió un pedazo de papel. Era una hoja blanca de un bloc de notas que

habían partido por la mitad antes de doblarlo. No parecía una hoja nueva, pero sin duda alguna, era mucho más reciente que los montones de polvo que flotaban por la casa.

Por detrás suyo, sonó el teléfono de Rising. El ruido hizo que los tres se sobresaltaran. Mackenzie incluso pensó que había visto a Rising echar mano de su arma. Todos respiraron aliviados, pasando por alto lo embarazoso de asustarse con tanta facilidad. Rising lo respondió con expresión irritada.

"¿Sí?", preguntó.

Mackenzie desdobló el papel lentamente mientras escuchaban la conversación de Rising. La casa estaba tan silenciosa que podían escuchar la voz al otro lado de la línea. Era Dentry, que les llamaba con algo de información.

"Miramos en todas partes", dijo Dentry. "La única persona que pudimos encontrar con el nombre de Mark Riley fue un hombre que murió en 1977. Es un nombre falso, señor. Seguramente la dirección también lo sea".

"Ojalá lo fuera", dijo Rising. "Gracias".

Terminó con la llamada y Mackenzie se dio cuenta de que tenía todas las miradas encima.

Desdobló el papel, esperando alguna provocación de algún tipo.

Sin embargo, lo que encontró fue peor. Le provocó un nudo de preocupación que le atravesó el estómago.

"¿De qué se trata?", preguntó Ellington.

Ella se dio la vuelta y se lo mostró. Lo leyeron juntos con Rising mirando por encima del hombro.

Bellevue Storage. Unidad 32.

Habían dibujado una cara sonriente debajo de esas palabras. La mano inmadura que había hecho ese dibujo y la caligrafía descuidada hacían que pareciera que el papel había sido dejado allí por un niño.

"Dios santo", dijo Mackenzie. Se giró hacia Rising y le preguntó, "¿A qué distancia está Bellevue?".

"A quince minutos de aquí. Quizá doce si le pisamos fuerte".

Eso es exactamente lo que hicieron mientras se daban la vuelta hacia el pasillo y volvían a recorrer la tenebrosa casa para salir de allí.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Cuando se disipó el susto que se habían llevado con la casa abandonada y la muñeca, tanto Mackenzie como Ellington pudieron apreciar adecuadamente el hecho de que ahora parecía que estaban en buen camino. Sin duda, solamente estaban en el buen sendero porque alguien, supuestamente el asesino, había dejado una pista para ellos, pero eso era mejor que nada.

"Es que no lo entiendo", decía Ellington desde detrás del volante. Una vez más, estaban siguiendo a Rising, esta vez para ir a Bellevue. "Supongamos que fuera el asesino quien dejó allí esa muñeca y el papel. ¿Por qué diablos quiere ayudarnos?".

Era la misma pregunta que le había estado reconcomiendo a Mackenzie. Tenía una teoría que parecía correcta pero también un poco complicada. "Todavía creo que todo está relacionado con el tema de la fiesta del té. Está preparando algo. Preparándose para algo. Esperando. Por lo visto, no nos estamos moviendo lo bastante deprisa para su gusto. Está utilizando esto para darnos un empujón".

"Entonces, ¿crees que quiere que le atrapemos?".

"No lo sé, pero da esa sensación. Pero si quisiera que le atrapáramos, hubiera estado dejándonos notas como esa desde el principio".

Ambos meditaron sobre esto a su manera. Mientras Mackenzie ordenaba sus propios pensamientos, le daba la sensación de que llevaba todo el día corriendo a velocidad máxima. ¿Realmente había estado en Oregón esa mañana? ¿Era cierto que solo había estado de vuelta en Seattle durante cinco horas?

"Mi madre me llamó hoy", dijo Ellington. "Dos veces".

"¿Sigue en DC esperando a que vuelvas?"

"No, se largó a casa. Dijo que, de todas maneras, le daba igual el espacio que habíamos elegido. Que pensaba que era demasiado genérico".

Mackenzie se encogió de hombros. "Si a ti no te importa lo que ella piensa, tampoco me importará a mí. Aunque he de preguntarme… ¿es esa una relación que me voy a tener que obligar a mantener?".

“¿Quieres decir entre tú y mi madre?”

Mackenzie asintió. Parecía algo patético hablar de estas cosas teniendo en cuenta lo que estaban haciendo en este momento, pero le ayudó, al menos, a mantenerse alerta. También evitó que diera demasiadas vueltas a los hechos del caso.

“Me da igual. Lo suyo se pasa de castaño oscuro. Todo y todos le fastidian. Si mi mujer está entre la gente que no le cae bien, pues que así sea”.

“¿Ha dicho así de claro que no le caigo bien?”.

“No con tantas palabras. Pero le hablé de tu dedicación al trabajo y ella cree que el trabajo no debería ser la principal prioridad de una esposa”.

“¿Utilizaste la palabra dedicación?”, le preguntó.

“No, lo cierto es que utilicé las palabras demasiado comprometida. Pensé que eso le gustaría”:

Aunque Mackenzie no estaba segura del por qué, ese comentario le dolió un poco. Frunció el ceño y preguntó: “¿Crees que me comprometo demasiado?”.

“A veces. Hay días en que parece que el trabajo sea lo único que hay en tu corazón y en tu mente”.

“¿Acaso es eso algo malo?”.

“Al principio, pensé que podía serlo, pero es una de las cosas que me gustan de ti. Sin embargo, debería decir que he visto cómo te ablandas un poco. Las miraditas que me lanzaste en esa casa, cuando querías que tirara esa puerta abajo. Fue agradable ver esa parte de ti en el trabajo… a pesar de que fuera un tanto embarazoso”.

“¿Embarazoso?”. A Mackenzie le empezaba a dar la impresión de que esta era una de esas conversaciones que deberían haber detenido hace unos treinta segundos. Se sentía cansada, ambos estaban sometidos a mucho estrés, y a veces Ellington no sabía cuándo dejar de hablar.

“Sí… delante de Rising. Flirtear no parecía lo más apropiado”.

“Eso no era flirtear”, dijo Mackenzie.

“Lo parecía. Se sentía así. Es solo…”.

“¿Qué?”.

Ellington se encogió de hombros. “Me hace entender por qué McGrath tenía tantas dudas sobre enviarnos juntos a trabajar en este caso. Quizá no podamos trabajar juntos sin dejar que los sentimientos interfieran”.

En ese momento, a Mackenzie le pareció como si él hubiera extendido la mano y le hubiera abofeteado en la cara. No le habían preocupado tanto esas cosas cuando solamente se estaban acostando juntos. Cierto, los dos se habían vuelto gradualmente más protectores el uno del otro cuando estaban trabajando a medida que progresaba su relación, pero a ella le había parecido que eso era un aspecto positivo de su relación.

¿Y a él le ha parecido algo negativo todo este tiempo?, se preguntó.

“Y ahora conseguí enfadarte, ¿eh?”, dijo.

“Sin comentarios. Concentrémonos en el trabajo. Y te ruego que no te tomes eso como un exceso de compromiso”.

“Ah, vamos… Mackenzie”.

Ella sacudió la cabeza lacónicamente. Era otra de esas pequeñas señales que se daban entre ellos, su manera de decirle que lo dejara ahora mismo antes de que la hiciera enfadar de verdad.

Por delante de ellos, Rising encendió sus luces intermitentes. Mackenzie esperó con ansiedad, de repente deseando salir del coche cuanto antes fuera posible.

***

Mackenzie se apeó del coche sin decirle ni una palabra a Ellington. Observó cómo Rising se aproximaba a la oficina principal de Bellevue Storage. Era un edificio pequeño de una sola habitación, protegido por un teclado eléctrico.

“El propietario fue de lo más comprensivo y cooperativo cuando le llamé”, dijo Rising. “Me dio el código para poder acceder a su oficina y coger la llave de repuesto. Al principio, tenía dudas, pero se

ha enterado del asesinato en Seattle Storage Solutions y parecía muy preocupado. Estaba tan asustado de una mala imagen pública, que creo que me hubiera dado las escrituras si se las hubiera pedido".

Rising introdujo los números con mucho cuidado, respetando claramente la privacidad del propietario.

"¿Y él se va mantener alejado de una potencial escena del crimen?", preguntó Mackenzie.

"No. Está de camino ahora mismo por si acaso necesitamos alguna cosa más".

Mackenzie esperó junto a la puerta mientras Rising entraba a buscar la llave de la Unidad 32. Ellington se colocó junto a ella, pero ni se molestó en decir nada. La tensión era palpable entre ellos, casi como si hubiera una presencia física entre ellos.

Ellington la conocía lo bastante como para dejar que las cosas se asentaran un poco más, especialmente ahora que potencialmente estaban a punto de hacer un descubrimiento respecto a este caso.

Rising salió con la llave y los tres empezaron a caminar por el espacio pavimentado. Se trataba de una instalación al aire libre más agradable, con unidades bien cuidadas y separadas entre ellas un par de metros para que las unidades no estuvieran pegadas a las de sus vecinos. Había dos farolas, una a cada lado del terreno que contenía las unidades. Cumplían muy bien con su función de iluminar la zona, pero no lo bastante como para dejarle tranquila a Mackenzie. Sacó su Maglite de nuevo y repasó las puertas de las unidades con ella. Al hacerlo, vio que estaban separadas casi como casas en una calle. Los pares a la derecha, los impares a la izquierda.

Veinte segundos después, la Unidad 32 entró en su campo visual. Cuando pasaron por delante de la Unidad 30, Mackenzie se detuvo. Olisqueó el aire y empezó a preocuparse.

"¿De qué se trata?", preguntó Ellington.

Rising dio otro paso adelante y entonces también se detuvo en seco. "Maldita sea".

Algo olía que apestaba poco más adelante. Mackenzie trató con todas sus fuerzas de imaginar qué otra cosa podía ser excepto un cuerpo sin vida, pero sabía exactamente lo que era. Era similar al olor que había sido reportado a Quinn Tuck antes de que descubriera el

cadáver de Claire Locke. Además, Mackenzie ya lo había olido antes, unas cuantas veces en distintos casos. Era un hedor que no se podía olvidar.

“¿Necesitas que la abra yo?”, le preguntó Mackenzie a Rising.

El ayudante del alguacil sacudió la cabeza y se acercó hasta la puerta. Metió la llave en la cerradura y la giró. El chasquido que hizo la cerradura al abrirse pareció improbablemente ruidoso en el silencio de la noche. Casi por instinto, Mackenzie miró su reloj. De alguna manera, le habían dado las 12:16 de la noche.

Ellington agarró la manivela que había en la parte inferior de la puerta enrollante y la subió.

Antes de que estuviera abierta un cuarto del total, el hedor les llegó en oleadas. Mackenzie se estremeció y se tapó la nariz y la boca con el pliegue de su codo. Rising no estaba tan entrenado en contener sus emociones. Soltó un pequeño gemido, se alejó de los agentes, y se puso a vomitar.

“Dios santo”, dijo Ellington, dando un paso atrás.

Le miró a Mackenzie con una expresión que parecía preguntarle: ¿Estás bien? La discusión que habían tenido en el coche había sido dejada a un lado. Mackenzie asintió y apuntó su linterna al interior de la unidad.

Estaba vacía casi por completo. Había tres contenedores de plástico en la parte de atrás, junto a una caja fuerte de aspecto barato. Mackenzie divisó una tacita de algún tipo apoyada en el suelo delante de los contenedores, pero desvió la vista rápidamente.

El cadáver que yacía a unos metros de la puerta abierta se merecía su atención mucho más.

Era una mujer, vestida con una camiseta con el nombre de una banda y un par de pantalones cortos vaqueros que le subían hasta arriba de la cintura. Había sangre reseca en su pelo rubio y corto. Estaba tumbada de lado, como si quisiera asegurarse de poder saludar a quienquiera que abriera la puerta. Como les estaba mirando directamente a ellos, Mackenzie pudo decir de inmediato que esta mujer llevaba allí mucho tiempo.

Era algo más que el olor, que todavía era difícil de soportar. También era el aspecto de su piel. Estaba pálida y comenzaba a

pudrirse. Mackenzie adivinó que el cadáver había estado allí al menos durante un mes. Quizá más tiempo.

Le habían dado una sola puñalada en la parte superior del abdomen. Tenía las manos atadas a la espalda y también le habían atado los tobillos. Le habían puesto un cinturón grueso alrededor de la boca, presionando un trapo blanco dentro de su boca.

Por primera vez en su periplo como agente, Mackenzie tuvo que mirar a otro lado. Ya había visto cadáveres antes, incluso algunos parcialmente descompuestos, pero, por alguna razón, esto era diferente. Esta mujer iba vestida. Habían dejado a esta mujer allí a propósito, para que se muriera y le encontraran en alguna extraña caza de restos humanos.

La habían usado, desechado, y olvidado. Y aun peor, el hecho de que por lo visto no formaba parte de la lista de personas desaparecidas que habían recogido esa noche significaba que no había nadie en su vida a quien le importara o que notara que había desaparecido. Incluso si alguien lo había notado, no se habían preocupado lo suficiente como para hacer sus comprobaciones.

“Mac”, dijo Ellington. “Sal afuera. Está bien”.

No es que necesitara su aprobación, pero aceptó su consejo. Cuando salió afuera, Rising le miró con una expresión de vergüenza. “Lo siento”, dijo. “Es que se me vino encima”.

Mackenzie solo asintió mientras recuperaba el aliento y reposaba su mente. De alguna manera, la noche parecía hasta más silenciosa que cuando habían llegado. Y, por supuesto, cuando miró al cielo nublado, empezó a caer un escupitajo de lluvia.

***

El propietario del complejo llegó diez minutos después. Para entonces, Mackenzie se había recompuesto lo bastante como para volver a entrar. Rising corrió hasta la oficina principal para reunirse con el propietario, solo pare decirle lo que estaba ocurriendo, y para sugerirle que no saliera a la escena con ellos. Rising se había mostrado encantado de ser el encargado de llevar a cabo esa tarea en particular.

Aunque Mackenzie sabía que quizás el cadáver tuviera muchas respuestas que ofrecerles, sería el forense quien las descubriría. Esta es

la lógica que utilizó para ver más allá del cadáver en putrefacción y echar un vistazo a las demás cosas que había en la unidad.

Mackenzie fue de inmediato a ver la tacita que pensaba haber visto. Estaba apoyada delante de uno de los contenedores. Tenía unas bellas florecitas pintadas. Escrita en letra rojas estaba la palabra AZÚCAR. Al igual que la tetera que habían encontrado en la unidad de Elizabeth Newcomb, era muy pequeña, probablemente parte de un juego de té de juguete.

“Tenías razón”, dijo Ellington. “Ha estado esperando. Esperando a que nos pongamos al día. Jesús… ¿cuántas más crees que puede haber?”

Mackenzie lo pensó durante un minuto, considerando algo que había dicho Janell Harper acerca de la mentalidad del asesino. “Creo que esto puede ser todo”, le respondió. “O al menos la única que ha matado antes de Claire Locke. Si hubiera más y como parece se estuviera impacientando con nosotros, ese trozo de papel hubiera contenido las demás unidades”.

“A menos que no se trate solo de que esté esperando”, dijo Ellington. “Quizá todo esto no sea más que un juego para él. Nos está demostrando su lado lúdico al dejar piezas de ese maldito juego de té por todos lados. Y la muñeca. Quizá también esté jugando alguna clase de juego con nosotros”.

A Mackenzie no le parecía que ese fuera el caso. Había algo de desesperación en la manera en que estaba dividiendo los elementos de la fiesta del té. Daba la sensación de un niño que quisiera jugar, pero que no supiera cómo hacer amigos. Sin embargo, por el momento, se guardó esto para sí. Lo último que quería era enfriar todavía más las cosas entre ellos.

Abrieron los contenedores uno por uno, esperando encontrarse algo más. Trabajaron deprisa, con un acuerdo tácito para alejarse del hedor del cadáver cuanto antes fuera posible.

No había gran cosa en los contenedores. Uno de ellos contenía papeletas de propaganda y panfletos promocionales de tiendas de descuento. Había unos cuantos de Old Navy y otros de Pottery Barn. El nombre en la etiqueta de la dirección decía Lindsay Nettles. Mackenzie quería asumir que esa sería la mujer que yacía en ese momento en el suelo de hormigón, pero dada la manera en que iba este caso, no lo sabía a ciencia cierta.

Mientras miraba en el tercer contenedor, revolviendo entre unos libros de saldo y viejos CDs, escuchó cómo llamaban suavemente a la pared de la unidad. Elevó la vista y vio a Rising, de pie, como rezagado.

"Agentes, acabo de hablar con el propietario. Está mirando entre sus papeles. Creo que queréis oír lo que me está contando".

Contentos de dar por terminada su inspección de la unidad por el momento, Mackenzie y Ellington siguieron a Rising de vuelta al pequeño edificio de oficinas. El aire húmedo de la noche olía a paraíso por lo que a Mackenzie se refería. Era refrescante, aunque el aroma del cadáver todavía seguía en sus orificios nasales.

Entraron a la oficina mientras el propietario estaba escarbando en uno de los cajones de un pequeño armario archivador que había detrás del mostrador. Miró por encima de su hombro cuando entraron y les lanzó una sonrisa adormilada.

"Qué hay", dijo. "Soy Leroy Johnson. Llevo dirigiendo este lugar los tres años pasados, y jamás he visto nada como lo que el ayudante Rising me dice que habéis encontrado".

"¿No ha olido nada los últimos días?", preguntó Ellington.

"Creí hacerlo hace tres días", dijo Leroy. "Solo un leve tufillo, de todas maneras, pero de vez en cuando, alguno mata alguna mofeta con el coche, o hasta un estúpido ciervo se pierde y acaba en medio de la carretera. No sucede a menudo, pero sucede. Pensé que eso era de lo que se trataba. Ni siquiera pensé en ello de nuevo".

"Diles lo que me has dicho a mí", dijo Rising. "Acerca del hombre".

Leroy sacó una hoja de papel del armario, cerró el cajón, y entonces concentró toda su atención en Mackenzie y Ellington.

"El ayudante del Alguacil me decía que han encontrado a una mujer en esa unidad", dijo Leroy. "También me habló del caso en el que están trabajando, encontrando mujeres en sus unidades de almacenamiento. Pero la Unidad 32 no le pertenecía a ninguna mujer".

"¿Estás seguro?", preguntó Mackenzie.

"Con toda certeza", dijo él, entregándole el papel que había sacado del armario. "Hasta recuerdo a este tipo, Un hombre bien alto, de pelo oscuro. Tenía una tirita encima de la nariz, justo encima del puente".

Mackenzie leyó el papel. Era una solicitud para alquilar una de las unidades. Escaneó el papel hasta llegar al nombre y la firma. Frunció el ceño antes de mostrárselo a Ellington.

"Mark Riley", decía. "Pero mira ahí… la dirección en esta es diferente de la que hemos visitado hoy".

Mackenzie también había notado esto, pero no estaba segura de que significara nada. Quizá este imbécil realmente estaba toreándolos.

"¿Puedes comprobar si tienes alguna unidades alquilada a Lindsay Nettles?".

"Claro. Dame un segundo".

Volvió a su archivador, en busca de la información. Era una de esas veces en las que Mackenzie no le veía la gracia a hacer las cosas a la antigua, más sencilla, usanza. Una hoja de cálculo de Excel en un ordenador y tendrían toda esa información en medio segundo.

Sin embargo, Leroy solo tardó unos veinte segundos. Sacó un archivo y se lo mostró. "Lindsay Nettles. Lleva alquilando una unidad unos seis meses. Unidad número 36".

Mackenzie le entregó la solicitud de Lindsay a Rising. "¿Y sabes dónde está esta dirección de memoria?"

"Lovingston", dijo él. "Seguramente está como a media hora de aquí en coche… quizá a veinte minutos desde Seattle. Pequeño pueblo de mala muerte".

“¿Puedes introducir esta dirección en tu GPS?”, preguntó. “Y después hacer una llamada a tu departamento acerca del cadáver. Necesito que venga el forense cuanto antes sea posible. Voy a echarle un vistazo a la unidad de Lindsay Nettles”.

Leroy, que había anticipado esta posibilidad, ya había sacado la llave de repuesto de su inventario. Le arrojó la llave a Mackenzie por encima del mostrador.

“Esto me deja de piedra”, dijo Leroy. “Y ahora que lo pienso, la semana pasada hubo un hombre aquí que entró a su unidad. Entró aquí y me dijo que creía haber olido algo como podrido, pero no le di la menor importancia. Ni siquiera me molesté en comprobarlo”.

“No empieces a hacer eso”, dijo Mackenzie. “No puedes asumir nada de la culpa. No hay manera de que hubiera podido saber lo que pasaba”.

Mackenzie agarró la llave y no perdió ni un segundo el volver a salir. Mientras pasaba por la unidad que habían alquilado a Mark Riley, no hizo más que echarle una ojeada. El olor era igual de terrible, incluso aunque la puerta llevara abierta como diez minutos.

Mackenzie abrió el cerrojo de la Unidad 36 y subió la persiana. No estaba segura de lo que se iba a encontrar, pero estaba segura de que no podía ser peor de lo que se habían encontrado dos unidades más abajo. Cuando la puerta ya estaba abierta, se encendió una luz de techo automáticamente. Iluminó los contenidos de la Unidad 36 y Mackenzie casi se queda sin respiración.

A primera vista, allí no había nada. Unas cuantas cajas de cartón, un viejo escritorio, y un palé con viejas herramientas. Nada fuera de lo normal.

Entonces, ¿por qué tomarse las molestias de trasladar tres de los contenedores de ella a su unidad?

No tenía sentido… a menos que esa fuera la manera que tenía el asesino de ayudarles a identificar el cadáver y dirigirles a su unidad.

Mackenzie pasó adentro y echó una ojeada. Al hacerlo, vio una muñeca apoyada en el suelo entre un palé y una caja de cartón. Incapaz de contenerse a sí misma, Mackenzie la recogió del suelo. Era muy similar a la que habían encontrado en la casa abandonada. Esta tenía una tacita de té pegada a la mano con cinta adhesiva.

Furiosa, Mackenzie arrojó la muñeca al suelo. Le dio una patada, sintiéndose como una cría cuando se dio cuenta de lo bien que le había sentado. Aun así, mientras salía disparada de la unidad, no podía sacudirse la sensación de que la maldita muñeca estaba observando cómo se marchaba.

Sonriéndole, incluso… como si supiera un secreto.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Mackenzie empezaba a sentir que estaban jugando con ellos. Ya era bastante terrible que, a pesar del número de escenas que había visitado el asesino, continuaran sin ninguna pista de verdad. Pero ahora que parecía que les había metido en alguna extraña carrera del gato y el ratón que él básicamente controlaba, Mackenzie empezaba a sentirse realmente fastidiada.

Era la 1:34 de la madrugada cuando Ellington y ella salieron de la autopista principal para meterse a una carretera secundaria. La dirección que habían copiado de la solicitud con Leroy les había llevado hasta allí. El ayudante Rising había confirmado que, sin duda alguna, había unas cuantas casas en una zona boscosa más adelante por esa carretera. Después había llamado a unos cuantos agentes para que se le unieran en Bellevue Storage para repasar las dos unidades en cuestión.

Mientras que Ellington les llevaba cada vez más lejos por esa carretera, Mackenzie se sintió cada vez más convencida de que esta casa iba a estar tan abandonada como la primera. El interrogante que tenía era sobre si el asesino les habría dejado alguna otra pista espeluznante en este lugar.

“Perdóname por decirlo”, dijo Ellington, “pero parece que algo te esté reconcomiendo por dentro. Sinceramente, me disculpo si toda esa discusión sobre mi madre te ha molestado”.

“No fue la parte sobre tu madre”, dijo ella. “Fue sobre cómo me describiste. Pero, y no te tomes esto a la tremenda, ahora mismo me importa muy poco lo que puedas pensar de mí. Prefiero mil veces tratar de cerrar este maldito caso”.

El coche se quedó en silencio. Rara vez utilizaba Mackenzie lenguaje vulgar y siempre que lo hacía, parecía alterar a Ellington. Por lo visto, decidió que sería mejor dejarla cocer en su propia salsa un poco más porque no intentó comunicarse con ella de nuevo.

La dirección apareció a su derecha en forma de un patio largo de garaje que parecía ser una pista de gravilla. Bajo la luz de los focos que se aproximaban, parecía un terreno abierto que simplemente se abría al bosque y que se acababa tragando la carretera por completo. El patio continuaba sobre un pequeño montículo y después se detenía en un improvisado garaje de aluminio. Había un viejo Civic debajo de

ello. A la izquierda del improvisado garaje se erigía una sencilla casa de una planta, el tipo de casa que le recordaba a Mackenzie a las estructuras tipo cobertizo en las ciudades grandes que eran la clase de sitios donde vivía la gente que recibía ayuda del gobierno con su alojamiento.

No había ninguna luz encendida dentro de la casa. Cuando se apearon del coche, todo lo que les rodeaba estaba quieto y en silencio.

Intercambiaron una mirada de incertidumbre por encima del maletero del coche. Los dos desenfundaron sus armas mientras empezaban a aproximarse a la casa. Mackenzie esperó hasta que llegaron al porche para encender su Maglite, queriendo evitar que quien pudiera estar adentro fuera alertado.

En el porche, intentó abrir el picaporte de la puerta sin pensarlo. Cuando giró fácilmente en su mano y la puerta se abrió de par en par, se estaba esperando lo peor: un hombre esperándole con un arma, apuntando directamente a ellos; un cadáver en el suelo; una trampa. Pero no había nada de eso, solamente el interior de una casa.

A diferencia de la otra casa abandonada, en esta habían vivido. Por lo que ella podía decir, alguien estaba durmiendo al fondo del pasillo que había a su derecha al entrar. Pero, cuando Mackenzie se movió lentamente a través de la sala de estar, puso intuir que estaban a solas. Ese era otro de esos talentos innatos que habían surgido durante los dos últimos años trabajando como una agente. Sí, habían vivido en esta casa, pero no había habido nadie aquí en bastante tiempo.

La sala de estar era pequeña, y contenía un pequeño sofá, una mesa de televisión con un modelo antiguo de dispositivo encima, y una mesita de café repleta de latas de refresco vacías, servilletas usadas, y…

“Mierda”, susurró Ellington.

Él también había divisado los demás artículos que había sobre la mesita para café.

Tres tazas de té, colocadas en forma de triángulo.

Mackenzie se colocó un dedo sobre la boca, el gesto universal para guardar silencio. Entonces apuntó al pasillo, asumiendo que allí había un dormitorio. Sí, su corazonada le dijo que estaban a solas, pero a veces se habían equivocado en el pasado.

Caminaron sigilosamente por el pasillo. El lugar estaba vacío. No había fotografías en las paredes, ni decoración de ninguna clase en el pasillo. Había un baño a la izquierda, y un armario para sábanas junto a él. Había dos dormitorios adyacentes a la derecha del pasillo. Las puertas a ambos estaban abiertas. La primera albergaba una cama, una mesita de noche, y un reloj de pared. El armario estaba abierto, mostrando unas cuantas camisetas arrugadas y un par de pantalones.

Puede que se puedan obtener algunas huellas de esas cosas, pensó Mackenzie.

Se aventuraron a entrar al otro dormitorio y cuando encendieron la luz, el corazón le dio un vuelco a Mackenzie.

Había varias cajas y contenedores apoyados contra la pared de atrás. Delante de cada una de ellas, había una muñeca o alguna otra clase de parafernalia para una fiesta del té.

Mackenzie se acercó a las cajas y abrió la que estaba arriba del todo. Atisbó a su interior y vio todo tipo de muñecas. Estaban sucias y magulladas, con el pelo sin brillo. A algunas les faltaban los ojos o las extremidades.

"Esto se ha hecho oficialmente terrorífico", dijo ella.

Ellington procedió a abrir la siguiente caja y miró adentro, con Mackenzie mirando por encima de su hombro, y vio una colección de teteras, hervidoras de té, tazas de té, y comiditas de juguete, como galletas, pastelitos, frutas, y pastas. La mayoría de las teteras, tazas, y hervidoras estaban envueltas en papel de burbujas o en hojas de plástico. Aun así, había fragmentos de unas cuantas que se habían roto o quebrado.

"¿Cómo puede estar viviendo aquí bajo un nombre falso?", se preguntó Mackenzie en voz alta.

"Diez dólares a que lo alquila", respondió Ellington. "Sería mucho más fácil emplear un nombre falso en ese caso. Y aun así, me gustaría hablar con el propietario de este lugar".

"Deberíamos pedirle a Rising que lo investigue".

Examinaron las demás cajas y contenedores, había dos cajas más y tres de los otros, y encontraron más de lo mismo. Colocada cuidadosamente dentro de uno de los contenedores había un mantel decorativo y una mantita para picnics.

Cuando terminaron de comprobar los contenidos de cada paquete, volvieron a atravesar la casa. Ellington comprobó el cuarto de baño y la cocina, mientras que Mackenzie miraba en el dormitorio. La cama estaba sin hacer y sabía que encontrarían cabellos sueltos en ella, pero sin nada con que compararlos, de alguna de las escenas del crimen, al final no serviría de gran cosa. A pesar de ello, tomó un apunte mental para regresar con un kit de pruebas y recoger los cabellos sueltos u otros residuos como piel muerta o hasta fluidos corporales.

Se encontró con Ellington cuando estaba saliendo de la cocina. “¿Alguna cosa?”, le preguntó.

“Nada. El armario de las medicinas está vacío, excepto por una botella de Motrin. No hay recetas con un nombre. Y tampoco veo correo por ninguna parte. Me hace pensar que no vive aquí”.

“Quizá traiga aquí a las víctimas en algún momento”.

“¿Por qué haría eso?”, preguntó Ellington.

Ella pensó en las cajas llenas de muñecas y de artículos para fiestas de té en el dormitorio de atrás. “Para jugar”, dijo.

Salieron a toda prisa de la casa. Se estaba haciendo muy tarde y ya les habían mareado bastante por hoy. Mackenzie abrió el maletero del coche para sacar el kit de pruebas mientras Ellington sacaba su teléfono para llamar a Rising para pedirle información sobre los propietarios de la casa.

Cuando Mackenzie se incline sobre el maletero, algo captó su atención por la izquierda. Por un momento, su mano fue directa a su Glock antes de que se diera cuenta de que no se trataba de una persona, sino de una estructura. Estaba ahí afuera, al borde del bosque, bastante pequeña. Volvió a encender su linterna y la apuntó en esa dirección.

“¿Encontraste algo?”, dijo Ellington, que buscaba el número de Rising con los dedos.

“Es solo una caseta de perro”, dijo ella.

Pero eso no era del todo correcto. No era solo una caseta de perro.

Se acercó lentamente hasta ella, sintiendo la certeza de que ya no había ningún peligro, pero titubeando de todos modos. Cuando estaba

directamente de pie enfrente de ella, se arrodilló e iluminó el interior con su linterna.

Un pedazo de cadena viejo, que en su día quizá hubiera pertenecido a un perro de verdad, estaba enrollado en un círculo perfecto en el medio. Había una tetera de cerámica en el centro. Posicionadas alrededor del círculo de cadena, había tres muñecas. Una miraba directamente hacia el exterior de la caseta de perro, sus ojos negros e inertes dirigidos hacia Mackenzie.

Ellington se acercó donde ella y también se puso en cuclillas. “Jesús”, dijo. “En base a lo que estamos viendo aquí, ¿crees que podemos asumir que el asesino está al menos parcialmente loco?”.

Era un pensamiento tentador a tomar en cuenta, pero para llevarles al huerto de esta manera, tenía que haber mucha planificación y detalles concretos. Si él era mentalmente inestable, también tenía un vasto conjunto de capacidades para compensar.

“Larguémonos de aquí”, dijo Mackenzie.

Se puso de pie y se dio la vuelta para regresar al coche sin esperar a ver si Ellington le estaba siguiendo. Pero cuando estaba ya montada en el coche y Ellington estaba sacándoles de allí unos segundos después, no pudo evitar echar un último vistazo a esa caseta de perro. Ya no podía ver las muñecas, pero por increíble que resulte, le parecía que podía seguir sintiendo sus ojos sin vida sobre ella de todas maneras.

CAPÍTULO VEINTE

Mackenzie cayó en su cama a las 2:35 sin una clara idea de qué pasaría al día siguiente. Rising les garantizó que, para cuando despertaran a la mañana siguiente, ya sabrían quién era el dueño de la propiedad con la caseta de perro que les había dado un susto de muerte, y que quizá hasta habrían hablado con él.

Tras lo que había presenciado y experimentado la noche anterior, Mackenzie quería darse una ducha como agua de mayo. Sin embargo, la combinación de un largo día y varias ráfagas de adrenalina provocadas por el miedo le habían dejado hecha trizas. Apenas tuvo tiempo de quitarse la ropa que llevaba puesta antes de meterse entre las colchas.

Ellington se movió un poco más despacio para prepararse para

irse a dormir. Parecía estar perdido en sus pensamientos, con una mirada pensativa mientras se cepillaba los dientes. Mackenzie pensó en preguntarle qué es lo que le estaba molestando además de su discusión, pero decidió no hacerlo. Estaba demasiado cansada.

Se acababa de quedar dormida cuando Ellington se metió a la cama. Ella podía afirmar que él estaba intentando mantener la distancia de ella a propósito. Respetaba su decisión y le alegraba que pudiera leerla tan bien pero, al mismo tiempo, necesitaba un abrazo con todas sus ganas. Había algo en este caso que estaba revolviendo algo bastante profundo dentro de ella. Y, aunque llevaría algo de charla y de indagación por parte de Ellington, sabía que él lo entendía.

Casi rodó sobre sí misma para abrazarle ella a él. En vista de toda la muerte con la que estaban enfrentándose últimamente, una discusión estúpida sobre cómo le había descrito ante su madre parecía de lo más patética.

Pero el día había sido duro y se quedó dormida antes de que pudiera siquiera rodar hacia su lado.

***

Se despertó sobresaltada al escuchar la puerta que se abría. Tensó el cuerpo y casi sale corriendo de la cama antes de oír la voz de Ellington.

“Solo soy yo”, dijo. “Perdona que te haya despertado. Salí y compré algo para desayunar”.

Mackenzie miró al reloj y vio que eran las 7:37. En su opinión personal, esta hora ya era demasiado tarde para estar durmiendo, especialmente cuando estaban en medio de un caso, pero después de cómo había transpirado el día de ayer, le parecía que se lo tenía merecido.

Salió de la cama y se unió a Ellington en la mesita que había junto a la ventana. Había traído unas cuantas galletas con salchicha y un parfait de McDonald’s, además de dos cafés. Cogió una de las galletas, y miró su teléfono.

“¿No hay noticias de Rising sobre el propietario de la casa?”, le preguntó.

"Todavía no".

Mackenzie le dio un sorbito a su café, sonriendo ante el hecho de que Ellington le conociera tan bien. Un toque de crema y mucho azúcar. Justo como a ella le gustaba.

"He estado pensando", dijo Ellington. "Las muñecas y todas esas cosas de la fiesta del té… ¿es posible que el asesino las esté colocando en las unidades para despistarnos? ¿Para quizá añadir otra dimensión a lo que podría ser un caso de lo más simple?".

"Podría serlo, pero entonces eso contradice tu comentario de anoche de que puede que esté loco".

"Si piensas en ello, las muñecas son de lo más común. Las muñecas raras se han convertido en uno de los elementos más habituales en el cine de horror. En ese sentido, también podía haber vaciado unas cuantas calabazas y pintado BOO dentro de las unidades".

"Eso es exactamente por lo que no creo que estén ahí solo para marearnos", dijo Mackenzie. "¿Por qué pasar por las molestias de utilizar algo tan cliché y tan común?".

"Sabes qué", dijo él, "también estaba pensando otra cosa. Nuestra discusión de ayer. De veras que no sé por qué tú…".

El sonido del teléfono les interrumpió. Mackenzie pensó que a lo mejor era toda una suerte. El tono de su voz y la manera en que había comenzado esa frase le hacían sentir que él se iba a mostrar defensivo e intentar culparle a ella.

Empujando a un lado esos sentimientos, respondió al teléfono. "Aquí la agente White".

"Agente White, aquí Rising. Me parece que puede que queráis pasaros por Osborne Storage", dijo. "Un pequeño negocio que está a las afueras de la ciudad".

"¿Encontraste algo?".

"Sí", dijo Rising, en voz baja. "Otro cadáver".

CAPÍTULO VEINTIUNO

Para cuando llegaron a Osborne Storage, el sol asomaba entre las nubes. Mackenzie estaba bastante segura de que esta era la primera vez que veía el sol de verdad desde su llegada a Seattle. Se las había arreglado para darse una ducha rápida antes de salir del motel; eso, combinado con la luz del sol, le ayudó a sentirse positiva y llena de confianza.

Sin embargo, era un sentimiento efímero. Rising se reunió con ellos en la verja de entrada de Osborne Storage. Y no había exagerado ni un poco al decir que el lugar era diminuto. Solo tenía doce unidades y aunque todas parecían relativamente nuevas, el terreno donde estaban ubicadas requería de un poco de mantenimiento. Las unidades estaban en el centro del terreno de gravilla que estaba rodeado en todo su perímetro por campos sin explotar.

Había un hombre de pie con Rising, un caballero mayor muy alto que parecía estar a punto de tener un ataque de nervios en cualquier momento. Parecía muy incómodo mientras Mackenzie y Ellington se acercaban a él.

“Agentes, este es Barry Osborne, el propietario de Osborne Storage”, dijo Rising. “Vino esta mañana para abrir y hacer algo de mantenimiento. Señor Osborne, ¿quiere contarles el resto?”.

Osborne asintió, ansioso por contar su historia. “Como ya le dije, vine pronto porque intento hacer que el lugar parezca presentable al menos una vez por semana. Iba a desbrozar alrededor de las unidades y a barrer las entradas. Estaba barriendo cuando llegué a la Unidad Cinco. Vi algo que estaba desparramándose por debajo de la puerta. Supe lo que era al instante, pero no quería creerlo, ¿sabe?”.

“¿Y qué era?”, preguntó Mackenzie, que ya sabía la respuesta.

“Sangre”.

“Gracias, señor Osborne”, dijo Rising. “¿Le importa si los agentes y yo nos encargamos a partir de aquí?”.

“Por favor, adelante”, dijo Osborne. “Si me necesitan, estaré en la oficina”.

Entonces Osborne se retiró, con aspecto de alegrarse de hacerlo. Rising llevó a Mackenzie y Ellington a través del terreno de gravilla. Cada unidad tenía una pequeña zona de carga de hormigón, con una rampa inclinada para facilitar el traslado de cosas pesadas en carretillas y plataformas rodantes. Podía ver la parte que Osborne

había barrido alrededor de las cuatro primeras rampas. Y después, como había dicho, había algo oscuro y pegajoso que salía por debajo de la puerta de la Unidad 5.

Se trataba, sin duda alguna, de sangre.

“¿Todavía no la has abierto?”, preguntó Ellington.

“Oh no. Quería que estuvierais aquí vosotros, pero el señor Osborne ya ha destrabado el cerrojo”. Se agachó y agarró la manivela. “¿Listo?”.

Mackenzie y Ellington asintieron al unísono.

Rising levantó la puerta para revelar el interior de la unidad. Era fácilmente la unidad más desordenada que habían visto, aunque estuviera organizada y apilada de un modo bastante consistente. Había unos dos metros de espacio entre la entrada y el comienzo de las cajas. Tumbada en el suelo en ese espacio había una mujer rubia, con el rostro vuelto hacia ellos.

“La sangre es reciente”, dijo Ellington.

Mackenzie asintió y, sintiendo el más leve rayo de esperanza, se arrodilló junto al cuerpo y le tomó el pulso en el cuello. No había pulso, aunque notó que la piel estaba casi templada.

“No lleva mucho tiempo muerta”, dijo.

Miró la sangre en el suelo, intentando comprender cómo había acabado por filtrarse por debajo de la puerta. Parecía que el suelo no estaba perfectamente nivelado. No era algo difícil de aceptar, dado que el estado general de todo ese lugar era un tanto precario. Mackenzie asumió que el precio de las unidades en este sitio era bastante más barato que el de las que tenían en sitios como Bellevue Storage o U-Store-It. Y, por lo visto, uno obtiene lo que paga.

“Puede que este sea el primer descuido de nuestro asesino”, dijo Mackenzie.

“¿De qué hablas?”, preguntó Ellington.

“El suelo no está nivelado. La sangre fluye hacia abajo en una caída muy gradual hacia la puerta. Si el suelo estuviera nivelado, no hay manera de saber cuánto tiempo podía haber pasado antes de que alguien encontrara su cuerpo”.

Ellington se puso en cuclillas y estiró el cuello, mirando al suelo. “Sí, ya lo veo. Mierda… es tan fresca que todavía se está acumulando. Si Osborne hubiera llegado aquí una hora antes… quizás… “.

“No lo sé”, dijo Mackenzie. “Esto es mucha sangre. Hace que me pregunte si ahora el asesino tiene prisa. A las demás, les ha hado al menos algo de tiempo para sufrir… quizá hasta para morirse de hambre. Entonces, ¿por qué no con esta?”.

Ni esperaba una respuesta, ni se la dieron. Mientras ambos miraban el ángulo ligeramente descendente del flujo de la sangre, Rising entró a la unidad. “Agentes”, dijo, asintiendo hacia la parte de atrás de la unidad.

Mackenzie siguió la dirección de su gesto y vio dos muñequitas sentadas juntas encima de una de las cajas. Una de ellas parecía bastante nueva, mientras que era obvio que la otra había pasado por algunos momentos difíciles.

“¿Hay alguna cámara en este sitio?”, preguntó Ellington.

“Ninguna”, dijo Rising. “Como puedes adivinar por el estado del lugar, es evidente que el señor Osborne no está tirando el dinero en el mantenimiento o el cuidado de este lugar”.

“Necesitamos hacer la identificación del cuerpo”, dijo Mackenzie. “Y después la dirección. Supongo que no lleva muerta más de tres o cuatro horas. Esto quiere decir que le abandonaron aquí hace menos de un día más o menos. Puede que esta sea la primera vez que podemos rastrear algún tipo de camino que haya podido tomar el asesino”.

“En fin”; dijo Rising, “pues no podemos utilizar las transacciones bancarias para hacer una identificación. Osborne solo acepta metálico”.

“Diablos”, dijo Ellington. “¿Es que no podemos tener suerte en nada?”.

“¿Qué nombre hay en la solicitud de la unidad?”, preguntó Mackenzie.

“No se lo pregunté,” dijo Rising.

Una voz habló desde el interior de la unidad. “La solicitud fue realizada bajo el nombre de Mark Riley.”

Era la voz de Osborne. Por lo visto, había decidido quedarse rezagado y observar desde la distancia en vez de regresar a su oficina, como había dicho originalmente.

Mackenzie miró a Ellington y vio que se estaba sintiendo cada vez más frustrado. Ella también, a decir verdad. De hecho, se estaba poniendo furiosa rápidamente. Con las unidades pagadas en metálico y un nombre falso en todas ellas, no había manera de saber cuánto tiempo seguiría suelto este hombre.

"¿Alguna vez conociste a ese tal Mark Riley?", le preguntó Mackenzie a Osborne.

"En una ocasión, como hace un año más o menos. Cuando rellenó la solicitud. Paga con regularidad, pero siempre en metálico, en un sobre que viene por correo postal. Pensé que era raro, así que comprobé la dirección de retorno en una ocasión y no es más que la oficina de correos central de Seattle".

"Loco o no", dijo Ellington, "este mequetrefe es muy listo".

Mackenzie odiaba admitirlo, pero Ellington tenía razón: su asesino era muy inteligente. No había testigos. No había cintas de seguridad, a excepción de los coches que entran y salen de la primera escena del crimen, una pista que requeriría de semanas para producir algún sospechoso.

"¿Se acuerda del aspecto que tenía?", preguntó Mackenzie.

"Lo siento, pero no".

Mackenzie salió de la unidad y volvió a mirar al interior, intentando verlo del mismo modo que lo vería el asesino. ¿Cuál era el atractivo? ¿Por qué estaba utilizando estas unidades?

"Rising, ¿puedes hacer que unos agentes repasen el contenido de esas cajas?".

"Claro", dijo Rising.

Ellington, como si sintiera curiosidad por empezar, abrió la tapa de la que tenía más cerca. Atisbó en el interior y se encogió de hombros. "Papel triturado. Es como si las cajas fueran de vestuarios para teatro o algo así". Fue a por la segunda, la abrió, y se echó a reír. "Rollos de papel sin abrir", dijo él. Le dio un puñetazo sin ganas a la caja de pura frustración.

“Entretanto”, dijo ella, “también necesitamos obtener un listado de todos los complejos de almacenamiento en Seattle y alrededores. Tenemos que decirles lo que está pasando. Si no tenemos una pista en un día más o menos, tendremos que conseguir que cierren sus negocios durante un día”.

“O podríamos poner a un policía de paisano en cada lugar”, dijo Rising.

“Eso depende del departamento de policía local”, dijo Mackenzie. “Pero, incluso si solo hay unos treinta lugares, supondría utilizar muchos recursos”.

“Bueno, por alguna parte tenemos que empezar”, dijo Ellington. “Esto se está empezando a ir de las manos”.

“¿Empezando?”, preguntó Rising, con aire derrotado.

“Tengo dos amigos que son propietarios de sitios para almacenar cosas”, dijo Osborne, que seguía manteniendo una distancia respetable de la unidad. “Les puedo llamar y decírselo. Quizá preguntarles si han visto algo alarmante últimamente”.

“Gracias”, dijo Mackenzie.

Miró a la sangre de la mujer en el suelo y después a las muñecas. Como las que había en la caseta de perro de anoche, parecía que le estuvieran mirando fijamente, casi provocándola.

“¿Estás bien?”, preguntó Ellington, acercándose a ella.

“No”.

Y con esa sencilla respuesta, salió de la unidad. Sentía cómo sus emociones le hervían por dentro, algo que nunca le había pasado en el trabajo.

Esto me está afectando, pensó Mackenzie. Si no solucionamos este caso pronto, creo que me voy a derrumbar…

Se preguntó si sería el estrés de la inminente boda o quizá algún resentimiento que le guardaba a McGrath, que se había asegurado de que esta fuera la última vez que Ellington y ella trabajaban juntos. Sinceramente, no sabía de qué se trataba… por qué le estaba afectando tanto este caso.

Sin embargo, le parecía que, si no lo solucionaban en seguida, podría acabar siendo la primera mancha en lo que hasta el momento había sido una notoria carrera profesional.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

La mañana se alargó como si estuviera atrapada en algún tipo de purgatorio. La única información que fueron capaces de obtener llegó una hora después cuando identificaron a la víctima como Kelly Higdon, de veinticuatro años de edad, residente de Seattle.

El único familiar que vivía en la zona era su abuelo, que en la actualidad vivía en una casa para retirados con un caso grave de Alzheimer. El departamento de policía de Seattle investigó el expediente de Higdon y lo encontró limpio.

Debido al expediente inmaculado de Higdon, Mackenzie no se esperaba gran cosa cuando registraron el apartamento esa misma mañana. Ellington y ella entraron a su casa solamente porque era la única pista con la que contaban. Desde luego, una parte de Mackenzie casi esperaba encontrarse algún tipo de muñeca o de conjunto para tomar el té dentro del apartamento, pero no había nada.

Ellington comprobó el historial del navegador en el portátil de Higdon, mientras Mackenzie comprobaba su cuarto de baño. Después de media hora de búsqueda, ninguno de los dos encontró nada que estuviera remotamente conectado con su asesinato en la unidad de almacenamiento. Al igual que la unidad, el apartamento de Higdon no produjo resultados.

Sintiéndose frustrada y más derrotada de lo que se había sentido acerca de un caso en un largo tiempo, Mackenzie sabía que lo único que podían hacer el resto del día era acuchararse en la comisaría y zambullirse en los archivos. Mientras se hacían llamadas a otros complejos de almacenamiento en la ciudad, su única esperanza es que llegara algún detalle por el lado de los propietarios, aunque solo fuera una perlita que pudiera llevarle a alguna parte.

Así que regresaron a comisaría, se sentaron en la sala de conferencias los dos solos, y hablaron acerca del caso. Por lo general, era en estos entornos donde Mackenzie y Ellington realmente se ponían al cien por cien; juntos en una habitación, lanzándose ideas el uno al otro hasta que algo encajaba y tenía sentido. Les había ocurrido en varias ocasiones en el pasado, pero en menos de cinco minutos, supieron que no iba a suceder en esta ocasión. Había algo que no encajaba del todo… no solo con el caso, sino entre ellos también.

"Empecemos con el hecho más evidente", dijo Mackenzie,

sentándose enfrente de Ellington con dificultades para enfocarse en él. “Está alquilando estas unidades por anticipado. Así que es seguro asumir que sabía por qué las estaba alquilando”.

“Tiene sentido, pero eso podría ser bastante caro. También hemos de tomar en cuenta que no se ha hallado a todas las víctimas en unidades a su nombre. En el caso de Claire Locke, por ejemplo, la unidad le pertenecía a ella, la víctima”.

“Yo también estoy atascada con eso”, dijo Mackenzie. “Pero me pregunto si a lo mejor es solo una cuestión de conveniencia. También indicaría que, aunque él alquila estas unidades, no siente la necesidad de utilizarlas todo el tiempo. Por lo visto, no hay nada especial en ellas. Vio la oportunidad de deshacerse fácilmente de un cadáver en una unidad que estaba allí mismo y la aprovechó”.

“Otra cosa que no me encaja demasiado bien es el hecho de que algunas unidades están prácticamente vacías, mientras que otras parecen casi una puesta en escena”.

“¿Nos volvió a llamar Rising sobre lo que había encontrado la policía en las cajas de la última unidad?”.

Ellington encontró un mensaje de texto de Rising en su teléfono y lo leyó. “Todavía están allí, pero por el momento parece que todo sea puro relleno. Papel higiénico, jarras de agua destilada, viejas revistas. Ninguna de esas cosas para las que la gente necesita unidades de almacenamiento. Nada de objetos personales, ni otra metralla, nada de eso”.

“De acuerdo entonces”, dijo Mackenzie. “Creo que las cajas en esta última unidad eran pura puesta en escena. No es tan simbólico como lo que sea que pretende hacer con las muñecas y las tazas de té, pero igualmente sirve de decoración”.

“Sí, pero ¿por qué?”

“No tengo ni idea”, contestó Mackenzie. “Y eso es lo que me está volviendo loca”.

Ellington soltó un suspiro y después se levantó de su silla. “Voy a señalar algo que seguramente te va a fastidiar”.

“Entonces quizá sea mejor que no lo hagas”.

Ignorándola, caminó con timidez alrededor de la mesa hacia

donde estaba ella. "Anoche dije algo que te tomaste personalmente. Y quizá sea un idiota por no darme cuenta de por qué te molestó tanto. Pero, sea lo que sea, es evidente que te está molestando. Nunca antes te he visto tan nerviosa por un caso. Así que, si la discusión que tuvimos es responsable de ello, creo que tenemos que llegar al fondo del tema ahora mismo".

"Estoy a punto de casarme con un hombre al que le parece que pongo demasiada atención y concentración en mi trabajo", dijo. "A lo mejor lo dijiste como un cumplido… pero para mí, una mujer que, francamente, está aterrada ante la idea de casarse, fue realmente desmoralizador. Y si no puedes ver algo así sobre mí en este estadio, creo que a lo mejor he sido demasiado generosa al pensar que me conocías tan bien".

"¿Te aterra casarte conmigo? Has empleado la palabra nerviosa antes. Temblona, también. Pero esta es una palabra nueva, y creo que es una muy fuerte".

"En fin, es la verdad".

"¿Y cuándo me lo ibas a decir?".

"No lo sé. Vino de la nada. Creo que tuvo algo que ver con conocer a tu madre, por breve que fuera el encuentro. Fue la primera vez que pareció real de verdad".

"Y es eso algo malo?".

"No, pero fue algo abrupto. Me sacudió de repente".

Ellington pareció considerar esto durante un momento, repasando mentalmente cada respuesta posible antes de responder. "Te quiero muchísimo, Mackenzie, pero si te está entrando el miedo, creo que eso es algo de lo que tenemos que hablar".

"De acuerdo", dijo ella, enfadada consigo misma de inmediato por ser tan pasiva. "Pero primero, veamos si podemos acabar con este caso. Lo siento… pero tiene prioridad, por lo que a mí respecta".

Ellington se cruzó de brazos y asintió. "Voy a por algo de café", dijo con gruñendo con frustración.

Salió de la sala, cerrando la puerta. Cuando ya estaba cerrada, Mackenzie tuvo que reprimir las ganas de darle un buen puñetazo a la mesa. ¿Por qué diablos estaba tan enfadada y tan cabezota con

Ellington? Sabía de sobra que él no había tenido la más mínima intención de hacerle daño con sus palabras. Y, sin duda, estaba un poco asustada de la boda, pero imaginaba que eso era algo normal. ¿No era casi de esperar que al menos un miembro de la pareja se echara atrás a medida que se aproximaba la fecha de la boda?

Hizo todo lo que pudo por barrer eso de su mente por el momento. Se negó a dejarse distraer cuando ya estaba trabajando en un caso que parecía estar sacándole de quicio.

Reposicionó su enfoque en el caso. Como todavía no había nada a lo que agarrarse, intentó imaginarse por qué alquilaría el asesino las unidades con tanta antelación. ¿Cuánto tiempo llevaba planeando esto? Y, peor aún, ¿cuántas unidades había alquilado?

Bingo, pensó.

Agarró su teléfono, con intención de llamar a Rising. Si pudieran ponerse en contacto con todos los complejos de almacenamiento locales como tenían pensado y les hacían comprobar sus registros en busca de cualquier unidad que perteneciera a Mark Riley, podrían interrumpirle antes de que atacara de nuevo.

¿O acaso no podían? No tenían ninguna garantía de que estuviera matando a sus víctimas en las unidades.

Antes de que tuviera tiempo de llamarle a Rising, Ellington regresó a la salita. Parecía apresurado y un tanto excitado.

“Tenemos algo”, dijo. “Un agente habló con un centro de almacenamiento hace cinco minutos… y el propietario decía que está escuchando sonidos de arañazos y de gemidos procedentes de una unidad”.

Mackenzie se puso de pie de inmediato. “¿Le dieron instrucciones para que no la abriera?”.

“Esa ha sido la instrucción desde un principio”, dijo Ellington. “No abra la unidad en caso de que el asesino siga adentro. Nos hace perder algo de tiempo, pero mantiene a salvo al propietario”.

“¿A qué distancia está este centro?”.

“Quince minutos”.

Los dos echaron a correr por el pasillo. Y solo por ese breve

instante, todo pareció estar de nuevo en orden entre ellos.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

En este caso, las instalaciones de almacenamiento eran poco más que un complejo común y corriente. Había allí cincuenta cobertizos individuales con puertas al estilo de un garaje, de unos 7x7 metros de diámetro, en una finca abarrotada. Cuando llegaron Mackenzie y Ellington, ya habían cerrado la verja de entrada, después de llamar a la policía y que esta instruyera al propietario para hacerlo. Había un hombre de pie, supuestamente el propietario, caminando de un lado a otro al tiempo que hablaba por teléfono. Cuando divisó cómo aparcaban Mackenzie y Ellington, terminó con su llamada y abrió la verja.

“¿Todavía hay algún movimiento proveniente de la unidad?”, preguntó Mackenzie al bajarse del coche. Ni siquiera se molestó con presentaciones o formalidades. Iban contrarreloj, potencialmente a salvar una vida. Hasta había llamado a una ambulancia mientras Ellington y ella venían a toda prisa.

“Sí”, dijo el propietario. “Lo escuché hace menos de dos minutos”.

“¿En cuál?”, preguntó Ellington.

“Unidad siete, justo a la derecha. Ya me adelanté y destrabé la puerta para vosotros”.

Echaron a correr por el pasillo de hormigón que había entre las dos filas de unidades. Mientras se aproximaban a la unidad siete, Mackenzie sacó su Glock. Quizás, solo quizás, habían atrapado al asesino en el acto.

Sin embargo, su instinto empezaba a sentir que no era así. Después de todo, la verja ya llevaba cerrada un buen rato y no parecía que hubiera ningún otro coche excepto el del propietario. Aun así, la posibilidad de salvar una vida era más que suficiente. Sintiéndose un poco tonta, enfundó su arma reglamentaria mientras llegaba a la Unidad 7.

Hasta mientras Ellington agarraba la manivela de la puerta, Mackenzie pudo oír el sonido de movimiento en el interior. Unos golpecitos y sonidos de arañazos. Los arañazos sonaban casi paralizantes, como cuando se araña una pizarra con las uñas.

“Si puedes oírme”, dijo Ellington, “necesito que te alejes de la

puerta. ¡Somos del FBI y vamos a entrar!”.

Los ruidos se detuvieron, lo cual hizo que Mackenzie y Ellington intercambiaran una mirada de esperanza. Con un buen empujón, Ellington deslizó la puerta hacia arriba. La mirada de Mackenzie se fue derecha al suelo, esperándose otro charco escarlata de sangre, otra mujer innecesariamente torturada.

Pero allí no había nada.

“¿Qué diablos?”, preguntó Ellington.

Hasta en el instante que salía la pregunta de sus labios, los dos vieron movimiento a la izquierda. Mackenzie se giró hacia ese lado, agarrando de nuevo su arma. Cuando su mano tocó la culata del Glock, una enorme vergüenza le sacudió como una piedra.

“¿Me estás tomando el pelo?”, preguntó, mientras un mapache salía corriendo por la puerta abierta. Por lo visto, también le había sorprendido a Ellington, porque se echó hacia atrás con sorpresa, agarrando también la culata de su arma reglamentaria.

Mackenzie observó cómo la pequeña criatura se escabullía al otro lado de la propiedad. Deseó poder reírse de ello, que fuera una historia que pudiera sacar a colación más adelante durante su carrera para reírse a gusto. Sin embargo, allí de pie en la puerta de la unidad de almacenamiento, sintió una ira que no se parecía a ninguna otra que hubiera sentido jamás.

Dos recuerdos le cruzaron la mente. Se acordó del Asesino del Espantapájaros, el primer caso que le había afectado de verdad antes de meterse al bureau, cuanto todavía era detective en Kansas. Y después se acordó de la reunión con su madre durante su descanso en el motel, momentos de cerrar por fin el caso del asesinato de su padre.

Había sentido rabia en esos momentos, sin duda alguna, pero lo que sintió al captar el último vistazo del mapache corriendo hacia la carretera, donde esperaba que fuera destruido por un tractor, redujo esas emociones a la nada.

Mackenzie tensó los puños mientras regresaba por el sendero de hormigón hacia la verja. El propietario todavía seguía allí, con la mirada puesta en el mapache que había logrado escapar.

“Oh, por Dios”, dijo mientras Mackenzie se le acercaba. “No tenía ni idea. Lo siento. El maldito bicho estaba haciendo hasta un ruido

como de plañidera. Sonaba como una mujer, pero más bajito".

Mackenzie escuchó sus palabras, pero las ignoró. Se fue directamente hacia el coche y esperó a Ellington. Le observó mientras se acercaba al coche. La expresión que tenía en la cara dejaba bastante claro que él se sentía tan avergonzado como ella, pero ella se lo estaba tomando a modo personal, y no sabía muy bien por qué.

Como para poner el signo de exclamación en los acontecimientos del día además de en su estado de ánimo, una leve lluvia empezó a golpear su parabrisas.

Mackenzie cerró los ojos e intentó concentrarse en su respiración.

¿Por qué me está afectando tanto este caso? ¿Por qué estoy devorando a Ellington con mi ira cada vez que tenemos una conversación?

De repente, en los rincones más oscuros de su mente, surgió una idea. Abrió los ojos de nuevo, sacando ese pensamiento a la superficie.

Pensó que quizá sí sabía por qué se estaba tomando este caso tan a pecho y por qué no estaba siendo nada tolerante con Ellington.

Solo era una corazonada, pero algo era algo.

Y enfrentarse a ello sería más difícil que la lluvia constante, peor que cualquier discusión que Ellington y ella pudieran tener.

Cerró los ojos de nuevo mientras se le empezaba a formar un nudo de preocupación en el estómago.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Ya sabía que todo le había resultado muy fácil hasta este momento. Hubiera sido ingenuo por su parte creer que podía continuar a este ritmo. En algún momento, se iba a encontrar con algún obstáculo. Y mientras observaba a la pareja que se estaba apeando de un coche desde el ventanuco de su cobertizo, vio ese obstáculo.

¿Cómo no había previsto esto? Por supuesto que una mujer no iba a venir a esta parte de la ciudad sin alguna forma de protección. Y en este caso, la protección era un hombre, aunque, a decir verdad, no daba ningún miedo. Era bastante bajito y un poco rechoncho. Mientras él y la mujer se aproximaban al cobertizo, el hombre miró a su alrededor con desconfianza. Dijo algo y los dos se echaron a reír con nerviosismo.

Antes de que pudieran imaginar que había gato encerrado, abrió la puerta del cobertizo, no la que se enrolla hacia arriba, sino la vieja puerta de madera que hacía de entrada y salida. Les saludó con un gesto de la mano y una sonrisa. Sabía que tenía un aspecto inocente, una pinta que no despertaría sospechas en casi nadie. Y el hecho de que esta mujer le hubiera contactado para comprar unas muñecas antiguas a partir de un anuncio en Craigslist no hacía sino aumentar su nivel de inocuidad.

“Gracias por venir hasta aquí”, le dijo mientras se acercaban al cobertizo. “Tengo una camioneta y no me hubiera importado llevároslas, pero el motor ha estado haciendo cosas raras la semana pasada y no me he podido permitir arreglarlo”.

“No es ningún problema”, dijo la chica.

El hombre, supuso que sería un novio, se metió entre ellos y le ofreció la mano. “Soy Brian”, dijo.

Le dijo su nombre y le estrechó la mano. Entonces llevó a la pareja al interior del cobertizo. Había tenido este lugar durante tres años, tras comprarlo en una subasta cuando algún gilipollas fracasado de los bienes raíces había palmado. La había utilizado para varias cosas con los años: para ensayar con su ya difunta banda de música, para dormir cuando se quedó sin casa durante unos meses al año, y más recientemente, para guardar algunas de sus muñecas y teteras y accesorios.

“Perdona que lo pregunte”, dijo la mujer. Se llamaba Daisy Walker y a él no le parecía gran cosa. Francamente… ¿quién compraba en Craigslist a estas alturas?

“Pregunta sin miedo”, dijo él.

“¿Cómo acabaste teniendo tantas muñecas antiguas?”.

“Por mi tía”, mintió. “Se quedó con todas sus muñecas de la infancia, esperando pasárselas algún día a una hija, pero nunca tuvo una hija. Cuando murió mi tía, me las dejó todas a mí en su testamento. No tengo ni idea de por qué. Fue una especie de broma pesada”.

Los llevó hasta la parte trasera del cobertizo donde había contenedores de plástico en filas de cuatro, dos de altura. Seleccionó la que necesitaba y la sacó de su sitio. Le quitó la tapa y le permitió que echara un vistazo al interior.

“¿Y para qué las necesitas, si no te importa la pregunta?”.

“Vamos a por todas este Halloween”, dijo ella.

“¿Entonces quieres las más sucias, supongo?”.

“Seguramente”, dijo ella.

“Bueno, pues elige las que quieras. Solo me quiero deshacer de ellas, así que te puedo hacer un buen precio”.

Ella pareció contenta con esto, ya que se puso a mirar entre los contenedores de inmediato. Su novio no parecía estar muy metido en ello, pero la observaba mientras ella rebuscaba entre las muñecas.

Les estaba observando por el rabillo del ojo mientras fingía estar ocupado con algo en el banco de trabajo improvisado que tenía al otro lado del cobertizo. Se movía sigilosamente, tarareando para sí mismo, tratando de no suponer ni un factor en su campo visual. Cuando tuvo la certeza de que ambos le estaban dando la espalda, se metió el destornillador de cabezal plano al bolsillo de la chaqueta con gorro que llevaba puesta.

“Eh, ¿y por cuánto me venderías una caja entera?”, le gritó Daisy.

“No lo sé”, le dijo, caminando lentamente hacia ellos. “¿Diez dólares? ¿Suena bien eso?”.

“Claro, eso está genial”, dijo Daisy. Entonces miró a su novio y le lanzó una sonrisa cursi. “Paga al hombre, por favor”.

El novio frunció el ceño y buscó su cartera. Cuando su cabeza se inclinó ligeramente, ahí es cuando el destornillador salió del bolsillo de su chaqueta.

Lanzó el cabezal plano a la nuca del novio. Lo arrojó con fuerza bruta, provocando un ruido contundente al atravesar la carne.

El chorro de sangre fue inmediato. Salió a borbotones, ya que el destornillador había cortado la arteria carótida. El novio se tambaleó hacia atrás, cayendo sobre Daisy. Soltó el destornillador, sabiendo de sobra que incluso aunque el novio se librara del destornillador y viviera, solo lo haría durante otro minuto, y sin duda no iba a estar en forma para oponer ningún tipo de resistencia.

Daisy se tropezó con el borde del contenedor, pero al tratar de apoyarse, el contenedor se desparramó por el suelo. Esto la envió a ella de bruces al suelo. Se cayó con su novio colapsando junto a ella. Su sangre seguía saliendo a borbotones, salpicándole los brazos desnudos y el suelo del cobertizo. Esto era una pena, pero nada de lo que preocuparse demasiado. Ya se aseguraría de limpiar lo mejor posible más tarde.

Por ahora, tenía que preocuparse de Daisy.

Se quitó la chaqueta con gorro y se tiró encima de ella. Le cubrió el rostro con su camiseta, presionando hasta que pudo sentir la resistencia del cemento por debajo de ella. Junto a ellos, el novio soltó unos ruidos de dolor, mientras trataba de respirar, impedido por el destornillador.

Ató las mangas de la camiseta alrededor de la cabeza de Daisy. Entonces le dio una buena patada en las costillas para dejarle sin ganas de rebelarse.

Se echó hacia atrás y examinó la escena. Toda la odisea le había llevado menos de diez segundos. El novio estaba casi inmovilizado y los ojos se le estaban poniendo vidriosos. Daisy, mientras tanto, trataba de gritar a través de la mordaza.

Pensó en llevarla de vuelta a su casa, pero eso era arriesgado. Los federales ya habían estado allí. Él les había guiado hasta allí, de hecho. Suponía que se pondrían al día enseguida. Y participarían de la diversión con él.

Sonrió mientras pateaba de nuevo a Daisy, esta vez en el abdomen. Gimió por debajo de la camiseta, con un sonido que le hizo preguntarse si se iba a desmayar.

Entonces se fue hasta el contenedor más alejado y lo abrió. Metió la mano al interior y sacó las mordazas y el cable. Miró de nuevo la silueta que hacía la cabeza de Daisy por debajo de su camiseta. Y después se acercó a otro contenedor, sacando tres muñecas. Las colocó contra los contenedores, frente a Daisy.

Esta era la parte más divertida. Siempre le gustaba dejar que sus niños miraran. Le motivaba y a ellos parecía gustarles.

Habló con ellos mientras retiraba la camiseta y le rodeaba la cabeza a Daisy con la mordaza. Les habló de sus planes para Daisy, de cómo sabía perfectamente dónde colocar su cuerpo. Y si se portaban bien, dejaría que unos cuantos se quedaran para verla morir.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Aunque Mackenzie nunca había sufrido un ataque de pánico, pensaba que esto se le debía parecer mucho. Cuando Ellington y ella regresaron a comisaría, se fue derechita al cuarto de baño. Escuchó cómo le llamaba Ellington mientras entraban al edificio, pero le ignoró. En el cuarto de baño, se encerró en un cubículo y tomó una serie de respiraciones largas y temblorosas.

Intentó centrar sus pensamientos, para evitar caer en la desesperación.

Solo es una corazonada, se dijo a sí misma. No lo sabes con certeza.

Eso era cierto, pero tenía que averiguarlo antes de presionar demasiado a Ellington. Entretanto, quizás hasta tenía que disculparse con él.

Cuando le pareció que se había recompuesto, se miró en el espejo. Tenía aspecto de cansada y de derrotada, con la clase de palidez que ningún maquillaje podía arreglar. Se dio la vuelta y volvió a dirigirse al pasillo del departamento. No había dado ni cinco pasos, cuando Rising le alcanzó por detrás.

“Tengo noticias para ti”, le dijo. “De los cincuenta y dos complejos de almacenamiento que hay dentro de la ciudad y en un radio de veinticinco millas alrededor de los límites urbanos, hemos contactado con treinta de ellos. La mayoría de los propietarios se mostraron más que dispuestos a cerrar sus puertas. Claro que unos cuantos se rebelaron ante la idea. Se negaron a cerrar, pero los que cuentan con cámaras de seguridad dijeron que teníamos acceso a las grabaciones si así lo queríamos”.

“¿Podemos conseguir una lista de las que no van a cerrar?”, preguntó Mackenzie.

“Claro, estamos pendientes de esas. Por el momento, solo son seis”.

“Un porcentaje bastante bueno. ¿Alguien se ha molestado en empezar a investigar casos de personas desaparecidas recientemente? ¿En particular de mujeres jóvenes entre dieciocho y cuarenta años?”.

“Sí, hemos estado trabajando en ello desde que descubrimos el segundo cadáver”.

“Estupendo. Gracias de nuevo por tu apoyo, Rising”.

“Espero que no te importe, agente White, pero… ¿estás bien? Tienes mal aspecto”.

“No, estoy bien. Es solo que este caso me está afectando. ¿Te has enterado de lo que encontramos en la última unidad esta mañana?”.

“Un mapache”, dijo Rising. “Ya, lo siento”.

Él pareció tomarse esto como su señal para dejarla en paz. Le hizo un leve gesto de aprecio y se alejó de ella. Mackenzie, entretanto, continuó hacia la sala de conferencias. Ellington y tres agentes estaban trabajando en la lista de los complejos de almacenamiento, apuntándolos en la pizarra blanca y tachándolos de su lista.

Cuando Mackenzie se sentó, miró la lista y se preguntó si las unidades que estaba utilizando el asesino podían tener alguna relevancia. ¿Estaba colocando a las mujeres en ciertas unidades en particular o lo hacía todo al azar? Puede que mereciera la pena investigarlo.

Ellington le miró y tamborileó la pizarra con un dedo. “La policía ya ha hablado con más de la mitad de los propietarios de complejos de almacenamiento”.

“Rising me informó cuando venía de camino”, dijo ella. “Están haciendo grandes progresos”.

“Creo que al menos tenemos que enviar una patrulla de la policía a cada uno de los lugares que se negaron a cerrar sus puertas. Merece la pena mencionar que, de los sitios que se han negado a cerrar, solo uno de ellos tiene un cliente con el nombre de Mark Riley. Ya hay dos agentes de camino para hablar en persona con el propietario y hacer un examen del lugar”.

“También estamos trabajando en recolectar los nombres de todos los complejos que tengan ese nombre en sus archivos”, dijo uno de los agentes. “Incluso si se han mostrado de acuerdo en cerrar hasta que resolvamos este caso”.

Mackenzie asintió, aunque le parecía que esto estaba empezando a irse de las manos. Ahora tenían un montón de piezas en

movimiento. Y aunque eso fuera algo bueno, también eran muchas cosas de las que estar pendiente, más grietas por las que se podía escapar algo.

Mackenzie pensó en las cajas de muñecas que había en la casa que habían registrado. Pensó en esos ojos vidriosos mirándola fijamente desde la caseta del perro. Se planteó seriamente regresar a la casa a revolver entre las cajas. Si el asesino parecía darle algo de importancia o relevancia a las muñecas, quizá ahí era donde tenía que fijar la atención. Quizá hubiera algo mirándolos fijamente, bromas aparte, en toda su cara.

Antes de que pudiera agarrarse de verdad a esa idea, la puerta de la sala de conferencias se abrió. El ayudante Rising entró corriendo, muy excitado.

“Hemos recibido una llamada hace dos minutos. Una madre preocupada puso una denuncia de desaparición sobre su hija. Daisy Walker, de veintidós años”.

Mackenzie ya estaba de pie cuando preguntó: “¿Desaparecida desde cuándo?”.

“Al menos desde la una del mediodía de ayer”.

Las miradas de Mackenzie y Ellington se cruzaron desde ambos lados de la sala. Le arrojó el marcador que tenía en la mano al agente más cercano y se unió a Mackenzie mientras se dirigía a la puerta.

Sangre que goteaba de una unidad y ahora un caso bastante reciente de desaparición, pensó Mackenzie. Si esta persona desaparecida tiene alguna relación con el asesino, la está cagando. Se está haciendo más vago. O prepotente.

La mera idea de que fuera así no hizo sino enfadar todavía más a Mackenzie. Ahora recibió la ira con gusto, utilizándola para darle impulso mientras Ellington y ella salían a la calle en busca de lo que esperaba se convirtiera en una pista prometedora.

***

Cuando llegaron a la dirección de Daisy Walker, Mackenzie y Ellington se encontraron a su madre, Shelby, sentada en el porche delantero. Estaba fumando un cigarrillo con la postura y expresión de

quien lo hacía a menudo. Shelby Walker los miró con escepticismo mientras subían por su acera hasta el porche delantero.

"¿Sois de la policía?", preguntó.

"FBI", dijo Mackenzie, mostrando su placa. "Soy la agente White y este es el agente Ellington."

"¿Por qué está aquí el FBI?", preguntó Shelby, que de pronto parecía más nerviosa de lo que había estado en principio. "¿Se ha metido mi niña en algún lío?".

"Sin duda, esperamos que no", dijo Mackenzie. "Si pudiera responder a unas preguntas, podremos averiguarlo lo antes posible. Estamos en la ciudad investigando un caso que nos ha llevado a mirar casos de mujeres desaparecidas sobre la edad de su hija".

"Oh Dios mío", dijo Shelby. Empezó a temblar y de repente, arrojó el cigarrillo al patio como si hubiera cobrado vida y le hubiera dado un mordisco.

"No hay por qué asumir lo peor", dijo Ellington.

"Es cierto", asintió Mackenzie. "Algunas de sus respuestas podrían servir para eliminarla de este caso".

"Muy bien", dijo Shelby. Se sentó en la mecedora que había detrás suyo y miró a la calle. "Traté de decirme a mí misma que era una estupidez llamar a la policía. Daisy tiene veintidós años, así que es relativamente normal que no se ponga en contacto un día o así. Pero… en fin, se suponía que iba a cenar conmigo anoche y no apareció. No me llamó ni me envió un mensaje de texto y mi Daisy no es así para nada. Intenté llamar a su novio porque asumí que estaba con él, pero no me responde al teléfono".

"¿Conoce bien a su novio?", preguntó Mackenzie.

"Bastante bien. Llevan saliendo casi dos años. Es un buen chico. Me siento segura al decir que no debería forma parte de su lista de sospechosos en absoluto".

"¿Pasan mucho tiempo juntos?", preguntó Ellington.

"Se pasan la mayoría del tiempo juntos. Prácticamente viven juntos".

“¿Sabe si tenían planes para ayer?”.

“No. Brian, su novio, trabaja desde casa como artista freelance. Y Daisy va a la escuela media jornada mientras trabaja de camarera por las noches. Ayer era uno de sus días libres y cuando pueden organizarlo, se pasan el día juntos. Van a ver una película o a hacer recados juntos. Ese tipo de cosas”.

“¿Nombre completo del novio?”, preguntó Mackenzie.

“Brian Dixon.”

“¿Puede pensar en alguna persona que alguno de los dos considere un enemigo?”, preguntó Mackenzie.

“No, bueno, sé que Brian y su hermano no se llevan bien… están alejados, pero no se hablan. Creo que su hermano vive en alguna parte de Olympia”.

“Señora Walker, ¿sabe por casualidad si Daisy o Brian han alquilado una unidad de almacén en alguna parte de la ciudad?”.

“No, ninguno de los dos la tiene. Y ninguno la necesita. Brian tiene su propia casa, que les compró a sus padres antes de que se mudaran a vivir al otro lado del país. Tiene este garaje desordenado donde guarda todo. A veces Daisy le gastaba una broma, diciendo que le daba miedo entrar allí, porque pensaba que el desorden cobraría vida y se la comería”.

“¿Qué clase de cosas tiene allí?”, preguntó Ellington.

“Oh, no lo sé. Solamente lo he visto una o dos veces. Un poco de todo. Su cortadora de césped, viejas pelotas de fútbol y cometas, herramientas, cajas de decoraciones de Navidad y de Halloween. Cosas así”.

“¿Por casualidad ha pasado por allí desde que pensó que su hija podía estar desaparecida?”, preguntó Mackenzie.

“Pasé en coche por allí, pero su coche no estaba. Estaba el de Daisy, pero se llevan el coche de él a todas partes”.

“¿Nos puede dar su dirección?”, preguntó Mackenzie. Pensó que no vendría mal mirar la casa del novio, aunque ya tenía casi la certeza de que no les llevaría a ningún lado. Estaba bastante segura de que si Ellington y ella se ponían a investigar todo esto de verdad, se iban a

encontrar con que Brian y Daisy habían decidido salir a toda pastilla de Seattle, lejos de la que parecía ser una madre amante pero excesivamente protectora.

“Señora Walker”, dijo Ellington, “¿vive Daisy con usted?”.

“Bueno, esta es su dirección, pero normalmente está en casa de Brian”.

“Me pregunto si tiene un teléfono o un portátil que se pueda haber dejado aquí”.

“Lo cierto es que sí. Su portátil sigue en su habitación. Lo sé porque lo miré para ver si había dejado una nota que pudiera indicar donde podía estar”.

“¿Y qué hay de un celular?”.

“No, supongo que lo llevaría encima. Traté de encontrar la función Find Friends en su teléfono, algo que utilizamos cuando me hice daño en la rodilla hace dos años y ella estaba pendiente de mí cuando me iba a dar una vuelta a la manzana para rehabilitarla. Pero su teléfono no responde. Estoy bastante segura de que no le queda batería”.

“¿Nos dejaría que nos lleváramos su portátil con nosotros?, preguntó Ellington. “Quizá si podemos hacer que lo examinen en comisaría, podamos averiguar más detalles”.

“Y si nos da su número de teléfono,” añadió Mackenzie, “podemos intentar encontrar su posible ubicación”.

“Claro, todo me parece bien”. Consideró algo durante un momento y entonces se levantó de la mecedora. “Vuelvo enseguida”, dijo mientras se iba al interior de la casa.

“¿Crees que merece la pena investigarlo?”, preguntó Mackenzie.

“Creo que merece la pena echar un vistazo. Estas mujeres… que se las lleven de una manera en que están atadas y amordazadas sin estar seriamente heridas antes de esa puñalada en el pecho… hace que me pregunte si ellas están yendo donde el asesino. Quizá queden con él por alguna razón”.

Esa era una buena idea y se sintió como una tonta por pasarla por alto.

La señora Walker regresó unos cuantos segundos después, con el portátil de Daisy. Se lo entregó a Ellington casi a regañadientes. “Por favor, díganme si la encuentran… sea cual sea el resultado”.

A Mackenzie le dolía ver que su madre ya había asumido que su hija estaba muerta. Quería reconfortarla aunque sabía que no podía, meramente desde un punto de vista profesional.

“Sin duda, alguien se va a poner en contacto con usted cuando examinemos todo más a fondo”, fue todo lo que dijo. “Entretanto, por favor contacte con la policía si se le ocurre alguna otra cosa que pueda ser relevante para la ubicación de su hija”.

Shelby Walker asintió mientras los agentes se marchaban. Mackenzie observó cómo la pobre mujer subía por las escaleras mientras ella se montaba al coche. Parecía derrotada, como si ya se hubiera dado por vencida.

“¿Crees que está conectado?”, preguntó Ellington mientras se ponía al volante.

“No lo sé. Me da mala espina, claro que todo en este caso me está dando mala espina”.

Ellington no dijo nada más. Encendió el motor y salió a la calle. Ella podía adivinar que él estaba calculando lo que le iba a decir ahora, que seguía pisando huevos como consecuencia de su discusión. Una parte de ella se alegraba de ello. Creía que tenía que explorar el caso más a fondo y que lo haría mejor si estaba en silencio, sin la interferencia de los pensamientos o teorías de nadie más.

Se nos está pasando algo por alto, pensó. Quizá se nos estén pasando varias cosas. Algo que tenemos delante de las narices… pero ¿qué?

Le reconcomió durante todo el trayecto de regreso a la comisaría. Era la primera vez en su carrera profesional que empezaba a preguntarse si regresarían a DC con el caso sin resolver, con un asesino suelto y un enigma por descifrar.

Dolía pensar en ello, pero en medio de esa tarde cetrina que se extendía por delante suyo, parecía totalmente posible.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Si alguna vez albergó alguna duda sobre si Ellington le conocía bien, fue eliminada en el momento que regresaron a comisaría. La dejó a solas con sus pensamientos, con toda la sala de conferencias para ella, mientras él se reunía con Rising y algunos agentes más para continuar repasando la lista de instalaciones de almacenamiento.

Con la sala para ella, tomó todos los archivos que habían acumulado hasta el momento y empezó a esparcirlos por la mesa. Cuando los puso en un orden que tenía sentido para ella, fue a la pizarra y comenzó a escribir anotaciones. Mientras lo hacía, empezó a recitar los hechos y las cifras para sí, como si estuviera preparando un examen. Las ideas circulaban por su mente con un río desbordado, saliendo entre sus dedos y el marcador.

Cuando terminemos con todo, las muñecas van a significar algo. Incluso si parece un detalle nimio en relación con la naturaleza de las muertes, las muñecas y el aparejo del té significan algo para el asesino, pero ¿qué? ¿Y por qué?

Quizás las unidades de almacenamiento sean una señal de que al asesino le gusta esconder cosas. Quizá sea algo más que una manera inteligente de esconder los cuerpos que se carga. ¿Hay algún simbolismo inherente en ello o es alguna cuestión psicológica de la que ni siquiera es consciente? Ocultar cosas… almacenarlas como si fueran valiosas, como objetos personales… algo así.

Pero, ¿por qué en las unidades de almacenamiento? ¿Por qué algo tan público y pequeño y…?

Mackenzie se detuvo un instante. Se quedó mirando a la pizarra, a las notas que acababa de hacer. Ahí había algo, en esa última idea había algo que merecía la pena investigar más a fondo…

Regresó a los archivos y leyó los hechos y cifras preliminares. Se detuvo en el archivo que describía la escena en U-Store-It. Escaneó la primera página y encontró lo que andaba buscando.

Medidas de la unidad, , 10 x 8.

Se acordó de que había pensado que las unidades en cuestión eran bastante pequeñas, sobre todo considerando lo grande que parecía el lugar.

Entonces miró la primera pila de papeles que formaban el archivo de la escena que había empezado todo esto para ellos: Seattle Storage Solutions de Quinn Tuck. Se trataba de un lugar bastante decente, pero lo que era más importante, había salido de allí pensando que las unidades parecían bastante diminutas. Buscó los detalles del caso y encontró el tamaño: 8x8.

Sabía de sobra que podía no significar nada, pero estaba dispuesta a agarrarse al detalle más nimio. Volvió a mirar el archivo de U-Store-It y se encontró con el número de Ralph Underwood. Lo llamó y se alegró cuando le respondió al segundo tono.

"Aquí U-Store-It", le respondió.

"Señor Underwood, soy la Agente White del FBI".

"Oh. Hola. Mire, ya he cerrado las puertas hasta nuevo aviso", dijo, claramente irritado. "¿Qué más quieren de mí?".

"Solo tengo algunas preguntas sobre las unidades. Me preguntaba si todas sus unidades son de ocho por ocho".

"No, tengo unas cuantas de tamaño económico. Ofrezco varios tamaños, hasta veinte por dieciséis".

"¿Y cuál diría que es el tamaño medio de la unidad?".

"Seguramente diez por quince. Por lo que he visto, la mayoría son de ese tamaño".

"Entonces, ¿se podrían considerar como pequeñas las unidades de ocho por ocho?".

"Sí. Las hacen más pequeñas, pero no hay muchas instalaciones que las ofrezcan. Son bastante inútiles".

"¿Qué hay de otras instalaciones de la ciudad? ¿Cree que la mayoría se ciñe a ese tamaño medio de diez por quince?".

"Diría que sí, pero hay unas cuantas que hacen lo que yo hago, y ofrecen varios tamaños".

Mackenzie pensó en esto un momento, asintiendo para sí misma a medida que una teoría empezaba a cobrar forma.

"¿Sabe cuál es el más pequeño que se ofrece?".

“No estoy seguro, pero las he visto de siete por cinco”.

“Gracias, señor Underwood”.

“¿Eso es todo?”.

“Por el momento. Muchas gracias por su ayuda”.

Terminó con la llamada y regresó una vez más a los archivos. Cuando encontraba lo que necesitaba, lo anotaba en la pizarra blanca. Mientras escribía lo que necesitaba, sonó un golpe en la puerta. Se abrió lentamente mientras Ellington pasaba al interior.

“¿Cómo te va?”, le preguntó.

No estaba segura de si se refería al caso o a su pequeña discusión, así que solo se encogió de hombros. “Creo que puede que tengamos un camino que investigar. Podría no ser nada, pero con un caso tan extraño y frustrante, estoy dispuesta a probar cualquier cosa”.

“¿Qué tienes? Espero que sea mejor que mis novedades. Parece que no vamos a poder localizar el teléfono de Daisy. Está sin batería o fuera de servicio”.

“Sí, lo mío es mejor”.

Le puso al tanto de la conversación que acababa de tener con Ralph Underwood. Entonces tocó la pizarra blanca y le mostró lo que estaba escribiendo mientras él entraba a la sala.

“Todas las unidades que está usando el asesino son más pequeñas que la media. 10x8, 8x8, incluso un 8x6, que es la más pequeña de todas”.

El resplandor de emoción que tenía Ellington en la mirada le hacía sentir confianza de que cabía la posibilidad de que se hubiera tropezado con algo. “¿Alguna idea de lo que significan?”.

“No lo sé, pero todo en este caso parece ser simbólico… lo sepa el asesino o no. Está utilizando unidades de almacenamiento para ocultar a sus víctimas. Prepara extrañas escenas de fiesta de té de una manera muy misteriosa. Y está utilizando unidades de las más pequeñas para hacerlo”.

“No es que quiera pasarme de listo, pero puede que solo sea una manera de ahorrar dinero. Me imagino que el alquiler de las unidades

más pequeñas es más barato”.

“Eso es cierto, pero… no sé. Creo que puede que signifique algo. Quizá algo que ver con el confinamiento o algún problema personal. Quizá… quizá sea claustrofobia”.

“Pero, ¿no trataría de evitar los espacios reducidos si así fuera?”.

“No si subconscientemente estuviera intentando superarla”.

De nuevo, Ellington tenía ese brillo en sus ojos. “¿Y por dónde empezamos?”.

“tenemos que llamar a todo el mundo de nuevo. Quiero encontrar las instalaciones que no ha utilizado el asesino y que ofrecen unidades muy pequeñas. Cualquier cosa por debajo de 10x10. Y también deberían marcarse todas las que se hayan pagado en metálico”.

“¿Algo más?”, preguntó.

Pensó en las muñecas, en los artículos para la fiesta del té. También había algo allí. Estaba segura de ello. No solamente un significado, sino quizá un camino hacia una pista. Podía sentir cómo le palpitaba al borde de su raciocinio, pero todavía no podía entenderlo del todo.

“Creo que eso es todo por ahora”, dijo ella. “Buscaré a Rising y le pediré que reúna un equipo”.

Se dirigió hacia la puerta y al salir, Ellington le agarró por el brazo. Se dio la vuelta para mirarle y vio que de pronto tenía una expresión muy seria en la mirada.

“¿Estás bien?”, le preguntó.

“Sí”.

“¿Anda todo bien entre nosotros?”.

“Sí, todo bien. No hay duda de que tenemos que hablar de ello, pero ahora no es el momento. Échale la culpa a la parte de mí que está obsesionada con el trabajo, pero así es”.

Deseó poder retirar ese último comentario sarcástico, pero ya era demasiado tarde. Lo dejó suspendido en el aire entre ellos mientras salía de la sala de conferencias.

***

Incluyendo a Rising, ya había cuatro agentes llamando a los propietarios de las instalaciones de almacenamiento de la ciudad y alrededores. Con la nueva solicitud de Mackenzie, otros dos agentes se sumaron a la tarea, incluida la secretaria del departamento.

Mientras esperaba, Mackenzie y Ellington se quedaron en la sala de conferencias para seguir repasando los archivos. Mientras Mackenzie llevó a cabo un estudio rápido de cada una de las víctimas por la que parecía ser la enésima vez, podía sentir cómo le miraba Ellington de vez en cuando.

Sabía que él la quería sin reservas y se sentía mal por ser tan fría con él durante el día pasado. Sabía que tenía que ver con sus inseguridades y su miedo a casarse, pero no había tiempo de meterse en eso por ahora. Quizá de camino a casa, después de que resolvieran este caso.

Si resolvemos este caso en absoluto, pensó.

Estaba a punto de salir de la sala y preguntar si había alguna nueva información sobre el caso de la desaparición de Daisy Walker cuando entró Rising a la sala. Llevaba una sola nota en un Post-it en la mano, que depositó sobre el escritorio que había entre ellos.

“Veintiséis sitios por el momento, y estos son los dos que no están en la lista del asesino que ofrecen unidades pequeñas”, dijo. “Una de ellas está a unas treinta millas, al otro lado de Redmond. La otra está en el centro en alguna parte… y resulta que es uno de los lugares que se ha negado a cerrar mientras realizamos la investigación. Y debido a su mala actitud, no me dio un nombre para la unidad, aunque me dijo que la habían pagado en metálico”.

“¿Ya hay agentes en la escena?, preguntó Mackenzie.

“No. Nos vamos a encontrar allí en grupo como en una hora para dividir el terreno y montar turnos”.

“Empezaremos con el que está en el centro, entonces”, dijo Mackenzie. “¿Puedes hacer que alguien se pase por el de Redmond para echarle un vistazo?”.

“Claro que sí”.

Mackenzie no perdió ni un segundo en ordenar la mesa, que estaba repleta de archivos y notas. Ellington y ella salieron apresuradamente de la sala. Al hacerlo, Mackenzie se dio cuenta de que no solo estaba exhausta, sino que estaba empezando a sentirse ligeramente enferma. Trató de recordar si había tomado algo para desayunar, y apenas podía acordarse. Este maldito caso… realmente le estaba afectando. Tenía que recomponerse… y calmarse.

Seguramente debería visitar a un loquero o un médico cuando vuelva a DC, pensó mientras se aproximaban a su coche. Y entonces, a la cola de eso, volvió la terrible corazonada que había tenido antes… una a la que no quería enfrentarse teniendo en cuenta hacia donde se dirigían potencialmente Ellington y ella en la ciudad.

Se lo guardó todo para sí misma, aunque dejó que Ellington condujera. Y mientras veía la ciudad pasar por delante de sus ojos, se quedó mirando fijamente a Ellington. Pensó en él como en su marido y se dio cuenta de que era algo que deseaba con toda su alma. Solo que, ahora que estaba tan cerca de hacerse realidad, estaba un poco asustada.

Había muchas cosas que le asustaban, a decir verdad. Solo esperaba estar ocultándolo bien de Ellington en vez de utilizar sin intención ese miedo para alejarle de ella.

Con un movimiento casi subconsciente, Mackenzie se puso la mano sobre el abdomen mientras Ellington les llevaba hasta el centro de la urbe.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Llegaron a Roy's Storage poco después de las tres de la tarde. Estaba situado en un viejo aparcamiento, rodeado de unas vallas de metal negro. Los negocios en la vecindad eran una barbería y lo que parecía ser una panadería abandonada hace ya tiempo o algo parecido.

Había un taller de reparación de automóviles al otro lado de la calle, con una de sus entradas bloqueada por neumáticos. No llegaba a ser lo que algunos llaman la "mala zona de la ciudad", pero se le acercaba mucho.

Entraron al aparcamiento y aparcaron delante de la oficina principal. Había otros dos vehículos allí. Sin perder tiempo, caminaron directamente al interior donde se encontraron con un hombre, supuestamente Roy, el propietario, sentado detrás de un mostrador.

"¿Puedo ayudaros en algo, amigos?", preguntó.

Ellington le enseñó su placa e hizo las presentaciones. Roy suspiró y sacudió la cabeza. "¿De verdad llamó la policía a los federales porque me negué a cerrar mi negocio?".

"En absoluto", dijo Ellington. "Sin embargo, nuestra investigación nos ha llevado a creer que puede que sea Buena idea echar otro vistazo a las instalaciones que ofrecen unidades más bien pequeñas".

"¿Puedo preguntar por qué?".

"No", le espetó Mackenzie. "Lo cierto es que agradeceríamos algo de cooperación por su parte. ¿Puede decirnos cuántas de sus unidades son de tamaño pequeño? Estamos buscando unidades de menos de 10x10".

Pareció examinarla de una manera que le hizo pensar a Mackenzie que, si Ellington no estuviera allí, podía ponerse más grosero con ella. Entonces Roy les volvió a mirar, primero al uno, luego al otro, y soltó una risotada. Buscó algo debajo del mostrador y agarró el llavero que estaba cargado con treinta llaves por lo menos.

"Las llaves con el cable amarillo son de las unidades pequeñas. Son las que están más cerca del aparcamiento".

“Gracias”, dijo Ellington, tomando el llavero. “Trataremos de ser lo más rápidos que sea posible”.

Volvieron a salir afuera y rodearon el edificio de la oficina. Las unidades eran cobertizos básicos de almacenamiento, situados a un par de metros de distancia entre ellos. Como había indicado Roy, las más pequeñas eran las más cercanas a ellos. Parecían estar en bastante buen estado; si el lugar y el aparcamiento no hubieran parecido tan lúgubres y baratos, casi hubieran parecido unidades aptas para una instalación más cara.

A medida que se aproximaban al primer cobertizo, marcado como A1, Ellington repasó las llaves en busca de una con cabezal Amarillo. Tenía una tira de cinta amarilla encima y la leyenda A1 escrita en ella.

Ellington abrió el cerrojo de la puerta enrollable y empujó hacia arriba. Rodó suavemente sobre sus raíles y reveló un espacio que habían abarrotado de cosas. Había una vieja barbacoa, dos bicicletas anticuadas, varias cajas de cartón, pales para la leche llenos de CDs y DVDs, un poco de todo. Incluso aunque hubieran sospechado que había un cadáver escondido en esta unidad, una mirada les dejó claro que no había suficiente espacio para almacenar algo así.

Mientras Ellington volvía a bajar la persiana, Mackenzie captó un ligero movimiento por el rabillo del ojo en la zona de la oficina. Mientras entraban, alguien más había aparcado allí. Conducía una camioneta Ford de reparto y había aparcado directamente junto a su coche. El conductor había abierto la puerta y estaba mirando hacia donde estaban ellos. Parecía que se hubiera estado preparando para salir de la camioneta para a lo mejor ir a la oficina o caminar hacia los cobertizos de almacenamiento. Pero se había detenido, y seguía parado detrás de la portezuela abierta de la camioneta, congelado mientras les miraba desde la distancia.

“Ellington”, dijo en voz baja. “Mira”.

Ellington le siguió la Mirada y también vio al hombre. Llevaba una gorra de béisbol, que le cubría la frente. Se la colocó todavía más abajo de su entrecejo y bajó la cabeza mientras se volvía a montar en la camioneta.

“¡Disculpe!”, gritó Mackenzie. “Señor, ¿podemos hacerle unas cuantas preguntas?”.

Él la ignoró y cerró la portezuela. Entonces Mackenzie miró a Ellington y se comunicaron sin decir palabra. Ellington comenzó a

caminar a toda prisa hacia delante, mientras Mackenzie iba más lentamente por detrás de él.

Ellington había dado unos cuantos pasos antes de que la camioneta arrancara. Ellington elevó su placa en el aire, gritando "¡FBI!".

Al conductor le dio igual. Dio marcha atrás a toda prisa, casi chocando con un coche que pasaba por allí. Un bocinazo quebró la media tarde, haciendo que el conductor pisara los frenos con fuerza. Esa era la oportunidad que estaba esperando Ellington. Se echo hacia delante, con la mano sobre la culata de su Glock.

Mackenzie aceleró el paso, lista para montarse en su coche y salir en persecución de la camioneta si era necesario.

Ellington alcanzó la camioneta justamente cuando el coche que casi se había chocado con ella giró bruscamente por detrás de la camioneta. Agarró el asa de la portezuela, pero estaba cerrada por dentro. Golpeó la ventanilla con ganas; Mackenzie podía adivinar que estaba perdiendo la paciencia.

Mientras corrió para ayudarle, tomó nota de la matrícula y la memorizó.

Y entonces fue cuando escuchó el disparo.

Ellington gritó y se tambaleó hacia atrás, cayendo al suelo. Por un instante, el corazón le dio un vuelco a Mackenzie mientras agarraba su arma reglamentaria. La sacó de inmediato al tiempo que absorbía la escena en una décima de segundo.

El conductor le había disparado a través de la ventana. Había cristales por todas partes, también sobre el cuerpo de Ellington, que se estaba moviendo, en busca de su arma. Mackenzie vio cómo el conductor sacaba de Nuevo el brazo por la ventana para volver a disparar.

Mackenzie se movía como si estuviera en su posición natural. Elevó el arma y apuntó una pulgada a la izquierda de la silueta del conductor. No quería matarle, solo asustarle. Disparó y el tiro atravesó el parabrisas dejando un círculo perfecto.

El brazo del conductor se metió dentro y la camioneta salió a toda pastilla la carretera. Oyeron el sonido de neumáticos derrapando y de la bocina mientras la camioneta volvía a meterse en la carretera y

aceleraba para salir de allí.

Mackenzie se echó a correr, con un nudo en la garganta. Por favor que esté bien, por favor… Ese pensamiento recorría su mente en una corriente continua mientras se aproximaba donde estaba Ellington. Vio cómo se sentaba lentamente y, lo más importante, no vio sangre por ningún lado.

"¿Te ha dado?", preguntó, reprimiendo las lágrimas.

"No. Debe de estar desorientado o con prisas. Tuve una suerte del demonio".

"¿Puedes levantarte?".

Ellington asintió y se fueron corriendo a su coche. Sin discusión alguna, Mackenzie se sentó al volante. Otra de las bromitas privadas entre ellos era que Mackenzie era mucho mejor conductora que Ellington. Eso, combinado con el hecho de que habían estado a punto de dispararle en la cabeza, lo hizo muy fácil.

Mientras salían a toda pastilla del aparcamiento, Roy salió de la oficina, chillándoles alguna cosa. Estaba obviamente enfadado porque había habido un tiroteo en sus instalaciones. Mackenzie le ignoró y enderezó el rumbo del coche en la carretera. Vio la camioneta negra más adelante, que acababa de pasar un semáforo que se estaba poniendo ámbar.

Mackenzie pisó el acelerador y soltó la bocina. A su lado, Ellington se estaba poniendo el cinturón de seguridad lentamente. “Cuidado”, le dijo.

“Siempre”, contestó Mackenzie entre dientes.

“¿Te quedaste con la matrícula de ese imbécil?”, preguntó.

“Así es. ¿Puedes llamar a Rising?”.

Mientras Ellington sacaba el teléfono, Mackenzie cruzó el semáforo, ahora en rojo, a toda velocidad. Su bocina había alertado a todo el que se estuviera acercando al semáforo, pero, aun así, tuvo que girar bruscamente a la izquierda para evitar golpear otro coche. Enderezó el coche justo a tiempo de ver cómo la camioneta daba un giro a la derecha al final de la manzana. La parte de atrás dio un salto sobre el pavimento, y casi se lleva un transeúnte por delante.

Mientras Mackenzie aceleraba hasta esa salida, Ellington se había puesto a hablar con Rising por teléfono. Mackenzie se enfocó en su parte de la conversación mientras conducía, esperando estar enterada de todo sin necesidad de que él se lo repitiera mientras trataba de alcanzar al hombre de la camioneta, un hombre que asumía era el asesino.

“Rising, estamos persiguiendo una camioneta Ford que acaba de girar en Wythe Street. El conductor me disparó cuando tratamos de detenerle en Roy’s Storage. Necesito que envíes unidades a ayudar ahora mismo. La matrícula de la camioneta es…”.

Mackenzie recitó el número en voz alta mientras daba el giro. La camioneta, entretanto, les había sacado delantera de alguna manera. Estaba a unos cincuenta metros de distancia por delante de ellos. A medida que aceleraba detrás suyo, la camioneta pasó de largo un semáforo en rojo, deteniendo en seco las líneas del tráfico a ambos lados. Un coche estaba de culo y otro estuvo a punto de empotrarse en una camioneta llena de patos.

Mackenzie presionó su bocina, sabiendo que cuanto más tiempo continuara la persecución, más aumentaban las posibilidades de tener un accidente. También se saltó el semáforo en rojo. Por delante, la camioneta negra dio otro giro. Mackenzie Pisó el acelerador a fondo. El coche se lanzó hacia delante y ganó algo de terreno. Cuando tomó ese mismo giro, la camioneta estaba a unos treinta metros de distancia.

Mackenzie la observe mientras atravesaba un semáforo, que estaba en verde para varias. Pero, cuando lo cruzó y Mackenzie lo alcanzó, se puso en ámbar. Mackenzie siguió presionando su bocina, pero no pareció registrar al conductor de la camioneta roja que se le estaba acercando por la derecha. Cuando la luz se puso en rojo delante de Mackenzie, se puso en verde para la camioneta que había llegado a la intersección. Empezó a pasar lentamente, moviéndose a un ritmo que la iba a colocar justo delante de Mackenzie.

"¡Détente!", gritó Mackenzie.

Por supuesto, el conductor no le escuchó.

No le quedó más remedio que pisar los frenos cuando la camioneta llegó a la intersección. Todavía presionado la bocina, Mackenzie avanzó de Nuevo, dirigiéndose a la intersección. Cuando la pasó, vio un tramo derecho de carretera con unos cuantos coches, pero no podía ver la camioneta negra por ninguna parte.

"Maldita sea", dijo Mackenzie.

"Está bien", dijo Ellington. "eso fue toda una lección de conducción temeraria". Entonces sacó su teléfono y volvió a llamar a Rising. En unos cuantos segundos, estaba poniéndole al día de todo. "Le hemos perdido en la intersección de Nelson con la Quinta. Mira a ver si puedes montar algún tipo de perímetro, ¿te parece?".

Terminó la llamada al tiempo que Mackenzie hacía un giro en U en la siguiente intersección.

"¿De regreso a Roy's Storage?", preguntó Ellington.

"Sin duda alguna. Quiero ver lo que este tipo tiene tanto miedo de que veamos".

"¿También piensas que se trata del asesino?".

"Si no es nuestro asesino, sin duda es algún tipo de asesino, Mierda… Ellington, ¿te encuentras bien?".

"Sí, la adrenalina todavía está fresca".

"¿Le echaste una buena ojeada?".

"No, solo le vi la mandibular y la boca, fue muy listo. No me miró ni una sola vez, si siquiera cuando estaba apuntándome por la ventana

para dispararme. A propósito, buen disparo por tu parte. Me salvaste la vida, ¿sabes?”.

“Encantada de hacerlo”, dijo. Era un comentario común, pero era todo lo que se las arregló para decir en ese momento, ya que sentía que estaba a punto de ponerse a llorar. “Ahora vamos a ver lo que escondía ese imbécil”.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Para cuando regresaron a la unidad, la policía de Seattle ya estaba persiguiendo la camioneta negra Ford. Esta vez, Mackenzie se saltó la oficina principal y el aparcamiento, yendo derecha al pasillo pavimentado que había entre las unidades. Miró por el espejo retrovisor y vio a Roy, que salía a todo correr de la oficina detrás de ellos.

Mackenzie aparcó el coche a mitad de camino del sendero y se bajó del coche. Ellington se unió a ella, sacando el llavero que le había dado Roy antes. Mackenzie se preguntó si esa era l fuente de su irritación, que habían salido a toda prisa de su propiedad con sus llaves de repuesto.

"¿Qué diablos ha pasado?", preguntó Roy al alcanzarles. Tenía el rostro enrojecidos de ira y de preocupación. Parte de Mackenzie casi esperaba que dijera algo fuera de tono para poder cantarle las cuarenta.

"Uno de tus clientes me disparó, eso es lo que pasó", dijo Ellington. "Y menos mal que tenía prisa por largarse, o hubieran tenido que limpiar mi cerebro del pavimento".

"Ha recibido una llamada de la policía por la mañana, preguntándole por el tamaño de ciertas unidades, ¿no es cierto?", preguntó Mackenzie.

"Sí… preguntaron por las pequeñas".

"Estamos buscando a un asesino", dijo Mackenzie. "Y tenemos razones para pensar que está utilizando cobertizos de almacenamiento, de los pequeños".

"¿Utilizándolos para qué?".

Mackenzie sacudió la cabeza. No estaba por la labor de contarle todos los detalles a este tipo. "Por favor… deje que hagamos nuestro trabajo. Les dijo a los agentes que tenía unidades más pequeñas y que algunas de ellas las habían pagado en metálico, ¿cierto?".

"Bueno, solo dos de ellas".

"¿Alguna de ellas ha sido alquilada con el nombre de Mark

Riley?”.

Sintiendo que ahora estaba en una situación candente, Roy se puso las manos en las caderas y miró por detrás de los agentes, hacia los cobertizos. “Sí. Unidad 4B”.

“Gracias”, dijo Mackenzie, que ya se había dado la vuelta y caminaba hacia las unidades.

“¿Tengo que preocuparme de algo?”, preguntó Roy, ahora claramente asustado.

Ojalá lo supiera, pensó Mackenzie mientras Ellington y ella corrían hasta la unidad 4B. Tenía que reconocer su admiración por Ellington; para haber recibido un tiro en la cara hacía menos de quince minutos, sin duda alguna seguía estando bien alerta. Quizá estaba más determinado ahora, empujado hacia delante con una especie de vendetta personal.

En 4B, se detuvieron y Ellington insertó la llave en la cerradura. La cerradura estaba incorporada al lateral de la persiana y cuando la giró, la persiana pareció ceder un poco. Mientras empujaba la persiana por sus raíles, Mackenzie sacó su Glock. Sabía que era una tontería; si había algo allí, probablemente sería un cadáver. Aun así, después de lo que habían experimentado esa tarde, no estaba dispuesta a arriesgarse.

La persiana se enrolló hacia arriba, revelando una unidad básicamente vacía. En la parte de atrás, había dos cajas de cartón volcadas. Dentro de una de ellas había unos fragmentos de algo de porcelana. Probablemente una tetera.

Sin embargo, acurrucada en la esquina opuesta había una caja de cebos, del tipo que un pescador principiante se podía llevar a un río o un lago. Ellington caminó lentamente hacia ella, mirando a Mackenzie como para decirle que estaba todo bajo control, que iba a tener cuidado. Se agachó para ponerse en cuclillas y destrabó la tapa. Cuando la abrió, se puso de pie y dio un salto hacia atrás.

“Maldita sea”, dijo.

Mackenzie se unió a él y miró dentro de la caja para cebos. Había tres cuchillos. Uno había sido claramente muy usado, la hoja estaba empapada de sangre reseca con salpicaduras en el asa.

“Creo que podemos decir con certeza que es uno de estos”, dijo Ellington.

“Pero la cuestión es la de si tenía intención alguna de colocar un cuerpo dentro de ella”, dijo Mackenzie.

Los dos miraron alrededor suyo, intentando imaginarse un cuerpo sin vida en el suelo. Los habían visto tantas veces los últimos días que no les resultaba muy difícil hacerlo.

“Diablos”, dijo Ellington, “no hay manera de saberlo de seguro. Sabemos que no tiene ningún problema dejando los cadáveres dentro de las unidades de las víctimas. Lo ha hecho en una ocasión. No hay pauta alguna en ello, no…”.

El sonido de su teléfono interrumpió ese pensamiento. Lo respondió deprisa, mientras continuaba mirando por la unidad como si fuera un cliente potencial del complejo

“Al habla Ellington.”

Mackenzie escuchó su parte de la conversación, aunque consistió principalmente en una serie de claros y vales. Miró las cajas vacías, y su presencia le hizo pensar que, en algún momento, había habido otra cosa allí. Quizá el asesino había tenido aquí a muchas de sus muñecas y artículos de té. Quizá las movía constantemente de una unidad a otra por si acaso le pillaban o se le pasaba algo por alto. Era un juego inteligente por su parte, pero, en este caso, puede que fuera un enorme error por su parte.

Al menos, eso era lo que esperaba.

Ellington terminó la llamada con un aspecto de estar perdido en sus pensamientos. “ese era Rising. Encontraron la camioneta, pero el conductor no estaba por ninguna parte. Estaba como a unas dos millas de donde le perdimos la pista, empotrado contra una farola”.

“¿Y no había señales del conductor en absoluto?”.

“No, pero comprobaron la matrícula. La camioneta pertenecía a alguien llamado Brian Dixon. No sé por qué, pero ese nombre me resulta muy familiar”.

En la cabeza de Mackenzie, algo encajó. Finalmente, algún avance…

“Ese es el novio del caso de la desaparición de Daisy Walker”.

“¡Es cierto!” Le miró como si acabara de recordar las letras de una

canción olvidada del pasado, y las palabras finalmente estuvieran surgiendo en su cabeza. “Pero… espera. ¿Dixon es el asesino?”.

“Lo dudo. No… creo que no. Eso no me encaja”.

“Parece la solución más imple ahora mismo”, dijo. “la madre de Daisy Walker denuncia su desaparición. Una madre que admite abiertamente que su hija se pasa todo el tiempo con su novio. Una camioneta que pertenece a ese novio entra a un complejo de almacenamiento en el que estamos por casualidad y entonces el conductor intentó volarme la cabeza. Si es el asesino, quizá también matara a su novia. Quizá matara a Daisy”.

Pero, incluso mientras lo decía todo en voz alta, Mackenzie sabía que hasta él estaba empezando a ver que no tenía mucho sentido.

“Lo único que tenemos que hacer es encontrar las huellas digitales en la camioneta”, dijo Mackenzie. “también en esta unidad. Una investigación exhaustiva de la casa de Dixon seguramente acabaría proporcionando algún tipo de documento al menos para una de las unidades. Eso si es él el asesino. Lo cual dudo mucho”.

“Rising dice que los del equipo forense vana a estar aquí en media hora para buscar huellas”.

“Cuando lleguen aquí, propongo que vayamos a mirar la casa de Dixon. Por si acaso”.

“Y después nos unimos a la persecución del conductor de la camioneta”.

“¿En base a qué, exactamente? ¿A tu descripción de la gorra que llevaba puesta y el ángulo de su mandíbula? Odio decirlo, pero a menos que saliera herido cuando se chocó con esa farola, se nos ha escapado”.

“Sí, probablemente…”.

“Entonces, en vez de ir en busca de él, necesitamos encontrar más información. Sinceramente creo que el hecho de que el asesino estuviera conduciendo la camioneta que pertenece al novio de Daisy Walker viene a confirmar que ella es su próxima víctima. Entre Daisy, la camioneta, esta unidad, y todo lo que ya tenemos, deberíamos ser capaces de avanzar. Quizá enterarnos de dónde estaría él si tuviera que esconderse”.

“Si no tiene ya un plan para salir de la ciudad cuando las cosas se pongan feas”, añadió Ellington.

“No nos podemos permitir pensar en esos términos”, dijo Mackenzie.

“Lo sé, es que me está resultando de lo más frustrante”.

“A mí también”.

Claro que, para Mackenzie, se trataba de algo más. Saber que había una mujer ahí fuera, que quizá siguiera con vida, que quizá no hubiera recibido esa sentencia de muerte de una puñalada, le sacaba de quicio. Lo único que necesitaban era un empujón en la dirección adecuada para, potencialmente, salvar su vida.

Y en su imaginación vio a esa mujer, supuestamente Daisy Walker, tumbada en el suelo de hormigón con una mordaza en la boca, y atada por los pies y las piernas. Se estaba revolviendo y mirando la parte interior de la persiana de la unidad, preguntándose si alguien la iba a ayudar.

Y lo cierto es que no era más que una de esas muñecas sin vida que les habían estado provocando, con sus ojos vidriosos y sus miradas desesperadas.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

La tarde transcurrió entre una neblina lluviosa. El equipo forense apareció por Roy's Storage y dio comienzo a su proceso. Mackenzie y Ellington salieron de allí para ir a casa de Shelby Walker. Esa era una visita que Mackenzie no estaba deseando hacer. No iban a hacer más que confirmar que su hija podía encontrarse en grave peligro, un peligro que podía desembocar en su muerte.

Mackenzie intentó llamar antes de pasar por allí, pero Shelby no les respondía al teléfono. Atravesaron su mente varias posibilidades estremecedoras, pero hizo lo que pudo para controlarse. Este caso había sido de lo más difícil en cuestión de controlar su imaginación. Y ahora que el corazón de una madre y posiblemente su salud mental estaban en juego, tenía que mantener la profesionalidad.

Llegaron a casa de Shelby Walker a las 6:12 de la tarde. Mackenzie se sintió increíblemente triste cuando vio que la señora Walker seguía sentada en el porche, prácticamente en la misma posición en que la habían dejado esa misma mañana. Cuando observó cómo aparcaban su coche junto a la curva, se puso de pie y se llevó la mano a la boca como si quisiera reprimir un grito.

En el momento que Mackenzie se apeó del coche, hizo lo que pudo para calmarle. "No es lo que puede parecer", dijo Mackenzie. "Solo tenemos unas cuantas preguntas más y quizá alguna información que pueda resultar útil".

Shelby Walker parecía sentirse muy escéptica, ojeando a los agentes como si la pudieran atacar si subían al porche. Aun así, asintió hacia las escaleras a modo de invitación, volviendo a retomar su posición lentamente.

"¿Qué información?", les preguntó.

"Cuando vinimos hoy aquí, nos dijo que Daisy y su novio, Brian Dixon, pasaban mucho tiempo juntos. También nos dijo que generalmente llevan el coche de Brian a todas partes. Pero, ¿acaso sabe si también tiene una camioneta?".

"La tiene, pero no es más que un cacharro viejo. Rara vez lo conduce. Transporta la basura con él, ayuda con mudanzas, cosas así".

"¿Se trata de un Ford negro?", le preguntó Ellington.

“Creo…creo que sí. ¿Por qué? ¿De qué se trata? ¿Qué ha pasado?”.

“Pues formó parte de una persecución con la policía que tuvo lugar esta mañana. No creemos que Brian estuviera al volante. Parece que le robaron la camioneta”.

“¿Quién?”.

“Todavía no estamos seguros, pero tenemos razones para creer que puede que la haya robado un sospechoso en un caso de asesinato”.

La reacción de la señora Walker fue la que Mackenzie se estaba esperando. Su boca pareció contorsionarse al tiempo que soltaba un sollozo de congoja. Sus ojos se humedecieron y se llevó la mano a la boca de nuevo con el gesto universal del sufrimiento.

“Ahora… haga el favor de tener en cuenta… no tenemos suficientes pruebas para confirmar nada de esto. Pero, sabemos que el coche de Brian participó hoy en una cacería con la policía que acabó en un accidente. Sin embargo, el conductor no iba conduciendo cuando se estrelló”.

“Oh…”.

Eso pareció aliviarla un poco, relajándole lo más mínimo. “Puedo deciros con cierta confianza que Brian no es la clase de persona que se metería en una persecución con la policía”. Tomó una respiración forzada, como si no estuviera segura de querer abandonar su sufrimiento y sus pensamientos negativos por el momento. “No creo que jamás se haya metido en ningún tipo de problemas, excepto por un par de multas de aparcamiento”.

“¿Siempre tenía la camioneta en su casa?”, le preguntó Mackenzie.

“Oh, no lo sé con certeza. La vi delante de su garaje en una ocasión. Imaginé que la tenía allí porque su garaje estaba siempre muy desordenado”.

“¿Y no se le ocurre ningún sitio al que pudieran haber ido?”.

“No sin que Daisy me lo dijera”, dijo la señora Walker.

“Muy bien. Gracias por su tiempo”.

“Esperen… agentes, ¿creen que ese asesino tiene a mi Daisy?”.

A Mackenzie le horrorizaban esas preguntas tan directas. No estaba en contra de adornar la verdad para tranquilizar a otra persona, pero odiaba tener que mentir, así que hizo lo mejor que pudo con lo que tenía en ese momento.

“Es demasiado pronto como para saberlo. Por el momento, creo que el hecho de que haya desaparecido junto a su novio es buena señal. Sin duda alguna, no hay razón para perder la esperanza”.

De nuevo, observó cómo la señora Walker se relajaba. Aun así, una única lágrima se le escapó del rabillo del ojo y Mackenzie pudo adivinar que la pobre mujer se había pasado la mayor parte del día asumiendo lo peor”.

“¿Creéis que la vais a encontrar?”, preguntó la señora Walker.

Una vez más, como no quería decir una mentira, Mackenzie hizo lo mejor que pudo. “Sin duda alguna, vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos”.

Sonaba a derrota. Esperaba que la señora Walker no la hubiera oído y no se arriesgó a mirarla de nuevo a la cara mientras Ellington y ella regresaban a su coche, dejando a Shelby Walker con más preguntas que respuestas por segunda vez en el mismo día.

***

Pasaron la hora siguiente revisando la casa de Brian Dixon. Era una casa sencilla pero pintoresca de una sola planta ubicada a tres millas de distancia de la casa de Shelby Walker. Mostraba señales de cohabitación, que eran claramente de una pareja que estaba unida pero que aún no se había casado. Los champús y los jabones estaban entremezclados en la ducha. Los libros y DVDs que había en la sala de estar eran increíblemente variados y no estaban fuera de la vista. El peine de Daisy reposaba sobre la mesita de noche a la izquierda, mientras que en la de la derecha había un MacBook cargándose.

Lo que la casa no les ofrecía era ninguna indicación de que Brian Dixon hubiera alquilado jamás una unidad de almacenamiento. Hasta cuando Ellington abrió la cerradura de uno de los cajones más bajos en un armario archivador en el despacho de Brian, no encontró nada. Sin embargo, sí que había un folleto de anillos de boda. Al ver que

Brian había enmarcado con un círculo rojo dos de ellos, Mackenzie se puso más triste de lo que debía.

El último sitio en el que miraron fue el garaje. Shelby Walker no les había tomado el pelo: el garaje era un desastre mal disimulado. Había un poco de todo, y algunas de las cosas no tenían sentido en absoluto: equipo deportivo, una parte de un maniquí de unos grandes almacenes, una pequeña colección de botellas de vidrio, un viejo estéreo, y cajas llenas de decoraciones para todas las festividades, hasta para el día de San Patricio.

"Creo que podemos decir con seguridad que, si hay alguien que necesite una unidad de almacén, es este chico", dijo Ellington.

"Pero creo que el hecho de que este garaje esté tan abarrotado indica que no es así. Por no mencionar que no había señales de ello adentro".

"Así que Brian Dixon no es nuestro asesino. Lo que significa que sin duda alguna le robaron la camioneta, y es más que probable que lo hiciera nuestro asesino".

"Eso es lo que parece".

"Tenemos que regresar a comisaría para ver qué tienen los del equipo forense. Si pudieran conseguir aunque solo fuera una huella clara de la camioneta o de la unidad…".

"Claro, mantener la esperanza no nos va a hacer daño", dijo Mackenzie.

Salieron de la casa cuando el crepúsculo se convirtió en noche. De camino hacia su coche, Mackenzie extendió la mano y agarró la de Ellington. Le dio un apretón y le sonrió levemente.

"Me alegro de que no te matara ese tipo", dijo.

"Claro, yo también. No te voy a mentir… pensé que me había meado en los pantalones durante un segundo".

Mackenzie quería tratar de expresarle lo preocupada que se había sentido al escuchar el disparo y ver cómo caía al suelo. Durante un momento, tuvo la certeza de que lo había perdido y su corazón no había sido capaz de entenderlo, de asumirlo. Sin embargo, admitir algo así significaría mostrar vulnerabilidad, y como estaban tan cerca de la boda, por no mencionar que se acababan de pelear, no quería

ponerse a sí misma en esa posición.

Se alejaron de la casa de Brian Dixon y mientras Mackenzie miraba de nuevo a la casa por el espejo retrovisor, le sobrevino una certidumbre que le heló la sangre. Quizá fuera la intuición femenina o el sentido del instinto adicional que estaba desarrollando como agente. Fuera lo que fuera, la noche pareció invadirla, con la certeza de que Brian Dixon no iba a volver a pisar su casa y de que Daisy Walker estaba en un grave aprieto… si no estaba ya muerta.

CAPÍTULO TREINTA

De vuelta en comisaría, había una tensión en el ambiente que le hizo pensar a Mackenzie que había una bomba en alguna parte del edificio que podía explotar en cualquier instante. Además del asesino de las unidades de almacenamiento, también había varios policías ocupados con una redada de heroína que iba a tener lugar esa misma noche. Se había corrido la voz de que Ellington casi había palmado y la mayoría de los agentes en el edificio le miraban con una expresión casi de reverencia.

Cuando entraron a la sala de conferencias, Rising estaba allí con dos de los agentes que ya les habían estado ayudando el día anterior: Dentry y Willard. Dentry estaba al teléfono, acurrucada en el rincón de la sala. En base a los pedazos de la conversación que pudo captar Mackenzie, estaba hablando con alguien de la oficina del forense.

“¿Tuvisteis suerte por vuestro lado?”, les preguntó Rising cuando entraron.

“No”, dijo Ellington. “Aunque tenemos bastante confianza de que podemos eliminar a Brian Dixon como el asesino. No había nada en su casa que indicara ninguna relación con los asesinatos. No hay señales de alquileres de unidades, ni señales de alarma en su casa… nada”.

“Y el garaje que tiene abarrotado también apunta al hecho de que ni siquiera ha pensado en utilizar una unidad de almacenamiento”, añadió Mackenzie.

“¿Así que le robaron la camioneta?”, preguntó Rising.

“Eso es lo que creemos”.

Entonces pusieron a Rising al día de la conversación que habían tenido con Shelby Walker y su examen de la casa de Dixon. Cuando le informaron de que Brian Dixon era el novio de Daisy Walker, el rostro de Rising se iluminó con una expresión de entendimiento.

“Así que hay muchas probabilidades de que Walker sea su próxima víctima”, dijo.

“Esa es nuestra teoría”, asintió Mackenzie.

“¿Y qué hay de Dixon? ¿Creéis que le han matado por pura mala

suerte? En fin, el asesino tuvo que conseguir esa camioneta de alguna manera”.

“Esa es otra pregunta a la que vamos a tener que encontrar la respuesta”, dijo Ellington.

Los tres se quedaron de pie alrededor de la mesa, dejando que un breve silencio pululara a su alrededor mientras procesaban todo esto. El silencio no duró mucho, para ser honestos. Dentry terminó con su llamada y se volvió lentamente hacia ellos. La expresión en su rostro indicaba que las noticias que tenía que darles no eran de las buenas.

“Ese era Rodgers, de la oficina del forense”, dijo Dentry. “No había huellas en la unidad de almacenamiento”.

“¿Ni una?”, preguntó Rising.

“Eso es lo que me dicen. Había una fracción de una huella en una de las cajas de cartón, pero está tan deteriorada que no creen que puedan obtener ninguna lectura de ella”.

“¿Y qué hay de la camioneta?”, preguntó Mackenzie.

“Había varias huellas en la camioneta, pero en base a lo limpia que estaba la unidad, prácticamente todo el mundo en la escena espera que esas huellas pertenezcan a Brian Dixon.”

“¿Cuánto hemos de esperar antes de tener resultados?”.

“Hasta mañana a primera hora”, dijo Dentry.

“Y espero que entendáis que”, dijo Rising, “con todo esto de la redada de la heroína y las unidades que han salido de patrulla, no podemos ofrecer mucho más personal que este”.

“Puede que tengamos que considerar llamar a DC para que asignen unos cuantos agentes más en este caso”, dijo Ellington. “Quizá podamos obtener uno o dos agentes de la oficina de campo de Seattle”.

“Eso no es mala idea”, dijo Rising.

“Llamaré a McGrath”, dijo Ellington.

La mirada que le lanzó a Mackenzie era una que se parecía mucho a la sensación de derrota. Llamarle a McGrath significaría admitir que este caso les había resultado demasiado… este, que era el último caso

en el que iban a trabajar juntos como pareja. Mackenzie casi le discute la idea de hacer la llamada; si no llega a haber una vida en la balanza, puede que lo hubiera hecho. Sin embargo, en este momento, podía dejar de lado su orgullo. Ahora mismo, lo más prioritario era encontrar al asesino o a Daisy Walker.

Ellington salió de la oficina, dejando a Mackenzie con Rising y los dos agentes que le asistían. Echó un vistazo al lío que había sobre la mesa, los archivos, las fotos impresas, las fotografías de la escena del crimen. Entonces miró la pizarra blanca, y las notas y garabatos que se habían ido apuntando durante los últimos días.

Todo esto tiene que tener algún sentido, ¿verdad?, pensó. Esto ha de tener un final en alguna parte. En todas estas notas y carpetas, está la respuesta. Solo la tengo que encontrar.

Pero entonces se le ocurrió otro pensamiento, uno que empezó a resonar como un antiguo platillo oxidado dentro de su cabeza.

¿Y si todavía no tienes toda la información? ¿Y si hay algo más que tenemos que encontrar?

Fue esa idea, revoloteando como un insecto por su cabeza, la que le hizo salir de la sala de conferencias. Algo se le había escapado, se le había pasado por alto. Quizá se debiera a su discusión con Ellington o quizá fuera el hecho de que este caso le estaba afectando por alguna razón que no era capaz de identificar. O a lo mejor estaba preocupada con la boda o con la extraña manera en que se había estado sintiendo desde que habían aterrizado en Seattle.

Había un sinfín de razones que podían estar haciendo que se le pasaran las cosas por alto, pero al final no eran más que excusas. Y ella estaba más allá de todo eso. Siempre lo había estado.

¿Qué nos falta? ¿Qué es lo que no vimos?

"¿Estás bien?".

Mackenzie apenas era consciente de que había estado vagabundeando por los pasillos, perdida en sus propios pensamientos. La voz era la de Ellington que se le acercaba por detrás.

"Sí", dijo ella. "Solo estaba pensando. ¿Qué te dijo McGrath?".

"Me preguntó qué tareas les asignaríamos a los agentes adicionales. Le dije que ayudarían a la policía local en la caza del

asesino y la búsqueda de Brian Dixon y Daisy Walker, además de en cualquier investigación de escenas del crimen. Como tenemos una descripción muy pobre del hombre que conducía la camioneta, dudó un poco antes de ceder, pero va a llamar a la oficina de campo de Seattle dentro de poco. Cree que podremos obtener algo de ayuda desde mañana por la mañana".

"Supongo que eso es mejor que nada".

"Exactamente". Se detuvo y le miró a los ojos con intención. "Mac… en serio. ¿Qué te pasa?".

"No lo sé. Creo que es solo que estoy cansada. Muy cansada. Y estresada. La boda, este caso, tu madre, nuestra pelea, en fin… es demasiado a la vez. Y detesto que nuestras rencillas personales estén interfiriendo con nuestro trabajo".

"Lo entiendo", dijo él. "De veras que sí. Mira… ya son más de las nueve. ¿Por qué no regresas al hotel y te vas a dormir pronto? En base a lo que dijo Dentry sobre los resultados del forense, seguramente vamos a tener que esperar hasta mañana por la mañana".

Normalmente, Mackenzie hubiera mostrado su desacuerdo con esa propuesta, pero sabía que tenía todo el sentido. Lo único que podía hacer aquí era repasar los archivos que ya había repasado una docena de veces mientras esperaba cualquier llamada que pudiera provenir de los policías que estaban en la calle, buscando activamente cualquier señal de un asesino o de la pareja desaparecida.

"Creo que puedo hacer eso", dijo. "Lo mismo te digo a ti, claro está. No te quedes demasiado tiempo por aquí. Mañana tenemos un largo día por delante. Solo prométeme que me llamarás si tienes alguna novedad".

Ellington echó un vistazo a ambos lados del pasillo y entonces, al ver que no había moros en la costa, le dio un beso en la frente. "No tardaré mucho. Ve por delante y duerme un poco".

Le dio un suave empujoncito hacia el otro lado del pasillo, donde estaba la recepción. Le hizo un gesto de despedida con la mano y después se dirigió a la sala de conferencias. Mackenzie le observó mientras se alejaba antes de dirigirse a la recepción.

***

Mackenzie solía tener dificultades para quedarse dormida antes de las once, aunque no fuera ese el caso esta noche. Se cepilló los dientes, se quitó toda la ropa, y se metió a la cama. Pensamientos relativos al caso trataban de mantenerla despierta, pero el sueño le tiraba mucho más. Se quedó dormida en cinco minutos después de cubrirse con la colcha, menos de cuarenta y cinco minutos después de despedirse de Ellington en los pasillos de la comisaría de la policía local.

Mientras dormía, tuvo un sueño. Eso no era nada novedoso, ya que las pesadillas le habían asaltado desde una tierna edad. Esas pesadillas ya no parecían ser solamente sobre su padre. Esas habían ido disipándose una vez resolvió el caso de su muerte y se las arregló para seguir adelante con su vida.

Aun así, de vez en cuando tenía algún sueño que reflejaba algún tipo de trauma, ya fuera de su pasado o de su presente.

El sueño que le atravesó la mente como un tsunami esa noche en Seattle no fue distinto.

Aunque su padre rara vez hacía aparición, esos malditos maizales seguían jugando un papel con más frecuencia de la que debieran. Era como si los tallos y las vainas se hubieran entrelazado con su subconsciente. El Asesino del Espantapájaros y los recuerdos que asociaba con él rara vez aparecían, y eso estaba bien, pero a medida que caminaba en sueños entre las filas de tallos, sabía que eso significaba que sus sueños ya no le pertenecían.

En el sueño, salía de un maizal, con tallos y seda de las vainas en el cabello y en la blusa. El maizal terminaba en lo que no era más que un terreno abierto y sucio. Había allí un solo cobertizo de almacenamiento, ligeramente inclinado y sucio. Por encima de su cabeza, el cielo era de color gris pizarra, lo que indicaba que se avecinaba una tormenta. Atravesó la unidad de almacenamiento y se encontró con que la puerta ya estaba abierta. No había nada en el interior. Ni cajas, ni contenedores, ni siquiera telas de araña o montones de polvo. Estaba totalmente vacío.

Sin embargo, cuando pasó al interior, todo eso cambió. Ya no estaba de pie dentro de una unidad cutre de almacenamiento, sino dentro de una casa. No era una casa en la que hubiera estado nunca antes. Solo era una casa común vieja y abandonada. Las paredes estaban desconchadas y agrietadas. Los muebles eran viejos, polvorientos, y estaban descuidados. Cuando atravesó la sala de estar,

vio a Rising sentado en el sofá mohoso. Le sonrió y apuntó a su derecha. Mackenzie miró en esa dirección y vio un pasillo. Parecía continuar hasta el infinito, tan largo y profundo que terminaba en un punto de oscuridad, como si mirara por un túnel muy largo.

Comenzó a caminar por el pasillo y lo encontró ocupado con lo que parecían ser cientos de puertas. Todas estaban cerradas y cada una parecía ocultar su propio secreto. Abrió una y se encontró en el suelo el cadáver de una mujer, a la que habían decapitado. En el siguiente había una rata del tamaño aproximado de un tigre, empotrada contra la pared.

La siguiente puerta a la que llegó estaba cerrada. No podía abrirla. Esto también se debía a que había una mujer gritando detrás de ella. Gritaba de terror y de dolor. Mackenzie sentía la certeza de que eran los gritos de su madre. Se alejó a toda prisa de esa puerta y se acercó a la siguiente.

Esta puerta se abrió fácilmente con un gesto de su mano. Entró a una sala en la que había estado recientemente. Era la habitación trasera de la casa que habían dado por sentado que pertenecía al asesino. Había cajas y más cajas de artículos de té y de muñecas que se habían desparramado por el suelo. Algunas de las muñecas estaban esparcidas por el piso. Había algo húmedo y pegajoso que salía de ellas, algo que se parecía a la sangre, pero mucho más exagerado.

Cuando miró hacia abajo, Mackenzie vio que había pisado esa cosa pegajosa. Estaba en sus pies y de alguna manera le estaba trepando por el tobillo, enroscándose alrededor de sus piernas.

Soltó un grito y dio un paso atrás. Al hacerlo, cada una de las muñecas que había en el suelo se incorporó y se le quedó mirando fijamente. Todas le sonreían. Una hasta se reía de esa manera tan terrorífica y robótica, de la que solo las muñecas son capaces.

Cerró la puerta y volvió al pasillo. Fue a la siguiente puerta y la abrió. La habitación al otro lado estaba vacía a excepción de una sola cosa.

Había una cuna en el centro de la habitación. Estaba rebosante de esa misma sustancia pegajosa que estaba saliendo de las muñecas. Mackenzie soltó un leve gemido al ver un bracito sonrosado saliendo de la cuna.

Se cayó hacia atrás en el pasillo, donde le vinieron a recoger unos brazos conocidos. Elevó la vista y vio que Ellington estaba allí con

ella. Intentó acercarla hacia él, pero ella se escabulló cuando le echó una buena ojeada a su rostro.

Le estaba mirando con un par de ojos de cristal, que habían salido directamente de una de las muñecas de la habitación que había algo más atrás. La mirada vidriosa parecía atravesarle todo el cuerpo y cuando le acercó más hacia él, su abrazo era puro plástico. Le sonrió y le salió la sustancia pegajosa de la boca.

"Vamos, ahora estás a salvo", le decía él. "Está bien. Estás a salvo. Estás…".

***

"…a salvo. Estás bien."

Mackenzie despertó sobresaltada con la respiración agitada. Estaba en una habitación de motel y Ellington estaba junto a ella. Tenía su mano apoyada sobre su hombro y la expresión de preocupación que tenía en su rostro le hizo sentir un poco avergonzada.

Le golpeaba el corazón en el pecho y no podía evitar que le temblaran las piernas. Echó una ojeada a la habitación, pestañeando en un intento de convencerse a sí misma de que estaba despierta… para sacarse el sueño de la mente.

"¿Tuviste otro mal sueño?", le preguntó Ellington.

Ella solo asintió con la cabeza. Entonces miró al reloj que había sobre la mesita de noche y vio que eran las 12:25. "¿Cuándo entraste?", le preguntó ella.

"A las once. Creo que me acababa de quedar dormido cuando empezaste a quejarte en tu sueño. ¿Necesitas hablar de ello?".

"De ninguna manera".

Se volvió a tumbar, sintiendo cómo el sueño se le venía de nuevo encima. No podía acordarse de la última vez que había estado tan cansada.

Solo que, en esta ocasión, no fue capaz de quedarse dormida tan deprisa. Los resquicios de su sueño le estorbaban en la mente. No

estaba asustada, pero se daba cuenta de que el sueño le había hecho daño. Cuando cayó en la cuenta de que estaba un poco dolida, movió un pie por debajo de las cubiertas y lo deslizó por encima de la pantorrilla y el tobillo de Ellington. Esa era una señal que a menudo utilizaban en su relación, una señal de que le estaba costando quedarse dormida y que necesitaba que le abrazaran. Era mucho más fácil que tomar la iniciativa de pedirlo y lo cierto es que Mackenzie White nunca había sido la clase de mujer que dijera cosas como "Necesito que me abracen" o "Quiero acurrucarme a tu lado".

Ellington le respondió adormilado. Se dio la vuelta y le puso el brazo alrededor del cuerpo. A Mackenzie le sorprendía lo rápido que su tacto le reconfortaba. Era más que el hecho de tener su brazo alrededor de ella. Era la presión de su tórax contra su espalda, su mera presencia en la cama junto a él. Respiró profundamente, disfrutando de la sensación.

Mackenzie entrelazó los dedos con la mano que había hecho aparición delante suyo y que ahora descansaba por debajo de sus senos. Ellington le dio un ligero apretón, todavía medio dormido, y Mackenzie se quedó frita. Entró y salió de su sueño durante media hora más o menos, todavía con esa cuna y la sustancia pegajosa de las muñecas en la mente. Se acercó más a Ellington, que le agarró con más fuerza con su brazo.

Era un gesto de seguridad para ambos y nada más, pero había ciertas partes de su anatomía que no lo entendieron así. Mackenzie empezó a sentir cómo él se revolvía por debajo de la cintura y como su cuerpo respondía de manera muy natural a su prometida desnuda tan apretada contra su cuerpo. Ella le respondió besándole en la muñeca y presionando ligeramente sus labios contra sus dedos, que seguían entrelazados con los suyos. Ella presionó su trasero contra él y él comenzó a besarle lentamente en la nuca.

Sus cuerpos reaccionaron de la manera en que solían hacerlo en esas horas lentas entre la medianoche y las cinco cuando una de sus mentes no podía apagarse sin más. Mackenzie elevó las caderas levemente y extendió el brazo hacia atrás para guiarle. Cuando él la penetró desde atrás, le hizo sentir tan segura como cuando le había puesto el brazo alrededor.

Con la espalda de ella sobre el pecho de él, hicieron el amor a empujones lentos, aunque urgentes. Fue uno de sus momentos más íntimos en algún tiempo. Cuando ella arqueó la espalda al llegar al clímax y extendió el brazo para acariciarle el rostro a Ellington, él le

susurró un “Te quiero” al oído.

Y fue esa declaración la que por fin le llevó de vuelta a un sueño reparador, aniquilando cualquier imagen que quedara de ese sueño tan horroroso.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Cuando Mackenzie se despertó a las seis de la mañana siguiente con la alarma de su teléfono, su primera reacción fue de decepción. Estaba convencida de que recibiría una llamada del equipo forense o de Rising con algún tipo de novedad. El hecho de que hubiera dormido hasta las seis sin que le despertara el teléfono también significaba que no se habían producido ninguna clase de avances significativos en el transcurso de la noche.

Cuando se levantó de la cama sintiéndose descansada y sexualmente satisfecha tras la noche, se sintió casi culpable. Revisó su teléfono en busca de mensajes de texto o correos electrónicos, pero no encontró ninguno. Al salir de la cama, Ellington salió del baño, recién duchado.

"¿Cómo te sientes esta mañana?", preguntó.

"Mucho mejor", dijo.

En su mayor parte era cierto. Se sentía bien descansada y el sexo íntimo espontáneo había sido fantástico. Aun así, algo andaba mal. Se sentía un poco dolorida, como si hubiera corrido una pequeña maratón, y algo no andaba bien en su estómago, pero, en realidad, no era más que una minucia. Podía pasarlo por alto y sentirse normal de nuevo tras darse una ducha.

Mientras sacaba su ropa de su maleta en preparación para su ducha, sonó su teléfono. Lo respondió y se emocionó al escuchar la voz de Rising al otro lado de la línea.

“Me temo que no hay noticias”, le dijo. “Todavía no hemos recibido una llamada del forense sobre esa camioneta, aunque esperamos hacerlo pronto”.

“¿alguna noticia sobre los agentes que van a venir de la oficina de campo de Seattle?”.

“Aún no. ¿Qué hay d vosotros? ¿Qué planes tenéis para esta mañana?”.

“Todavía no estamos seguros. Creo que puede que venga bien volver a visitar Roy’s Storage. O quizá podamos ver si hay algo que podamos hacer para acelerar el trabajo del forense. Hay unas cuantas

cosas más, pero necesito concretarlas. Te vemos pronto, pase lo que pase”.

Rising pareció sentirse satisfecho con esto cuando concluyeron la llamada. Mientras Mackenzie se dirigía hacia la ducha, todavía desnuda de la noche anterior, Ellington empezó a vestirse.

“Le dijiste a Rising que había otras cosas”, señaló. “¿Como qué?”.

“Creo que quiero volver a la casa, a la casa del asesino. Tal vez se nos pasó algo por alto”.

“¿No crees que seríamos más útiles con Rising, los forenses y estos nuevos agentes?”.

“Por supuesto. Tal vez la casa es solo algo que voy a revisar. Tú ve a la comisaría y yo iré a la casa. Nos veremos en unas horas”.

“¿Estás segura?”, preguntó Ellington.

“Sí. Me ha estado fastidiando desde ayer por la tarde. Quiero darme una vuelta más por todo el lugar”.

“De acuerdo. ¿Quieres dejarme en comisaría cuando salgas?”.

Ella asintió con la cabeza y fue al baño para ducharse. Pensó en la casa y en las cajas de artículos para fiestas de té y muñecas. Las imágenes del sueño de anoche regresaron apresuradamente, particularmente la cuna, inundada con ese residuo pegajoso.

Era una imagen que le había alterado, recordándole que había algo más que tenía que hacer además del caso. Y tenía que hacerlo hoy antes de que le volviera loca. Se duchó a toda prisa, frotándose con más fuerza de lo normal como si quisiera lavar los recuerdos del sueño de la noche anterior.

***

La casa no parecía menos siniestra a la luz del día. Mackenzie llegó a las 7:40, y aunque la luz del sol que entraba por encima de los árboles era muy bonita, la casa parecía una de esas casas clichés embrujadas en una película de terror.

Ella miró a la caseta del perro de refilón. Las muñecas que había

adentro todavía estaban teniendo su propia fiesta de té eterna.

Mackenzie subió al porche, dándose cuenta de que no había garantía de que el asesino no estuviera aquí. Concedido, no había ningún coche en la lamentable imitación de entrada, pero eso no significaba nada. Después de todo, aparentemente había robado una camioneta por lo que podría estar sin transporte de ningún tipo.

Acercó un poco más su antebrazo derecho a su Glock enfundada cuando abrió la puerta principal y entró. Entró lentamente en la sala de estar, sintiéndose como una intrusa. El lugar era espeluznantemente silencioso, tan silencioso que podía oír el zumbido de un insecto en algún lugar de la casa. Se quedó quieta un momento, mirando el lugar. Todo parecía intacto desde la última visita, lo que la llevó a creer que, si esta era la casa del asesino, no había estado aquí desde hacía varios días.

No perdió el tiempo. Sabía adónde tenía que ir e hizo todo lo que pudo para convencerse de que no se sentía incómoda. Había visto características de lo inestable y desquiciado varias veces en el curso de su carrera, pero este asesino la estaba afectando como ningún otro. El solo hecho de pensar en las cajas de muñecas y en los platos de los niños desechados en el cuarto de atrás la hacía sentir fría.

Deseaba que Ellington estuviera con ella. Odiaba sentirse como una niña asustada, pero ahí estaba, simple y llanamente. Tómalo como otra forma en que este caso te ha destrozado emocionalmente.

Este pensamiento le trajo a la mente otra cosa... la otra tarea que tenía que hacer pero que seguía posponiendo.

El caso primero, pensó Mackenzie.

Caminó por el pasillo y entró en la habitación de atrás. Las cajas, por un instante, parecían haberse deslizado sutilmente contra la pared trasera. Ella esperaba ver ese fluido similar a la sangre de su sueño saliendo de ellas, cayendo en cascada por el suelo y viniendo hacia sus piernas. Pero como las sombras que proyectaba la luz del sol se detuvieron con su propio movimiento, la habitación, por supuesto, no estaba viva. Estaba en silencio y descuidada.

Fue hacia las cajas y empezó a mirar a través de ellas. Esta vez, no tenía prisa. Se tomó su tiempo, mirando meticulosamente cada una de ellas.

Había un surtido de artículos. Algunos de los platos eran discos de

plástico baratos que se podían comprar en cualquier tienda de dólar del país. Pero entonces algunos de ellos estaban hechos de algún tipo de porcelana muy delicada. Algunos tenían astillas y grietas, mientras que otros parecían prístinos. Las primeras dos cajas estaban llenas de cosas así: teteras, tazas de té, platos e incluso una bolsa llena de cubiertos de plástico y coloridos cubiertos baratos diseñados para ser usados en la cocina de juego de un niño.

Cuando abrió la primera caja llena de muñecas, un escalofrío ascendió por su columna vertebral. Por un momento, se sintió mareada. Ella siguió adelante, rebuscando en la caja y sacando una muñeca tras otra. No había ninguna rima o razón para ello; algunas eran más nuevas y se veían más bien hermosas, mientras que otras eran claramente viejas y habían sido descartadas, claramente restos de las ventas de segunda mano.

Al llegar al fondo de la primera caja de muñecas, dos cosas aparentemente pequeñas sucedieron. En primer lugar, la idea de la venta de productos de segunda mano le plantó una vaga idea en la cabeza. En segundo lugar, antes de que pudiera captar ese pensamiento, vio la pequeña mancha blanca en la planta del pie de una muñeca. Miró la mancha y vio que parecía una especie de papel, sólo que estaba pegajoso en los bordes. Lo raspó con la uña y se desprendió con bastante facilidad, enrollándose como si fuera una pegatina.

Luego pensó en su idea de la venta de artículos de segunda mano. Una pegatina o algún tipo de etiqueta para poner el precio.

Rápidamente, revisó cada muñeca que acababa de sacar de la caja. La primera a la que llegó fue una de las más bonitas. No era una muñeca cara, pero su dueño había cuidado de ella. Ubicada en la parte posterior de su cuello había una pequeña mota blanca. Estaba rodeada de una especie de sucio matiz, donde algo pegajoso había sido presumiblemente parte de una etiqueta para el precio

Algunas de las muñecas más antiguas no tenían ninguna indicación de que alguna vez hubiera habido una etiqueta de precio en sus cuerpos, pero, tres muñecas más tarde, encontró otro punto pegajoso en el pie de una muñeca. Volviendo a la caja de muñecas, encontró nueve que tenían alguna indicación de que alguna vez habían sido pegadas con una etiqueta de precio o calcomanía.

Luego revisó los platos de juego. Y allí, en el primer plato, miró por encima de un plato de plástico verde con marcas de rozaduras, y

encontró alrededor de una cuarta parte de una vieja pegatina. Había sido rasgada y estaba ligeramente descolorida, pero quedaba suficiente rastro como para que Mackenzie entendiera lo que decía: JUEGO DE PLATOS: $2

En la parte superior, había lo que parecía una letra, desgarrada. Una T o una F, tal vez. Y estaba escrito en rojo descolorido, impreso en una especie de impresora barata por lo que parecía.

Con una nueva idea en mente, Mackenzie rompió las cajas restantes. Esperaba dar con el premio, una pegatina que no tuviera defectos, tal vez incluso con el nombre de una tienda. Ella sabía, por supuesto, que incluso entonces sería difícil encontrar un solo comprador, especialmente con un artículo tan poco interesante como platos de plástico para un juego de niños.

Veinte minutos más tarde, tras rebuscar todas las cajas por completo, había encontrado casi veinte muñecas más con al menos una pequeña señal de que alguna vez habían tenido una etiqueta de precio. Incluso vio dos más con esa letra roja, pero sólo era la parte superior de unas pocas letras, así que era imposible decir lo que decía. El nombre de alguna tienda, suponía.

Se sentó en el suelo alrededor de las pilas de muñecas y platos, tazas de té y teteras, y pensó en el siguiente enfoque.

Si había pegatinas con un precio, eso significa que no fueron compradas en una tienda. No, las compraron de segunda mano o en algo parecido a una venta de garaje. O tal vez incluso una tienda de segunda mano de precios mínimos.

Encontró el plato verde con la porción de una pegatina y le tomó una foto con su teléfono. Luego se puso de pie y luchó contra todos los impulsos que había en su interior para limpiarlo. Sabía que el descubrimiento de las pegatinas y de los viejos residuos de pegatinas podría no significar nada. Aun así, ella tenía una corazonada y, por primera vez, estaba entusiasmada con la posibilidad de tener por fin una pista en este maldito caso.

Salió de la casa con esa emoción que la motivaba. De camino a su coche, se sintió mareada de nuevo. Se subió al auto y se sentó allí un momento, mirando la casa y esperando a que pasara el mareo. Disminuyó lentamente, pero no sin antes hacerla sentir un poco mal del estómago.

Ahora tenía una pista. Una que ella pensaba podría ser realmente

prometedora, pero, primero, tenía que ocuparse de algo. Y sabiendo que tenía que ser lo siguiente en su agenda, se sintió un poco más incómoda de lo que se había sentido al volver a esa casa.

***

Quince minutos después, se detuvo en la primera tienda que encontró. Sabía que había un Target a quince minutos de distancia, pero ahora que ya se había metido en la cabeza que finalmente iba a seguir adelante y hacer esto, no veía el sentido de esperar.

Tomó una Coca-Cola Light y un paquete de chicles, sintiéndose estúpida porque todo lo que estaba haciendo era aplazar el por qué estaba realmente allí.

Localizó el pasillo que sostenía el pequeño estante con medicinas y productos de higiene de tamaño de viaje. Miró más allá de ellos, así como de los condones que se encontraban al lado. Al otro lado de este estante, vio lo que había venido a buscar.

Con un nudo en el estómago y un rubor en las mejillas, Mackenzie extendió la mano y agarró la primera prueba de embarazo que encontró.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Una hora más tarde, estaba de vuelta en la sala de conferencias con Ellington. Compartió con ella todo lo que había averiguado mientras estaba en comisaría esa mañana. Tristemente, no era gran cosa. Los agentes de la oficina de campo de Seattle ya estaban oficialmente trabajando. Su primera tarea había sido investigar la unidad en Roy's Storage. No era de extrañar que no se les ocurriera nada, lo que acompañaba perfectamente al hecho de que el equipo forense tampoco hubiera encontrado ni una sola huella.

La noticia más reciente era que los forenses habían presentado su informe sobre el camión Ford hacía cuarenta minutos. Se habían encontrado dos grupos diferentes de huellas. Algunas huellas eran un poco más viejas, quizás unas semanas, y pertenecían a Daisy Walker. La mayoría de las huellas, sin embargo, pertenecían a Brian Dixon.

"En otras palabras", dijo Ellington, encorvado sobre la mesa de la sala de conferencias con una taza de café entre las manos, "no conseguimos nada con todo esto excepto que casi recibo un tiro en la cara y que nos metimos en una enérgica persecución en coche a alta velocidad".

"Bueno, creo que he encontrado algo", dijo Mackenzie. Entonces sacó la foto que había tomado en su teléfono y se la mostró a Ellington.

"¿Qué estoy mirando?", preguntó.

"Creo que es parte de una pegatina que usan las tiendas de segunda mano y los mercadillos baratos para ponerle precio a sus artículos. Estoy bastante segura de que en una ocasión leí juego de platos, dos dólares. Y luego está la parte roja de una letra…".

"¿Crees que las está comprando a granel en algún lugar de la ciudad?".

"Creo que es una posibilidad. Y con esa pegatina, podremos reducirlo a unos pocos lugares. Tal vez sólo uno. Quiero conseguir algunos recursos locales, si podemos. La policía local va a conocer los negocios locales mucho mejor que cualquiera de nosotros".

"Es la mejor pista que hemos tenido desde que nos dieron en la cabeza", dijo Ellington con una sonrisa perezosa. "Creo que Rising

puede prestar a un oficial para hacer las llamadas”.

Como convocado por la misma idea, Rising golpeó la puerta abierta y metió la cabeza dentro. “Quería que supierais que todas las instalaciones de almacenamiento de la zona, excepto tres, están cerradas hasta nuevo aviso. Los tres que eran tercos actualmente tienen un coche de policía sentado en sus aparcamientos para ser vigilados. En otras palabras, este asesino no podrá usar más unidades de almacenamiento”.

“Es una gran noticia”, dijo Mackenzie.

“Además, nuestros técnicos han terminado con el ordenador de Daisy Walker. No había nada útil allí, excepto que sabemos que el último correo electrónico que envió fue a alguien sobre unas decoraciones de Halloween. Estaba comprando algo de alguien que publicó un anuncio en Craigslist”.

“¿Decía qué tipo de decoración?”, preguntó Mackenzie.

“No. Pero sí.... yo pensé lo mismo. Las muñecas espeluznantes serían muy populares en estos días, ¿no crees?”.

“¿Dónde se reunió para conseguirlos?”.

“No lo sé. El vendedor le dijo que le enviaría un mensaje de texto para decirle dónde encontrarse. Y antes de que preguntes, ya hemos comprobado su teléfono. Seguimos intentando localizar el teléfono, pero está sin batería o desconectado”.

“Apuesto a que el vendedor...”, dijo Ellington, pero se detuvo.

“Adelante, termina ese pensamiento”, dijo Mackenzie. “Estaba pensando lo mismo”.

“Apuesto a que el vendedor es el asesino. El mismo idiota que trató de volarme la cabeza”.

“Yo también tengo esa corazonada”, dijo Rising. “Pero no tenemos dirección ni forma de rastrear el teléfono”.

“¿Qué hay del teléfono del novio?”, preguntó Mackenzie. “¿Puedes encontrarlo? Brian Dixon. Si conseguimos la ubicación de su teléfono, eso podría llevarnos al último lugar al que él y Daisy fueron. Tal vez al punto de venta de las llamadas decoraciones de Halloween”.

Rising sonrió y señaló a Mackenzie en una especie de saludo bang-bang. “Esa es una idea genial. Me pondré manos a la obra”.

“Mientras tanto”, dijo Mackenzie, “quiero una lista de todas las tiendas de antigüedades, tiendas de segunda mano, cosas por el estilo. Tal vez incluso tiendas de Goodwill. Quiero saber de dónde saca el asesino todas sus muñecas y platos. Podemos usar esta foto que tomé en su casa para reducir las posibilidades”.

Ella le mostró la foto y le dijo que había encontrado fragmentos de pegatinas y residuos de pegatinas en muchas de las muñecas y platos. Le envió la foto de la pegatina que había tomado y él la miró.

“Podría poner a Dentry y a Willard en esto, pero ya están ocupados. La redada de heroína fue bien anoche, pero tenemos a varios oficiales atados con interrogatorios e investigaciones en la escena del crimen. Y esos agentes de la oficina de Seattle están ocupados ayudando con los forenses”.

“¿Puedes hacer que alguien empiece a hacer la lista? Puedo hacer las llamadas yo mismo”.

“Sí. Tendrás algo con lo que trabajar en media hora más o menos”.

Con eso, se fue apresuradamente, dejando a Mackenzie y Ellington solos en la sala de conferencias. Mackenzie lo miró mientras examinaba los archivos del caso, tratando de forzar una serie de palabras para que llegaran hasta su lengua. Pero por mucho que lo intentó, no pudo decir lo que necesitaba decir. Ni siquiera pudo encontrar una forma de empezar.

Hay algo que necesito decirte, ella sabía que debía decir. Algo que descubrí esta mañana… hace menos de media hora, en realidad…

Pero no pudo. Ahora no. No en medio de todo esto, especialmente cuando parecía que estaban ganando terreno.

El caso primero, se regañó a sí misma. La vida personal en segundo lugar.

Claro, fue esta misma línea de pensamiento la que había llevado a Ellington a describirla a su madre como una obsesa del trabajo, pero ella estaba de acuerdo con eso por hoy. Lo supiera el asesino o no, estaba huyendo. Y aunque puede que se sintiera como si tuviera la ventaja, básicamente ser un fantasma y casi matar a Ellington ayer,

Mackenzie sintió que en realidad estaban en buen camino por primera vez desde que llegaron a Seattle. Era un buen sentimiento y no tenía intención de perderlo.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

A Mackenzie le estaba empezando a gustar bastante el ayudante Rising. Cuando el hombre decía que iba a hacer algo, lo hacía. Exactamente dieciocho minutos después de salir a delegar las numerosas tareas que este caso estaba acumulando en su mesa, hizo que una recepcionista le entregara una pequeña lista a Mackenzie. Sólo había ocho artículos en la lista, cada uno con el nombre de una tienda de antigüedades local o un mercadillo de algún tipo. Según la recepcionista, tendría al menos cinco o seis más en unos minutos.

Como Ellington aún estaba en la habitación con ella, dividieron la lista por la mitad y empezaron a llamar. No era la forma más emocionante de hacer el trabajo, pero era rápida y eficiente.

La primera llamada que hizo Mackenzie fue a una tienda de segunda mano local llamada Threads and Things. El teléfono fue contestado por una anciana alegre. “Threads and Things, al habla Alice. ¿En qué puedo ayudarte?”.

“Pues verá, señora”, dijo Mackenzie, “Me llamo Mackenzie White, del FBI. Llamo por un caso local que puede involucrar a cierta persona que compra un artículo muy particular a granel. Y creemos que esta persona está haciendo sus compras en tiendas de antigüedades o baratillos”.

“Oh Dios. Bueno, ciertamente te ayudaré si puedo. ¿Qué estás buscando, exactamente?”.

“Muñecas y todo tipo de accesorios para fiestas de té como los que usaría un niño pequeño. Plástico, porcelana, algo así. ¿Sueles vender ese tipo de cosas ahí?”.

“Tenemos algunas muñecas, pero son antigüedades. Tenemos uno de 1890. Pero nunca hemos cargado lo suficiente para ser considerados a granel”.

“De acuerdo. ¿Y le importaría decirme cómo etiqueta sus artículos? ¿Usas calcomanías, etiquetas o algún otro método?”.

“Cuando puedo, uso etiquetas. No me gusta poner pegatinas en nada, ni siquiera en DVDs o juguetes. Odio ese residuo pegajoso que dejan una vez que el cliente llega a casa”.

“¿Así que nada de pegatinas?”.

“No... pero, disculpa que te pregunte, ¿estás buscando específicamente un lugar que use calcomanías para fijar el precio?”.

“Así es, la verdad”.

“En ese caso, tal vez quieras llamar a Mildred Towers. Dirige una pequeña operación llamada Things Forgotten. Es un poco como un mercadillo, pero eso es un cumplido. Es más bien una venta de garaje organizada con un permiso comercial. Es una especie de amiga, supongo. Siempre le digo que deje de poner etiquetas de precios en su inventario. Parece poco profesional”.

“¿Por casualidad tienes su información?”, preguntó Mackenzie.

"En alguna parte... espera. Tengo su tarjeta de visita. A veces viene a comprar cosas más viejas que yo no puedo vender. Se las doy con un gran descuento sólo para sacarlas de mi tienda. Y ahora que lo pienso... estoy bastante segura de que tiene toneladas de juguetes. Muñecas, figuras de acción, ese tipo de cosas. Ah....aquí está”.

Alice le leyó a Mackenzie la información de contacto de Mildred Towers, la propietaria de Things Forgotten. “Pero tengo que advertirte”, dijo Alice. “Sólo abre tres días a la semana y estoy segura de que hoy no es uno de ellos. No tengo su número personal, pero si llamas al número que te acabo de dar, creo que su información personal está en su mensaje de voz”.

“Muchas gracias, Alice”.

“Claro. Espero que encuentres lo que buscas”.

Mackenzie terminó la llamada justo cuando Ellington estaba a punto de hacer la segunda. “Espera un segundo”, dijo ella. “Creo que he encontrado lo que buscábamos. Algo así como un mercadillo. Basado en lo que la mujer con la que acabo de hablar en Threads and Things me ha contado, sin duda merece la pena comprobarlo”.

“Jesús... ¿quién nombra estos lugares?”, preguntó Ellington.

Mackenzie hizo la llamada a Things Forgotten y fue al buzón de voz, tal como Alice de Threads and Things había advertido. Mackenzie anotó el número personal de Mildred Towers en la pizarra, terminó la llamada y estaba empezando a marcar el número cuando Rising entró en la habitación. Esta vez no llamó a la puerta y parecía emocionado.

“Encontramos el teléfono de Brian Dixon”, dijo.

“¿En un almacén?”, preguntó Ellington.

“No. Lo mejor que podemos decir ahora mismo es que está en el bosque en el borde occidental de la ciudad. Y sabes tan bien como yo que eso no puede ser una buena noticia. ¿Queréis venir conmigo a ver qué pasa?”.

“Id vosotros, chicos”, dijo Mackenzie. “Voy a seguir esta pista potencial. Por una vez, todo parece estar alineado. No quiero perder el hilo”.

“Si eso fue un juego de palabras relativo a una tienda de segunda mano, no es muy impresionante, White”, dijo Ellington, poniéndose de pie.

“¿Qué puedo decir? Cuando llueve, llueve a cántaros”.

“Terrible”, dijo Ellington.

Mackenzie le sonrió. Fue la primera sonrisa genuina que había esbozado en dos días. Ellington y ella intercambiaron una pequeña sonrisa al salir de la habitación.

Deberías habérselo dicho, se dijo a sí misma cuando él se fue. Deberías haberle dicho lo que sabes. Cuanto más esperes, más difícil será…

Por lo que se le pareció ser la millonésima vez, apartó ese pensamiento y se concentró de nuevo en su teléfono. Hizo una llamada a Mildred Towers, sintiendo que estaba subiendo lentamente la colina de una montaña rusa y que la caída que revolvía las tripas se acercaba en cualquier momento, lo que la hacía precipitarse hacia el final de lo que hasta ese momento había sido un viaje miserable.

***

Su viaje a Things Forgotten llevó a Mackenzie de vuelta a la dirección de Roy's Storage. Mildred Towers había acordado encontrarse con ella allí a las 10:30 para dejarla echar un vistazo mientras respondía a algunas preguntas. El negocio, si acaso se podía llamar así, estaba en un edificio que parecía haber sido alguna vez un pequeño restaurante de algún tipo. Se asentaba justo al lado de la calle, apenas dejando espacio suficiente para un aparcamiento

transitable en la parte delantera. Era una tienda muy bonita, pero antes de que Mackenzie entrara en el edificio, se dio cuenta de que iba a ser un desastre.

No estaba completamente equivocada. Ella vio por qué Alice de Threads and Things lo había descrito como una mezcla de mercadillo y venta de garaje. No había ninguna organización real en el lugar. Solo había estantes y más estantes a lo largo de todas las paredes del lugar. Había cajas con relojes usados y joyas al lado de una caja llena de cromos de béisbol, coches de juguete y figuritas. Una guitarra eléctrica colgaba de la pared con un gran letrero hecho de marcador y cartulina que decía: ¡DIGA SU PRECIO!

Había libros y discos, ropa y mantas, platería y objetos electrónicos. Mackenzie pensó que podría llevarle un día entero ver bien todos los artículos usados que había en Things Forgotten.

Sin embargo, cuando vio a Mildred Towers sentada detrás de un pequeño escritorio en la parte de atrás de la habitación central, la mujer parecía de buen humor. Parecía sentirse muy orgullosa de su pequeño caos mientras observaba cómo Mackenzie lo asimilaba todo. Parecía tener más de sesenta años y miraba a Mackenzie desde detrás de un par de gafas gruesas.

“Bienvenida”, dijo ella. “Se necesita algo de organización, pero también creo que hay un cierto encanto en el desorden”.

“Sin duda es mucho que asimilar”, dijo Mackenzie.

Mildred se levantó y cruzó la habitación para estrechar la mano de Mackenzie. “Veamos, por teléfono dijiste que era un asunto urgente. Algo que ver con alguien que podría haber sido un cliente. ¿En qué puedo ayudarte?”.

“Bueno, estoy buscando a alguien que ha vendido muchas muñecas en el pasado. Algunas usadas, otras casi nuevas. ¿Vendes muchas muñecas?”.

“No vendo muchas”, dijo Mildred. “Sin embargo, tengo una habitación en la parte de atrás donde guardo las cosas que tengo en exceso. Edredones, ropa vieja, incluso algunos cómics que le prometí a un joven que guardaría hasta que pudiera permitírselos. En cierta época, tenía cajas y más cajas de muñecas. La mayoría de ellas eran viejos, pero tenía algunas más nuevas. Y ahora que lo mencionas, vendí la mayoría al mismo cliente”.

“¿Qué hay de juegos de té? De juguete, como si un niño pequeño pudiera jugar con ellos”.

Mildred miró a Mackenzie como si hubiera presentido esa pregunta. “Sí, tengo algunas cosas así. Recientemente, recibí algunas nuevas de una mujer que estaba limpiando su ático. Pero sí… solía tener un montón de ese tipo de cosas aquí. Aunque el mismo día que vendí todas esas muñecas, también vendí los juegos de té”.

“Por casualidad, ¿recuerdas al cliente?”.

“No muy bien, pero recuerdo que era un hombre. Le pregunté para qué necesitaba todas esas cosas y me dijo que era un artista. Que tenía una pieza grande en la que estaba trabajando, como una cosa de arte público o algo parecido”.

Mackenzie sacó su teléfono y sacó la foto que había tomado de la casa del asesino esa mañana. Se la mostró a Mildred y le preguntó: “¿Y usas pegatinas que se ven de esta manera en tus artículos?”.

“Sí, es una de los mías. Iba a vender las muñecas individualmente, muy baratas. Pero ofreció un precio decente por varias cajas. Lo mismo con los juegos de té”.

“Señorita Towers… no puedo enfatizar esto lo suficiente. ¿Había algo en absoluto que destacara en este hombre? ¿Algo que puedas decirme que me ayude a determinar quién es o dónde vive?”.

Mildred pensó en ello por un momento, con su cabeza ladeada como si un recuerdo acabara de desplazarse. “Sabes, creo que hizo un comentario sobre la forma en que yo había preparado el lugar. Dijo que el caos que había aquí le hacía sentir claustrofóbico. No paraba de decir que esperaba que no fuera insultante, pero que quería salir en cuanto pudiera porque era muy claustrofóbico. Estaba prácticamente sudando cuando lo llevé al cuarto trasero donde estaban las muñecas”.

Eso concuerda con mi teoría de la claustrofobia, pensó Mackenzie. Despacio… despacio… Nos estamos acercando.

“¿Recuerdas cómo pagó?”. “Sí, pagó en efectivo. Y también…”.

De nuevo, se detuvo aquí y su cara pareció ponerse lentamente pálida.

“¿Señorita Towers?”.

“Oh Dios. Espera un segundo, ¿te importa, querida?”.

Mildred regresó detrás de su pequeño escritorio y abrió el cajón de abajo. Empezó a buscar algo, su espalda torpemente doblada mientras estaba sentada en la pequeña silla detrás del escritorio.

“La gente dice que soy una acaparadora”, dijo con buen corazón mientras revisaba el cajón. "Supongo que tienen razón. Es por eso que me encanta manejar este pequeño negocio y tal vez por qué se ve así. Pero lo de ser acaparadora significa que no tiro nada. En este cajón de aquí, tengo mensajes de clientes de hace años. Cartas, postales, cosas así. Me lo quedo todo”.

Segundos después, se sentó de nuevo. Había un trozo de papel azul en su mano, una cartulina de colores por lo que parecía. Había algo escrito en ella.

“Dejó esto. Casi lo olvido. Cuando él estaba aquí, pensé que iba a hacer que una mujer trajera otro juego de té esa semana. Se lo dije y dijo que le interesaba. Quería saber si se lo podía entregar cuando llegara. y quería que lo entregara aquí”.

Mackenzie tomó el papel y vio que tenía una dirección escrita en él. Eso es, pensó ella. Esta es la oportunidad que estábamos esperando.

“¿Hace cuánto tiempo fue esto?”

“Oh, no estoy segura. Hace más de seis meses, pero ciertamente no más de un año. Digamos que hace ocho meses, sólo para estar seguros”.

“¿Alguna vez entregaste ese juego de té?”.

“No, nunca apareció. Además... no hay forma de que yo hubiera ido hasta allí. Un hombre adulto comprando varias cajas de muñecas... no voy a salir en medio de la nada y dejarle algunas cosas”.

“¿Es ahí donde está eses sitio?”, preguntó Mackenzie, mostrando la dirección. “¿En medio de la nada?”.

“Básicamente. Es una carretera secundaria que discurre a lo largo de algunos de esos viejos caminos madereros que solían salir de la ciudad en los años cuarenta y cincuenta”.

“Señorita Towers, ha sido de más ayuda de la que puede imaginar”, dijo Mackenzie. “Muchas gracias por su tiempo”.

“Por supuesto. Encantada de ayudarte”.

“¿Por casualidad sabes lo lejos que está esta dirección?”.

“Tal vez a unos veinte minutos más o menos. Pero te digo que no hay mucho ahí fuera. Parece el lugar perfecto para que un hombre rarito se vaya a pasar un rato a solas con unas muñecas”. Hizo un pequeño escalofrío teatral al decir esto.

No era la imagen que Mackenzie necesitaba en su propia mente cuando dejó Things Forgotten, de eso no cabía duda, pero estaba en el centro de su mente cuando salió del estacionamiento con la dirección conectada a su GPS, una dirección que el asesino había escrito de su letra y puño hacía no mucho tiempo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

“Aquí Ellington”.

Escuchar su voz a través del teléfono resultaba tan reconfortante como sentir su brazo alrededor de ella por la noche cuando no podía volver a dormirse.

“¿Dónde estás ahora?”, preguntó.

“Estoy con Rising. Estamos llegando a la ubicación del teléfono de Brian Dixon. Parece que tendremos que caminar un poco por el bosque. ¿Qué hay de ti?”.

“Tengo la dirección potencial de nuestro asesino de la mujer de Things Forgotten. Tengo la confirmación de que esta dirección se la dio un hombre que compró varias cajas de muñecas y artículos de té a la vez”.

“Mac... no puedes ir sola a un lugar así”.

“Estaré bien. Ella dijo que él compró las cosas hace casi ocho meses. Eso, más el hecho de que está huyendo, me hace pensar que no va a estar cerca de un lugar que considera su hogar. Especialmente si le daba la dirección a la gente sin reservas cuando planeaba todo esto”.

“Está bien”, dijo Ellington, aunque había algo de preocupación en su voz. “Sólo ten cuidado. Ayer me demostró lo rápido que las cosas pueden empeorar”.

“Lo sé. Ten cuidado tú también”.

Terminó la llamada y volvió a revisar su GPS. La ruta la sacaba rápidamente del edificio y de la estructura de la ciudad, y la llevaba al bosque claro que había a las afueras. Al igual que las zonas rurales fuera de las grandes ciudades, comenzaba muy sutilmente, pero en ciertas partes, comenzaba a sobrepasar rápidamente el terreno. Según la ruta que estaba viendo, la dirección no estaba muy lejos de la casa que ya había visitado dos veces. Esta nueva dirección estaba a lo largo del mismo tramo de bosque, quizás a ocho o nueve millas de la casa.

Este podría ser otro señuelo, pensó. Nos hemos encontrado con otras dos direcciones con bastante facilidad, por no hablar de una unidad de

almacenamiento a la que nos llevó directamente. ¿Y si esto fue planeado? ¿Y si le dio a Mildred Towers una dirección falsa para cubrir su trasero si llegaba este día?

Entonces tendría que aceptarlo cuando llegara el momento. Por ahora, en lo que respectaba a Mackenzie, era una gran ventaja. Tal vez una que los llevaría directamente al asesino.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Por un momento, se preguntó si su GPS la había engañado. No sería la primera vez que la llevaría por el mal camino en áreas boscosas. Se desvió de la carretera principal y entró en un camino de grava. Aquí fue donde el GPS se rindió, alegando que había llegado a su destino. Casi se da la vuelta cuando vio el pequeño desvío justo enfrente. Continuó subiendo por el camino de gravilla y giró a la izquierda.

Ella había estado esperando una casa, tal vez incluso una caravana escondida en la tranquilidad del bosque. Pero lo que vio fue un viejo cobertizo. Parecía un híbrido entre un granero de una granja pintoresca y un viejo garaje de autos. Había una sola puerta que ocupaba la mayor parte de la pared exterior. Era similar a las de los almacenes que había estado investigando, pero más grande. Junto a ella había una puerta normal, magullada y descolorida por el paso del tiempo.

A primera vista, parecía que nadie había utilizado ese lugar en mucho tiempo. Sin embargo, su GPS la había traído hasta aquí. Y lo cierto es que parecía un lugar perfecto para almacenar algo tan espeluznante como múltiples cajas de muñecas. Se imaginó que también podría comprobarlo. Había conducido hasta aquí, después de todo.

Aparcó su coche y salió al pequeño patio que había delante del edificio. Todo estaba tranquilo aquí, pero todavía podía oír débilmente el zumbido de los motores y de la vida que discurría a seis o siete millas al este, donde prosperaba Seattle.

Se acercó lentamente a la puerta. Había cuatro paneles cuadrados de vidrio, todos apilados de dos en dos para formar un cuadrado más grande con un panel en forma de cruz entre ellos. Miró dentro y vio la primera indicación de que quizás el lugar había sido usado recientemente después de todo. Había un banco de trabajo a lo largo de la pared trasera. Había algunas herramientas esparcidas por aquí y por allá. Y allí, a lo largo de la pared trasera, había varias cajas.

Mackenzie intentó abrir la puerta, pero no se sorprendió al ver que estaba cerrada. Miró a la gran puerta del garaje y se preguntó si valía la pena intentarlo. Localizó la manivela a un lado. Tenía una cerradura y un mecanismo de palanca que permitía al usuario abrir la

puerta a diferentes niveles. Mackenzie agarró la manivela y tiró de ella con fuerza. La puerta se abrió rápidamente, tomándola por sorpresa. Sin embargo, se detuvo en seco después de ascender unos dos pies. Allí, el cerrojo oxidado parecía interceptar el progreso de la puerta a lo largo de las vías de rodaje, haciendo que se detuviera. Volvió a empujar, pero la puerta no se movió.

Con un suspiro, Mackenzie se puso de rodillas y luego se tumbó sobre su abdomen. Se deslizó fácilmente bajo el espacio abierto, sintiéndose casi como una niña mientras rodaba por debajo de él y entraba en el cobertizo o garaje, o lo que fuera este lugar.

Se puso de pie, cepillándose la tierra y el polvo de su camisa y pantalones. Empezó a cruzar la gran área abierta hacia las cajas, pero entonces se detuvo en seco.

Había algo en el suelo que le hizo pensar en el sueño que había tenido anoche. Al principio, pensó que era sólo aceite, tal vez del camión de alguien. Pero lo que había en el suelo estaba bastante oscuro. Si se trataba de restos de gasolina, sólo había estado allí durante un día más o menos.

Se arrodilló junto al oscuro líquido que había en el suelo. Lo tocó con cautela. Era pegajoso y relativamente fresco. Ella supo de inmediato lo que era... lo cierto es que lo había sabido antes de tocarlo.

Era sangre. Y había una gran cantidad.

Mackenzie desenfundó su Glock, sintiéndose de repente muy atrapada. Aun así, fue hacia las cajas de la parte de atrás del piso. Miró dentro de la primera y vio varias muñecas. Su corazón le martilleó en el pecho mientras todo el caso parecía colisionar a su alrededor, encajando cada pieza en su lugar. Había otras cuatro cajas que comprobar. Las examinó todas una por una, encontrando muñecas en todas ellas e incluso unas cuantas teteras de cerámica en la última.

Luego se acercó al banco de trabajo. Había una suave esterilla negra colocada a lo largo de su parte delantera, de la clase que libera tensión en los tobillos y las rodillas cuando uno está de pie durante largos períodos de tiempo. Pisó la alfombra mientras miraba lo que había en el banco. Había tres destornilladores ahí apoyados, junto a un cuchillo. El cuchillo estaba brillante y limpio. Uno de los destornilladores, por otro lado, parecía estar cubierto de sangre. Probablemente la misma sangre que se había derramado en el suelo.

Se bajó de la esterilla, con la intención de volver a su coche y llamar a Ellington. Cuando dio un paso atrás, sintió que algo cedía por debajo de la alfombra negra acolchada. La pisó de nuevo, aplicando más presión esta vez. Cuando lo hizo, sintió que cedía más de lo que el mullido debería.

Mackenzie se agachó, agarró la esterilla y la levantó.

Se había instalado una escotilla en el suelo. Le hizo pensar que este edificio había sido una especie de garaje en su día. Aunque nunca había visto un garaje con herramientas primitivas, estaba bastante segura de que esta escotilla estaba instalada para permitir que los mecánicos se metieran debajo de los coches cuando no había gatos o ascensores disponibles.

Sin estar segura de cómo funcionaba la escotilla, logró encontrar una manivela en la parte superior, el tipo de manivela cóncava que se adentraba en la puerta en lugar de salir hacia fuera como una manivela tradicional. Agarró de ella y tiró. La puerta rodó dentro de una ranura que había sido instalada en el suelo, y la puerta se deslizó sobre rieles oxidados.

Miró hacia abajo y vio una delgada escalera de metal unida a una pared mugrienta. La caída no era demasiado profunda para nada. Pensó que probablemente tendría que agacharse para aventurarse dentro del espacio.

“¿Qué diablos estoy haciendo?”, se preguntó en voz alta.

Luego se dio la vuelta, se arrodilló y comenzó a descender por la pequeña escalera. Los peldaños eran fríos y sucios, pegajosos con años y años de fluidos automotrices y Dios sólo sabía qué más. Cuando llegó al fondo, vio que su suposición había sido correcta. La pequeña fosa no era muy profunda en absoluto, tal vez de metro y medio de profundidad como mucho. Cuando Mackenzie se puso de pie a plena altura, el borde de la fosa le llegaba a la altura de los senos.

Sin embargo, había un pequeño espacio a su derecha. Las paredes estaban hechas de lo que parecían tablas viejas y madera contrachapada. Parecían robustas pero aun así desvencijadas. Cuando se agachó, apenas podía ver algunas formas grises y difuminadas a lo largo de la oscura fosa. Para volver allí, tendría que encorvarse severamente o incluso gatear.

Agarró su linterna Maglite y fue entonces cuando oyó una voz que provenía de más arriba.

“No deberías haber entrado allí”.

Miró hacia arriba, buscando a tientas su Glock mientras empezaba a ponerse en pie, aunque no llegó a hacerlo. El hombre que estaba encima de ella, mirándola fijamente con expresión de victoria, cerró de golpe la puerta del foso.

El ruido fue ensordecedor, como un trueno metálico que atravesara el pozo. Con la escotilla cerrada, Mackenzie fue arrojada a la oscuridad absoluta. Instintivamente, intentó tirar de la puerta de la escotilla, pero no se movió. Por lo visto, el hombre de arriba la había cerrado.

“Tienes que dejarme salir”, exigió Mackenzie. “Soy agente del FBI. Te meterás en un montón de mierda si no me sacas ahora mismo”.

El hombre solo se echó a reír. “Me parece que no estás en posición de exigir nada”. Se detuvo para reírse de nuevo y entonces Mackenzie pudo oír sus pasos directamente sobre ella.

“Mi compañero vendrá a buscarme”, dijo.

“Oh, no tengo intención de que te quedes mucho tiempo”, dijo.

“Bueno, no puedes llevarme a uno de tus almacenes. Nos hemos asegurado de que todos ellos estén cerrados o bajo vigilancia”.

Hubo una pausa antes de que respondiera. “Ah, está bien. Estaba llegando al final de eso, de todos modos. Se me están acabando los lugares”.

Eso es una admisión, pensó Mackenzie, haciendo todo lo posible por mantener la calma. Aunque también le pusiera nerviosa la manera tan casual en que él hablaba. Se preguntaba cuánto más podría hacerle conseguir que admitiera.

“No tienes que hacer esto”, dijo ella, “Ponte las cosas más fáciles. Déjame salir y veremos cómo conseguirte un trato justo”.

Otra vez, él se rió. “Creo que lo que he estado haciendo pone cualquier esperanza de un trato justo fuera de mi alcance”.

Mackenzie trató de pensar en la mejor manera de razonar con él. Parecía razonable, de mente sana. Y era casi jactancioso en la forma en que hablaba de las cosas que había hecho. Se preguntaba si había

alguna manera de usar eso a su favor.

Mientras esperaba a ver cuál sería el siguiente movimiento del asesino, finalmente sacó su linterna. Al ver que no tenía sentido causar un estrés excesivo en su espalda y rodillas, se sentó en el suelo de la fosa. Encendió la linterna y la apuntó al espacio oscuro.

Y casi gritó.

Había un cuerpo a un metro y medio de ella. Lo habían envuelto en una vieja lona, pero sus piernas y su cabeza se habían salido. Un par de ojos muertos la miraban fijamente, con unos canalillos de sangre reseca cayendo en cascada entre ellos por el puente de la nariz. Era un hombre, de unos 20 años. Aunque era una gran suposición por su parte, Mackenzie pensó que probablemente se trataría de Brian Dixon.

"Sabes… estamos en un punto muerto, tú y yo", dijo. "Sé que tienes un arma. Pero quiero dejarte salir de ahí. De verdad que sí. Entonces, ¿qué crees que podemos hacer?"

Mackenzie escuchaba atentamente su voz apagada y hueca a través de la puerta de la escotilla. Su mundo consistía en el pequeño haz de su linterna y hasta ahora todo lo que contenía ese mundo era ella misma y un cadáver.

Buscó a tientas su teléfono, logrando sacarlo de su bolsillo con la mano que no sostenía la linterna. Vio que tenía una barra de cobertura, parpadeando hacia adentro y hacia afuera. Había tenido una señal débil durante todo el camino, pero no tanto. Se preguntaba si sería simplemente por estar dentro del edificio, bajo el suelo. Sin dejarse intimidar, ignoró la señal, esperando lo mejor. Abrió sus mensajes de texto y tocó el hilo de chat con Ellington. Ingresó la dirección y tecleó: En un viejo cobertizo o garaje para coches. Atrapada. El asesino está aquí. Ayuda.

Mackenzie presionó en la tecla de enviar. La barra de progreso se adelantó en la parte superior del mensaje y luego se detuvo a un tercio del camino. La miró fijamente como si quisiera que continuara por mera voluntad suya, pero siguió igual. Colocó el teléfono en el suelo a sus pies, sabiendo que no podía distraerse con él.

"¿Sigues conmigo?", le preguntó el hombre desde arriba. "Te quedaste callada. ¿Te desmayaste?".

"No. Estoy aquí. Y sí, tengo un arma. Pero créeme… mi trabajo

requiere que intente arrestarte para poder interrogarte. No tengo intención de dispararte”.

“Puede que así sea”, le respondió. “Pero no te conozco, así que estoy seguro de que no confío en ti. Tengo una idea mejor. Supongo que estás aquí buscando al hombre que mató a toda esa gente... el hombre que metió todos esos cuerpos en las unidades de almacenamiento. ¿Y si te dijera que puedo decirte dónde está el más reciente?”.

“Se llama Daisy Walker”, dijo Mackenzie. “Y mataste a su novio, Brian Dixon”.

“Sí, él es el que está ahí abajo contigo. Y honestamente, no me importan sus nombres. ¿Se supone que debo estar impresionado de que sepas tanto? Si hicieras tu maldito trabajo, ya me habrías atrapado. Vamos.... incluso tuve que dejarte pistas para que encontraras uno de los cuerpos”.

Mackenzie sintió cómo burbujeaba la rabia por dentro de ella, pero la reprimió. Tenía que mantenerse tranquila y razonable. Él estaba hablando, y eso era bueno. Podría ganar algo de tiempo. O, mejor dicho, podría ganar más tiempo para que Ellington recibiera su texto si la maldita cosa se había enviado.

Entonces se le ocurrió una idea. Ellington estaba con Rising, localizando el teléfono móvil de Brian Dixon. Si el teléfono seguía encendido, Dixon...

Se deslizó hacia el cadáver y lentamente empezó a desplegar la lona. El espacio era estrecho, por lo que era difícil, pero lo logró, aunque lentamente. Mientras lo hacía, el asesino siguió hablando.

Esto es lo que haremos. Entrega tu arma y te diré dónde está la chica. No te voy a mentir... está sangrando. La apuñalé como a las otras. Algunas duran un día... otras casi una semana. Así que no se sabe, en realidad. Después de todo... yo también tengo un arma. Tal vez conozcas al agente al que le disparé ayer...”.

“Fallaste”, dijo ella, incapaz de guardárselo. Estabas así de cerca y no le diste. Todavía está muy vivo. Es mi compañero... y lo único que hiciste fue cabrearlo”.

“Claro. Sin duda”.

“¿No me crees?”.

Se quedó callado después de esto, aparentemente pensando un poco. Mackenzie aprovechó la oportunidad para seguir desplegando la lona. Cuando salió a la luz la cintura de los pantalones del cadáver, le metió la mano en los bolsillos. En el bolsillo delantero derecho, encontró una billetera. En la parte posterior derecha sintió la familiar forma rectangular de un teléfono móvil. Lo sacó y presionó el botón de desbloqueo. Aunque obviamente no sabía el código, vio todo lo que necesitaba ver. Al teléfono todavía le quedaba el quince por ciento de su batería, más que suficiente para mantenerse vivo el tiempo suficiente para que Ellington y Rising lo triangularan.

Cuando el asesino finalmente volvió a hablar, sonaba inusualmente tranquilo. Si él estaba agitado por la discusión con ella, lo estaba escondiendo muy bien.

“Voy a abrir la escotilla”, dijo. “Si quieres saber dónde está la chica, dame tu pistola, con la culata por delante”.

“¿Cómo sé que no me dispararás?”.

“No lo sabes. Pero te diré una cosa: Tengo una pistola… la misma que usé ayer. Si quisiera dispararte, lo habría hecho antes de encerrarte ahí abajo”.

Probablemente me quiera viva para obtener información, pensó ella. Me quiere viva para que pueda decirle exactamente lo que sabemos de él.

“Tome su decisión, agente. Voy a abrir la escotilla ahora”.

Oyó pisadas y luego el chasquido de la puerta que empezó a abrirse. La escotilla se abrió unos quince centímetros, dejando entrar unos rayos de sol difuminados que la cegaron momentáneamente.

Fue entonces cuando se envió su mensaje a Ellington. Ella lo sabía no porque lo viera, sino por el pequeño zumbido que hacían sus textos al ser enviados. Siempre tenía sus notificaciones ajustadas a un volumen bajo, pero en la calma de la fosa, sonó bastante alto.

La puerta de la escotilla se abrió en ese momento y de repente, él estaba allí. “¿A quién carajo le envías mensajes de texto?”.

Hubo un momento de vacilación al tiempo que un millón de emociones recorrían el rostro del asesino, pero entonces levantó el arma.

Sin embargo, Mackenzie estaba preparada para ello. Levantó la mano y disparó un tiro mientras se echaba hacia atrás, dándole al asesino con más fuerza. Él disparó su tiro medio segundo después que Mackenzie, que estaba segura de que su disparo había fallado. En cuanto al disparo del asesino, golpeó la pared a un metro de donde estaba sentada. Se hundió en las viejas tablas de madera, haciendo que unas astillas de madera salieran disparadas.

Mackenzie lo vio mirándola de nuevo y levantó el arma. Sabía que no sería capaz de acertarle, pero disparó de todos modos. Saltó hacia atrás con un grito y cerró la escotilla. Aunque pareció engancharse un poco antes de cerrarse, la cerró de golpe con un grito de frustración.

“Felicidades”, gritó. "Esa chica que está sangrando en un almacén

ahora mismo... acabas de matarla. Y en cuanto a ti... “espero que te mueras de hambre ahí abajo”.

Oyó pasos apresurados y el sonido de cosas que se caían. Había conseguido cabrearlo y sabía que eso había sido estúpido. Pero él le había apuntado con su arma, dejándole sin otra opción. Si ella no le hubiera disparado, probablemente la habría matado.

A ella... y al bebé que llevaba en sus entrañas.

El peso de esta realidad la golpeó en el corazón y quiso acurrucarse y llorar en la oscuridad. En vez de eso, se concentró en el sonido de los pasos del asesino mientras él se alejaba. Cerró la puerta y dejó a Mackenzie en silencio. Escuchó el sonido de un motor, preguntándose dónde diablos había estado el coche del asesino cuando ella había llegado. ¿Había aparcado detrás del edificio?

Lo cierto es que no lo sabía. Y no iba a perder el tiempo preguntándose. Se puso de pie lo mejor que pudo y se acercó a la escalera. Miró hacia la escotilla, apuntando a ella con su linterna. Recorrió los bordes del marco de la escotilla y vio dónde había golpeado su segundo disparo. Había una pequeña hendidura en la parte inferior del marco, casi completamente oculta por la escotilla cerrada. Recordó la forma en que la puerta se había enganchado al cerrarla el asesino.

Tal vez...

Levantó la mano y encontró el asidero. Metió los dedos en él y empujó con fuerza hacia la izquierda. Y sin duda alguna, se abrió con un suave deslizamiento, aunque sólo unos centímetros. Ella empujó cada vez con más fuerza hasta que le dolieron los dedos y los hombros, pero ya no se movió.

Desenterró su teléfono y volvió a enviarle un mensaje a Ellington. El asesino se ha ido. Aún atrapada. No sé qué conduce. Bloquear las carreteras principales, establecer un.

Pero el sonido de un motor la detuvo. No era el sonido de un motor saliendo del edificio, que era el sonido que ella esperaba escuchar. En vez de eso, este sonido se acercaba al edificio.

Sin embargo, el asesino aún no se había ido. ¿Dónde diablos estaba?

Probablemente escondido en el mismo lugar donde estaba escondido

cuando llamaste a la puerta. Y mira con qué facilidad se te echo encima.

El sonido del motor se detuvo, seguido por el sonido de la portezuela de un coche cerrándose. Y luego otra más.

Rising está con él. Eso es bueno. Todo esto podría terminar aquí....

Casi les hizo una advertencia, pero decidió no hacerlo. No tenía sentido hacerle saber al asesino que sabía que había llegado alguien más. Si es que todavía estaba allí, por supuesto. En vez de eso, borró todo lo que había escrito antes e intentó empezar de nuevo. Pero antes de que sus dedos pudieran siquiera empezar el mensaje, escuchó un ruido estruendoso al abrirse de golpe la puerta principal.

"¿Mackenzie?".

"¡Aquí!". Ahora metió los dedos por la escotilla para mover la esterilla negra que el asesino había colocado sobre ella.

"¿Qué demonios?", dijo.

Su voz sonaba muy cercana y ella no recordaba haber querido ver su cara con tantas ganas nunca antes. Oyó que la esterilla se apartaba hacia un lado y luego vio que un rayo de luz natural entraba por la grieta que había conseguido abrir. Escuchó cómo Ellington abría el cerrojo de la puerta y luego empujaba la puerta para abrirla.

"¿Estás bien?", le preguntó.

Escucharle tan de cerca la hizo darse cuenta de que sus oídos habían estado zumbando un poco por la proximidad de los tres disparos.

"Sí. Te pondré al día más tarde. Creo que todavía está por aquí en alguna parte. Tal vez en el bosque o escondiéndose detrás de...".

Le interrumpió el sonido de un disparo fuera de la casa. Y luego un segundo y un tercero.

"Rising está contigo, ¿verdad?".

"Sí", dijo Ellington, sacando su arma y volviendo a la puerta.

"Cuidado", dijo ella. "Confirmó que hay otra mujer. Ha sido apuñalada y se está desangrando en alguna parte de la ciudad. No podemos matarlo. Tiene que decirnos dónde está".

“Mierda”. Luego se dirigió a la puerta y Mackenzie lo siguió. "¡Rising! ¡Oye, Rising, no podemos matarlo! Él...”.

Pero ahí es donde Ellington se detuvo. Mackenzie se acercó a él y miró por la puerta. Vio lo mismo que Ellington había visto.

Rising estaba en el suelo delante de su coche.

Y no se movía en absoluto.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Es pensamiento que había ocupado el ser de Mackenzie mientras estaba en el foso parecía haber cambiado algo en su interior. Si me pongo en peligro, pongo al bebé en peligro....

Así que en lugar de correr para ayudar a Rising, se quedó en el garaje. No obstante, Ellington salió hacia allá. Ella lo vio irse, como siempre impresionada con lo ágil que era. Era como ver a una estrella de cine de acción en una escena coreografiada. Se dirigió hacia el coche, manteniendo su arma apuntada y haciendo todo lo posible para abarcar toda la escena.

Fue hasta donde estaba Rising e instantáneamente comprobó si tenía pulso. Mackenzie lo vio todo desde la puerta. Mientras Ellington monitoreaba a Rising, Mackenzie escaneaba el área circundante. No pudo ver ni rastro del asesino. Se imaginó que después de derribar a Rising, había escapado por el bosque. El intento de secuestro de un agente federal y el posible asesinato de un policía estatal probablemente podría asustar a casi cualquier criminal, sin que importara lo loco que pudiera estar.

Mackenzie miró a Ellington y vio que le estaba diciendo algo a Rising. Seguramente eso era buena señal. Ellington se arrodilló y comenzó a inspeccionar el área. Al hacerlo, Mackenzie hizo lo único que se le ocurrió hacer. Sacó su teléfono celular, al no tener ningún tipo de micrófono o radio, y llamó a la policía de Seattle. Ni siquiera permitió que la mujer que le contestó pasara su discurso de presentación.

"Soy la agente Mackenzie White, del FBI. Tengo un oficial caído con múltiples disparos y un probable sospechoso en los asesinatos de las unidades de almacenamiento, ya sea inmovilizado o huyendo". Le dio la ubicación y finalizó la llamada sin esperar confirmación.

De vuelta afuera, Ellington se estaba moviendo alrededor del coche. Mackenzie supuso que él iba a hacer exactamente lo mismo que ella acababa de hacer, usar la radio del coche para llamar a comisaría e informar de lo que había sucedido. No obstante, como no tenía ni idea de dónde estaba el asesino, sus ojos estaban constantemente en movimiento, tratando de asimilar toda la escena en conjunto.

Es un objetivo vulnerable ahí fuera, pensó ella. Tengo que ayudar. Si salgo, pongo en riesgo al bebé. Pero si no lo hago, le pongo en riesgo a él.

Fue una decisión más fácil de lo que ella pensaba. Literalmente la puso en movimiento cuando dio su primer paso afuera.

Y fue entonces cuando ella lo vio. Estaba detrás del coche, agachado y arrastrándose por el lado izquierdo, frente a Ellington. Y al sentir que Ellington estaba alcanzando la puerta, un poco distraído, el asesino se levantó lentamente, apuntando el arma hacia delante mientras que la cabeza de Ellington estaba girada en la dirección opuesta.

"¡Al suelo!", le gritó.

Ellington había sido entrenado de la misma manera que ella. Cuando escuchó la orden de su voz, cayó al suelo con rapidez y aplomo. Pero el asesino sólo se lanzó en dirección a Mackenzie, sin darse cuenta de su presencia. Él giró su arma en su dirección, pero no tuvo tiempo de disparar un tiro.

El objetivo de Mackenzie fue exacto. Le metió una bala en el hombro. El asesino cayó de espaldas, agarrándose al costado del coche. Estaba desconcertado, pero, aun así, tenía el arma bien agarrada. Mackenzie estaba dispuesta a disparar de nuevo, esta vez dándole en la rodilla si era necesario.

Sin embargo, Ellington se había dado cuenta de lo que estaba pasando. Se había puesto a correr alrededor de la parte trasera del coche siguiendo el disparo de Mackenzie. Tiró al asesino al suelo, le dio un codazo en la espalda y le dio un golpe al arma. Mackenzie salió corriendo en su ayuda, pero para cuando llegó donde ellos, Ellington ya le había colocado un par de esposas al asesino en ambas muñecas.

Intercambiaron una mirada que decía mucho. Estaban comunicándose muchas cosas distintas. Te quiero. Gracias por salvarme la vida. Maldición, eso estuvo cerca. Buen trabajo. Y mucho más.

"Ya llamé a comisaría", dijo Mackenzie. "Debería estar todo en orden. ¿Cómo está Rising?".

"Parece un tiro limpio, aunque podría estar demasiado cerca de su corazón. La verdad es que no lo sé. Está aguantando por ahora".

El asesino gritó de dolor cuando Ellington se alejó de él.

"¡Mi hombro! ¡Esto duele, carajo!".

“Estoy seguro de que sí”, dijo Mackenzie. “Especialmente con el hombro estirado así con las esposas. Así que... si nos dices dónde está la chica, podemos hacerlo mucho mejor”.

“Noooooo”, gritó, dándose cuenta de lo mal que se habían puesto las cosas.

“Disparaste a un policía del estado”, dijo Ellington. "Ayer trataste de matarme a mí, un agente federal. Añade eso a los asesinatos, y las cosas no tienen buena pinta para ti. Dinos dónde está la otra chica y haz que tenga un mejor aspecto”.

“¡Vete a la mierda!”. Ahora estaba retorciéndose, ya fuera por el dolor o por la consciencia de que todo esto había terminado para él, y que le aguardaba un final muy malo.

“¿Te llamas Mark Riley?”, preguntó Ellington.

El asesino se rió de esto mientras lanzaba lo que sólo podía considerarse una rabieta. La risa hizo que sonara como si tuviera una broma privada de la que nadie más era consciente. Y por lo que a Mackenzie incumbía, ese era probablemente el caso. Sólo que su chiste no era gracioso en absoluto.

“¿Dónde está tu vehículo?”, preguntó Mackenzie. “Dudo mucho que hayas venido andando hasta aquí”.

No dijo nada sobre esto, lo que resultaba tan bueno como una confesión. “¿Estás bien aquí?”, le preguntó Mackenzie a Ellington.

“Sí. ¿Encontraste algo?”.

“Tal vez”.

Con eso, corrió por el costado del edificio. Alrededor de la parte de atrás, había una especie de dosel viejo adosado al garaje. Estaba hecho de chapa y varillas de metal antiguas. Debajo de ella había varias llantas viejas y podridas, junto con una motocicleta de tierra despedazada y piezas de automóviles variadas. Sin embargo, aparcado todo el camino a la derecha había un coche que era mucho más nuevo que cualquier otra cosa bajo el toldo. No estaba segura del año ni del modelo exacto, pero era un Ford Taurus, no más antiguo que del 2005.

Fue a la puerta del lado del conductor y la abrió. Las llaves no estaban en el encendido y no había signos obvios de propiedad. Metió

la mano y abrió la guantera. Unas cuantas cosas se derramaron, servilletas de comida rápida y paquetes de condimentos entre el desorden reinante. Entonces vio algo que le llamó la atención. Un pequeño destello de color amarillo brillante. Lo agarró y supo lo que había encontrado antes de sacarlo.

El amarillo era una tira adhesiva que se había colocado encima de una llave, como habían visto que se hacía con las unidades más pequeñas en el almacén de Roy. La llave estaba unida a un llavero con varias otras llaves. Sin contarlas con exactitud, estaba segura de que había al menos diez en el llavero. Una de ellas estaba etiquetada con una pequeña lengüeta de plástico que decía Unidad C4 - U-Store-It.

Cogió las llaves y volvió corriendo al coche. Ellington estaba apuntándole al asesino, un hombre que ella asumió que no se llamaba Mark Riley en absoluto. Pensaba que probablemente lo usaba como apodo, como una forma de confundir a la gente si alguna vez lo atrapaban. Y seguro que había funcionado durante un tiempo.

Ahora estaba sentado contra el costado del coche, y la herida de su hombro sangraba ligeramente a través de su camisa. Parecía un poco asustado al ver que Mackenzie llevaba su llavero.

“Puedo ver claramente que una era de Roy's Storage y otra es de U-Store-It. Sólo que esa no era una de tus unidades. Pertenecía a una de sus víctimas. ¿Cómo lo conseguiste?”.

“Eres agente del FBI. Averígualo tú”.

“Tenemos las llaves”, dijo ella. “Puede que tarde unas horas, pero la encontraremos. Haz algo decente y dinos dónde está. Dale una oportunidad de vivir”.

“¿Por qué?”.

Y fue esa simple pregunta, junto con la mirada amortiguada en sus ojos, lo que le dijo a Mackenzie que allí había un trauma. Estaba haciendo estas cosas horribles debido a algún daño en el pasado, algún evento que le había dejado una cicatriz tan grande que así era como había decidido solucionarlo, aunque ni siquiera esa comprensión lo humanizó. Se acordó de él mirándola fijamente, a sólo un pensamiento de matarla a ella y a su hijo nonato.

Pensó en esas pobres mujeres, sangrando, sufriendo y muriendo de hambre en esas unidades. Solas, asustadas, tiradas a un lado como la basura.

El sonido de las sirenas que se acercaban interrumpió esos pensamientos. Ella se paró justo al lado de Ellington y le tomó la mano. "Cuando lleguen aquí, quiero dejar que la policía se lo lleve. No puedo estar aquí. No puedo estar cerca de él mucho más tiempo. Quiero ir a buscar a Daisy Walker”.

“Podemos hacerlo, dijo.

Las sirenas se hicieron más fuertes y en un minuto más o menos, las luces parpadeantes de una ambulancia bajaron por el camino de gravilla. Varios coches de policía venían por detrás de ella.

El asesino lo miró todo como si estuviera en un sueño. Luego miró a los agentes, casi como si esperara que le explicaran lo que estaba sucediendo.

“Última oportunidad”, dijo Mackenzie. “Se llama Daisy Walker. Mataste a su novio. Su madre está preocupada por ella. Haz una cosa decente”.

Él solo sacudió la cabeza. La ambulancia entró al pequeño aparcamiento que servía como estacionamiento del viejo garaje. Cuando dos coches de la policía se detuvieron detrás de él, eso fue todo lo que Mackenzie necesitaba. Le echó un último vistazo al asesino y luego se dirigió a su coche con las llaves en la mano. Ella repasó todas ellos, preguntándose cuál de ellas iba a revelar a Daisy Walker, preguntándose qué llave podría acabar por salvar su vida.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Mackenzie le había dicho al asesino que creía que iban a encontrar la unidad donde había abandonado a Daisy Walker en unas pocas horas. Al final resultó que, con ocho policías trabajando con ella llamando y visitando las instalaciones de almacenamiento, pudieron reducir el número a dos posibles lugares en menos de una hora. Utilizaron el tipo de corte de llave, así como las marcas de identificación en cada llave para reducir las posibilidades. Ambos propietarios habían cerrado sus puertas voluntariamente cuando la policía había preguntado el día anterior, así que estuvieron encantados de ayudar. La posibilidad de no molestar más a sus clientes y el riesgo de perder dinero era una razón más que suficiente para ayudar a la policía sin miramientos.

Dentry, la agente que había estado junto a Rising en caso, había sido la que había eliminado un lugar llamado, de manera poco creíble, A Place for Your Stuff. Había una unidad alquilada a Mark Riley. El propietario revisó nerviosamente la unidad mientras hablaban por teléfono y la encontró intacta.

Mackenzie y Ellington iban de camino a comisaría para hablar con el asesino en cuanto pudieran cuando recibieron la noticia. Dentry realizó la llamada, informándoles a través del teléfono de Mackenzie, que había puesto el teléfono en modo de altavoz.

"Eso deja sólo un lugar", dijo Dentry. "Un lugar llamado X-tra Space. Está cerca de Redmond, a unos veinte minutos. Hemos intentado llamar al dueño, pero no hay respuesta".

"Ya estamos fuera y tenemos las llaves", dijo Mackenzie. "Nos lo llevaremos. Gracias, agente Dentry. Asegúrate de llamar a una ambulancia".

"Me aseguraré de que se haga de inmediato".

"¿Alguna noticia de Rising?".

"No. Nada. Todo lo que sabemos es que está estable, pero por los pelos".

"¿Ha hablado ya el asesino?", preguntó Ellington.

"No lo creo. Acaba de ser ingresado en el hospital por la herida de

bala. Cuando todos se enteraron de lo que le pasó a Rising, uno de los agentes que lo llevó al hospital le pegó un puñetazo y le escupió en la cara. Fue todo un circo de los buenos. ¿Deberíamos esperarte antes de que alguien lo interrogue?".

"No", dijo Mackenzie. La idea de estar sola en una habitación con él la enojaba y la inquietaba un poco. Entonces se dio cuenta de que con Rising fuera de servicio, ella y Ellington eran la opción más obvia. No podía dejar que los agentes de campo locales lo interrogaran. "En realidad, sí. Por favor, déjanos intentarlo primero. Danos una o dos horas, ¿de acuerdo?".

"Suena bien". Y realmente parecía que así se sentía Dentry. Había alivio en su voz. Ella no quería ni conocer al hombre que había matado al menos a cuatro personas y que podría haber tenido éxito y haber reclamado la vida de una quinta víctima.

Eso serían en realidad once en total si él también fuera responsable de los asesinatos en Salem, Oregón, además de estos.

Era un pensamiento serio, sin duda alguna. Y la hizo sentir aún más aliviada cuando llegaron a X-tra Space veintidós minutos más tarde. Ellington estaba conduciendo y cuando entró en el aparcamiento desde la calle, el coche derrapó de la velocidad a la que iba. No había puerta ni entrada con llave, pero Mackenzie sí vio tres postes altos en el local con cámaras de seguridad.

"¿Por dónde diablos empezamos?", preguntó Ellington cuando bajaron del coche y corrieron a las unidades.

"Con las más pequeñas", dijo Mackenzie, señalando a la izquierda, cerca de la parte trasera de la propiedad.

Había ocho unidades más pequeñas ubicadas en la parte trasera de la propiedad. Sin otra forma de eliminarlas, Mackenzie no tuvo más remedio que probarlas todas una por una, insertando la llave del anillo del asesino en cada cerradura e intentando abrirlas, con la esperanza de que se desbloquearan.

La llave no giró hasta la quinta unidad. Ahí la llave giró completamente, recompensándolos con un leve chasquido cuando se desenganchó. Ellington levantó la persiana rápidamente, y sonó como si fuera un robot que chillaba.

Mackenzie esperaba encontrar un cadáver. Esperaba mucha sangre y un cuerpo cálido, pero sin vida.

Así que cuando la joven mujer en el piso de cemento estiró el cuello y empezó a soltar pequeños ruidos apagados a través de la mordaza alrededor de su boca, el corazón de Mackenzie se expandió. Y maldita sea, no pudo evitarlo; se puso a llorar.

Había mucha sangre, pero Mackenzie se las arregló para ver más allá de eso. Mantuvo contacto visual con Daisy Walker, sin mirar la herida de la puñalada en lo alto de su estómago, sin mirar alrededor de la unidad para ver si había muñecas o decoraciones para una fiesta de té.

“Está bien, cariño”, dijo Mackenzie. “Ya te encontramos”.

Mientras hacía todo lo posible para calmar a Daisy, Ellington le quitó la mordaza y el alambre que le habían atado alrededor de sus brazos. Empezó a gritar de dolor: gritos tan profundos y con respiraciones tan agitadas que Mackenzie temió que se iba a desmayar.

Una vez más, el sonido de las sirenas de las ambulancias que se acercaban envió una ráfaga de alivio a través de su cuerpo. Estaban muy cerca, los lamentos de las sirenas ascendían rápidamente de volumen. Mackenzie se quedó en el piso de la unidad y tomó la mano de Daisy. Le agarró con debilidad y tenía temblores recorriéndole todo el cuerpo, pero al menos estaba viva. Mackenzie decidió concentrarse en ese hecho a medida que las sirenas se acercaban y Daisy Walker temblaba y luchaba por mantenerse viva a su lado.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Siguieron a la ambulancia a través de una niebla de lluvia. Había algo en las etapas finales de un caso que tenían lugar en un hospital que le resultaban desconcertantes a Mackenzie, pero teniendo en cuenta la forma en que había ido este caso, parecía casi apropiado. Entraron al hospital con demasiados interrogantes como para que Mackenzie pudiera descansar cómodamente por el éxito del día. El ayudante Rising estaba ahora oficialmente en condición estable, pero tenía por lo menos dos cirugías en su futuro para reparar el daño del disparo que le había desgarrado el pecho, esquivando su corazón por menos de dos pulgadas.

En cuanto a Daisy Walker, los paramédicos no tenían muchas esperanzas. Cuando la colocaron en la parte trasera de la ambulancia, Daisy finalmente se rindió y se desmayó. Su pulso era increíblemente débil y ella no había respondido. Y esa fue la última vez que Mackenzie vio u oyó hablar del destino de la joven.

Mientras Mackenzie y Ellington caminaban hacia los ascensores del vestíbulo del hospital, Dentry se les acercó corriendo. Aparentemente había estado sentada en la sala de espera, queriendo agarrarles en cuanto llegaran.

"Los doctores dieron permiso para interrogar al sospechoso hace cinco minutos", dijo Dentry. "El disparo fue limpio y lo arreglaron rápidamente. Tan pronto como le dieron el visto bueno, el sospechoso pidió hablar con la agente White".

"¿Conmigo específicamente?", preguntó ella.

"No por tu nombre. Pidió hablar con la agente que lo encontró, la agente a la que atrapó en la oscuridad. Así fue como lo dijo".

"¿Dónde está?".

"No tienes que hacer lo que él dice", dijo Ellington.

"Está bien. Quiero hacerlo. Creo que lo necesito". Lo que no dijo, pero estaba pensando, fue: Necesito entenderlo.

"Segundo piso, en una habitación custodiada", dijo Dentry.

Dentry subió al ascensor con ellos y subió al segundo piso.

Mackenzie vio al instante al guardia de policía estacionado fuera de una habitación cerca del final del pasillo. No perdió el tiempo y se dirigió hacia allí.

“Mac”, dijo Ellington en voz baja mientras se acercaban. “No te esfuerces. Si empieza a molestarte, sales y…”.

Ella lo detuvo ahí, acercándose a él. Le dio un pequeño abrazo, sin importarle que Dentry estuviera justo a su lado. Entonces le besó ligeramente a un lado de la cabeza, justo debajo del lóbulo de la oreja, y le susurró al oído. “Estoy embarazada”.

No estaba segura de por qué había escogido este momento para decírselo. Parecía que esas dos palabras casi respondían a cualquier pregunta que tuviera sobre por qué ella sentía la necesidad de hablar con el asesino. Ella tenía que entenderlo. Tenía que entender mejor a los hombres que hacían cosas malas y atroces si quería traer a un niño a este mundo.

Cuando Mackenzie se retiró, Ellington estaba claramente conmocionado. Pero tenía el más leve rastro de una sonrisa en la comisura de su boca. “¿Sí?”, dijo.

Ella sonrió y asintió. Y sin decir una palabra más, entró en la habitación del sospechoso.

***

“El médico dice que eres buena tiradora”, dijo el asesino mientras Mackenzie entraba a la habitación. Estaba sentado en el borde de una cama de hospital con su brazo derecho esposado a la barandilla. “Dijo que era un tiro perfectamente limpio que podría haberme matado si se hubiera desviado cuatro pulgadas más abajo”.

Ella ignoró sus palabras y se sentó en la silla del visitante. "La agente Dentry dijo que querías hablar conmigo”.

“Así es. Quería saber cómo me encontraste”.

“Quiero saber tu nombre. Tu verdadero nombre. No Mark Riley”.

Sonrió y sacudió la cabeza.

“No importa. Tenemos tu coche. Lo tendremos pronto”.

“Da igual”.

“Las muñecas”, dijo Mackenzie. Recordó la forma en que él había hablado libremente cuando la tenía atrapada. Tal vez ella podría coaccionarlo para que se abriera y revelara más de lo que pretendía. “Descubrí dónde las compraste. Y la mujer que es propietaria del lugar había guardado la dirección que le diste”. Ella reflexionó un momento y añadió: “¿Sabías lo que ibas a hacer cuando las compraste?”.

“Tenía la idea en mi cabeza”.

“¿Por qué hacer eso?”, preguntó Mackenzie. Sintió que empezaba a emocionarse, pero usó cada gramo de fuerza de voluntad dentro de ella para mantenerse bajo control. No iba a dejar que este hombre la viera llorar.

“Ojalá pudiera decírtelo. Fue catártico. Todo ello. Los secuestros, las heridas, saber que yo había hecho sufrir a alguien… morir lentamente. Y como digo… sí, entiendo lo mal que suena y lo retorcido que suena. Pero… ayudó”.

“¿Y las muñecas y la fiesta del té?”.

Pareció pensar en esto por un momento, pero luego sacudió la cabeza. La miró con un poco de desprecio. “Eso es privado”, dijo.

“Tú también estuviste en Salem, Oregón, ¿verdad?”, preguntó Mackenzie. “Eso hace un total de diez. Así es… diez. Daisy Walker hubiera sido la número once, pero la encontramos a tiempo. No gracias a ti”.

“Quería hablar contigo porque estabas ahí abajo… en la oscuridad, en el pozo”, dijo. "Y lo manejaste bien. Parecía que no te perturbaba. ¿Cómo lo hiciste?”.

No estaba segura de qué clase de respuesta estaba buscando. Podía recordar fácilmente haber estado allí abajo, atrapada y sola en la oscuridad (bueno, no completamente sola si se contaba el cadáver de Brian Dixon).

“¿Cómo pudiste hacerlo?”, preguntó Mackenzie. “¿Cómo pudiste terminar con esas vidas y causar tanto dolor y muerte sin que te importara?”.

“¿Crees que no me importaba?”, preguntó, como si estuviera ofendido. “Oh, me importaba mucho. Pero….como dije: Fue lo único

que ayudó”.

“¿Ayudar a qué?”.

Volvía a tener esa mirada de ira en sus ojos. Casi hacía que pareciera un niño frustrado que no podía salirse con la suya. “Eso es privado”, dijo de nuevo.

Mientras Mackenzie intentaba pensar en otra forma de obtener respuestas de él, llamaron a la puerta. Ellington estaba allí, llamándola desde afuera. Dejó al asesino y se unió a Ellington y Dentry en el pasillo. Había otros dos agentes con ellos, un hombre y una mujer, vestidos de un modo que hizo que Mackenzie asumiera que eran los agentes de campo locales. Con trajes de línea media que parecían demasiado informales para ser de la gama cara.

“Estos son los agentes Smith y González”, dijo Ellington. “Acaban de recibir una llamada con todo lo que necesitamos saber sobre el sospechoso.”.

“Sólo tuvimos que rastrear la matrícula de su coche”, dijo el hombre de aspecto ligeramente hispano que hizo asumir a Mackenzie que se trataba del agente González.

“Y no es bonito”, dijo Smith. Mackenzie leyó en su teléfono un mensaje de texto o un correo electrónico que por lo visto le acababan de enviar directamente a ella. “El nombre del sospechoso es Aiden Childress. Nacido en Sacramento, California, donde, a la edad de ocho años, fue colocado en un hogar de acogida después de que su madre fuera sentenciada a pasar tiempo en una institución psiquiátrica después de haber sido encontrada culpable de matar a su hija. La hija tenía cinco años en ese momento y murió justo enfrente de Aiden. Una investigación mostró que la madre envenenó el agua que estaban usando para hacer pequeñas fiestas de té de mentira. Durante el juicio, dijo que sólo tenía la intención de hacer que su hija se enfermara lo suficiente como para seguir recibiendo ayuda del gobierno para pagar las facturas médicas.

"No obstante, no era la primera vez que se metía en problemas por algo así. El padre, un año antes, había sido arrestado por negligencia y abuso infantil. Ambos niños fueron encontrados encerrados dentro de jaulas para perros mientras el padre se drogaba en el dormitorio con una mujer que no era su esposa. A esto siguió una batalla legal por la custodia, mientras la madre trabajaba de lo lindo para evitar que sus hijos entraran en el sistema. Ella ganó, pero

sólo duró un año. Fue entonces cuando mató a su hija".

"¿Alguna cosa que indique que Aiden Childress vivió en o alrededor de Salem, Oregón?", preguntó Mackenzie.

Smith escaneó el mensaje y se detuvo después de unos segundos, claramente conmocionado. "La verdad es que sí. Tengo registros de multas de aparcamiento y una residencia permanente por un período de ocho años".

Mackenzie miró la habitación y vio a Aiden Childress, todavía sentado en el borde de la cama. Tenía una mirada muy paciente en su cara, una que parecía estar estudiando lo que le rodeaba y asimilándolo todo mientras esperaba el regreso de Mackenzie.

Claro que ella no pensaba volver a entrar allí. Los agentes Smith y González habían encontrado las respuestas que ella había estado buscando. Y tristemente, era algo que había visto demasiadas veces. El mal en los corazones de los hombres no se materializa de la noche a la mañana. Demasiado a menudo era casi genético, transmitido a través de traumas y eventos violentos, del mismo modo que una probabilidad de calvicie masculina o una tendencia al alcoholismo.

Entonces se acordó de cuando había estado en ese pozo y de cómo Childress había mirado hacia abajo. Y luego sus comentarios de hacía unos momentos: Lo manejaste bien. Parecía que no te molestaba. ¿Cómo lo hiciste?

Imaginarlo como un niño encerrado en una jaula para perros hizo que la pregunta tuviera más sentido. Y tristemente, también lo hicieron sus pequeños juegos con las muñecas y la fiesta del té. Y a pesar de todo lo que había visto en los almacenes, la escena más reveladora había sido en la caseta del perro junto a su casa. Esas muñecas, sentadas eternamente, esperando que alguien viniera a su fiesta de té.

Le provocó escalofríos... uno se quedó y se convirtió en carne de gallina. Y una vez más, se sintió al borde de las lágrimas.

"Gracias, agentes", dijo ella. "¿Le importaría empezar a procesarlo? Cuando lo haga, pida formalmente que saquen los registros de Salem, Oregón, de asesinatos similares".

"Sin duda alguna", dijo González.

Con eso, Mackenzie se puso a caminar por el pasillo. Sintió cómo

Ellington llegaba a su lado y eso significó mucho para ella. Tomó su mano y fueron a la sala de espera del segundo piso, al final del pasillo. Allí, se sentaron juntos y Ellington se acercó a ella. Lloró contra su hombro y se sintió bien al soltar la tensión.

Iba a ser madre. Iba a traer una vida a un mundo en el que los padres maltrataban a sus hijos, en el que esos mismos niños crecían para cometer actos sin sentido en un esfuerzo por cerrar su pasado. Era mayormente un mundo malvado... algo en lo que Mackenzie no había creído antes. Ella siempre había tratado de ver lo bueno en todo esto, pero era muy difícil después de conocer a alguien como Aiden Childress cara a cara.

Pero ella sabía que también había muchas cosas buenas. Que había luz en la oscuridad. Algunas veces llegaba de maneras inesperadas, como hacerse una prueba de embarazo en el baño de una tienda de comestibles y que te cambiara la vida para siempre.

“Así que estás embarazada, ¿eh?”, dijo Ellington mientras se calmaban sus sollozos.

“Sí”.

Y para demostrar una vez más que la conocía bien, por dentro como por fuera, su siguiente comentario no sólo la tranquilizó, sino que le recordó por qué lo amaba tan ferozmente.

“En ese caso, ¿te importa si esperamos a tener la boda cuando lleves ocho meses de embarazo y realmente se note? Eso volvería loca a mi madre”.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Había oído hablar de las náuseas matutinas en películas, programas de televisión y con algunas amigas en Nebraska, así que Mackenzie había estado esperando lo peor. Pero, cuando llegó a las nueve semanas después de su primera visita a su ginecólogo, no los había experimentado en absoluto. Sufría de cambios de humor bastante serios, lo que al menos explicaba su comportamiento en Seattle. No obstante, en DC, los cambios de humor empeoraron un poco. En parte porque estaba de vuelta en la parte del mundo donde su próxima boda era un tema candente y en parte porque Ellington estaba muy entusiasmado con su reciente giro de los acontecimientos.

En el trabajo, se mantenía al tanto de cómo estaban resultando las cosas en Seattle con el caso de Aiden Childress. Cinco días después de regresar a casa, recibió una llamada de Rising. Tenía una cirugía programada, pero le estaba yendo bien. Estaba de vuelta en casa, pero no podría volver a trabajar durante al menos otros tres meses.

Se enteró de todo esto un día después del almuerzo, sentada en su oficina. Rising había llamado a su teléfono móvil y cuando vio su nombre en la pantalla, respondió de inmediato con una sonrisa. La informó lo mejor que pudo y le dio sus más sinceras gracias por la forma en que ella y Ellington habían cerrado el caso.

“Pero no llamé para hablar de mí”, dijo Rising. "Pensé que querrías saber que Daisy Walker va a salir adelante. La herida en el estómago le causó daños intestinales y perdió mucha sangre. Esas dos cosas juntas resultaron en una infección desagradable, pero hasta esta mañana, los médicos dicen que las cosas se ven muy prometedoras”.

“Es una noticia estupenda”, dijo Mackenzie. “¿Sabemos algo nuevo sobre Aiden Childress?”.

“Ha sido arrestado oficialmente y ahora mismo está en el ala custodiada de una prisión de máxima seguridad. No he hablado mucho de ello con nadie, pero por lo que tengo entendido, es probable que obtenga algún tipo de atención psiquiátrica cuando llegue su juicio. Basado en su historia...”.

“Sí, me lo esperaba”.

“De todos modos... de nuevo, muchas gracias por vuestra ayuda. Necesito advertirte que la señora Shelby Walker se muere por

conseguir tu número. Está increíblemente agradecida de que hayas podido salvar a su hija”.

Pensó en la señora Walker y en cómo se había sentado como un centinela en su porche, esperando noticias de su hija. Fue un pensamiento que hizo que Mackenzie mirara hacia abajo, a su abdomen, todavía plano y con un aspecto perfectamente normal, con una sonrisa. Y aunque las cosas con Aiden Childress se habían vuelto cada vez más tenebrosas cuanto más aprendían sobre su pasado, las posibilidades que crecían dentro de ella hicieron que Mackenzie empezara a pensar que había más luz y promesa en el mundo de lo que ella había pensado originalmente.

***

En el sueño, ella estaba en el foso de nuevo. Tenía la linterna encendida, pero ahora su luz era roja. Al trazar la forma de la fosa, vio muñecas alineadas contra las paredes. Y ahí, contra la espalda, un moisés que rebosaba sangre.

Una voz susurró en su oído mientras una mano acariciaba su hombro. “¿Crees que puedes manejar eso?”.

Ella se volvió y vio a su padre sentado en la oscuridad con ella, su cara pintada con la misma luz roja. Pero no estaba muerto ni herido ni sangrando como lo había hecho en todos los sueños anteriores que ella había tenido sobre él. Estaba perfectamente bien. Le sonreía y su contacto con su hombro le tranquilizaba.

“Creo que puedo, papá. Sí, así es”.

“Entonces hazlo”, dijo. “Saca tu culo de esta oscuridad y hazlo”.

Mackenzie se despertó de golpe. Se sentó en la cama y miró a su alrededor. El susurro de la voz de su padre estaba todavía en su mente e hizo que lo echara de menos por primera vez en mucho tiempo.

“¿Estás bien?”, murmuró Ellington desde su lado en la cama.

“Sí. Sólo era un sueño”.

“¿Malo?”.

“No estuvo mal. Tal vez hasta fue bueno”.

Ellington se dio la vuelta y puso su mano suavemente sobre el abdomen de Mackenzie. “Bien. Te mereces unos cuantos de esos de vez en cuando”.

Ella se recostó de espaldas con su mano todavía sobre su abdomen. Habían estado haciendo eso mucho últimamente, en el sofá mientras veían la televisión, en la cama, pasando uno junto al otro en la cocina.

Por egoísta que pareciera, Mackenzie pensó que él tenía razón. Ambos se merecían tener buenos sueños de vez en cuando, porque, si todo lo que había que tener eran pesadillas, ¿qué decía eso del mundo?

Volvió a cerrar los ojos, apoyando su mano sobre la de Ellington. Se quedó dormida con la cabeza llena de esperanzas y sueños por la vida que se creaba debajo de sus manos.